

Astron del Martia

# SOLO CONTRA EL TIEMPO



UNA DISTORSION MENTAL  
UNA CACERIA A TRAVES DE LAS JUNGLAS DE

Lectulandia

## SOLO CONTRA EL TIEMPO.

Un hombre de ninguna parte... Harold Newman era un perdedor.

Era un empleado de banco perseverante, cuyo pasado era cansado y cuyo futuro era aburrido. Hasta el momento en que su mente se activa mediante una distorsión en el tiempo y se convierte en un súper cerebro, un monstruo brillante dotado con las capacidades del ser humano, más el poder de veinte computadoras. De pronto, el futuro de Harold ya no es aburrido.

Es mortal. Su sola existencia es una amenaza para la continuidad de la vida en la Tierra. Sabía demasiado. El Presidente Mundial emitió una orden implacable, por los niveles cada vez mayores del espacio y el tiempo: ¡Buscar en el pasado! Encontrar al super cerebro y matarlo. Pero hacerlo ahora.

**Lectulandia**

Astron Del Martia

# **Solo contra el tiempo**

ePub r1.0

elagarde 19.09.13

Título original: *One against Time*  
Astron Del Martia, 1969  
Traducción: No disponible Temporalmente  
Retoque de portada: Vlad

Editor digital: elagarde  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# Capítulo 1

**E**RA UNA SALA GRANDE y abovedada, cuyas paredes resplandecían con un brillo perlino que daba la luz del día sin producir dolor a la vista.

Los tres hombres que esperaban estaban silenciosos y tensos de ansiedad, y sus inteligentes frentes, anchas y altas, reflejaban en cierta forma indefinible la preocupación que sufrían.

La sala estaba silenciosa, el silencio del espacio exterior perturbado solamente por la respiración rítmica y regular de los observadores.

El tiempo iba pasando y los observadores se movían de cuando en cuando para desentumecer sus miembros. Pero ni una sola vez apartaban la vista del estrado que se alzaba en el centro de la habitación sobre el cual a sus ojos hábiles y acostumbrados el aire parecía vibrar.

De repente una voz descarnada se suspendió en el aire, profunda, resonante y modulada:

—¿Hay algo nuevo?

El hombre que llevaba la túnica roja transfirió su delgado y delicado paralizador a su otra mano.

—Sin novedad —contestó, y dobló su dedo índice en actitud de espera.

—Le relevarán a usted pronto —dijo la misma voz, que luego dejó abruptamente de flotar en el aire, y se evaporó como si incluso su eco hubiese sido instantáneamente absorbido hacia fuera de la habitación.

El segundo observador se puso en pie y la silla en que había estado sentado se dobló automáticamente, levantándose y deslizándose hacia la pared, con la cual se fundió tan silenciosa y completamente que ni tan sólo una ranura podía observarse sobre la pulida superficie.

No era alto, pero sí perfectamente proporcionado. De pie, con sus piernas separadas y su cara en alto, su corta túnica de plástico sedoso más bien le envolvía que le vestía, revelando el sano resplandor de su piel bronceada, la textura lisa de sus hombros, sus brazos y sus muslos, y los músculos acerados que ondulaban suavemente bajo una piel que era como seda.

Despacio, pero con viveza, y una vitalidad felina en su paso, se adelantó hacia el estrado, cuidando de mantener su distancia mientras daba vueltas a su alrededor con precaución. Su túnica ondulaba sin ruido, envolviendo artísticamente los movimientos de su cuerpo, y sus ojos, muy separados, brillaban con su esfuerzo mientras contemplaba fijamente el espacio vacío, medio metro por encima del estrado.

—Algo se ha movido —dijo con voz tranquila y cuidadosa que no reflejaba la tensión que sufría.

El observador que llevaba la túnica azul dijo en voz baja, pero autoritaria:

—Es demasiado pronto, Ogden. Intentaré volver más tarde. Mucho más tarde.

—Si es que vuelve —dijo el tercer hombre frunciendo ligerísimamente su amplia y alta frente.

El observador de la túnica azul dijo:

—Volverá. —Había en su voz una sólida convicción—. Se desmonta siempre parcialmente la máquina cuando no está en uso. Su alcance eficaz se limita automáticamente eliminando controles de alambre direccionales. Bannister debe necesariamente regresar a este punto del tiempo, lo más tarde dentro de diez a doce días.

—¿Por qué no pudo haber regresado ayer?-preguntó Ogden, mientras el leve fruncimiento de su frente se hacía más pronunciado.

El de la túnica azul respondió quedadamente:

—No se había tenido en cuenta que se presentaría una emergencia como ésta. No obstante, nos preparamos para cualquier eventualidad. Desmantelar la máquina después de usarla cada vez hubiese sido un enorme trabajo. De modo que construimos en ella un mecanismo de retorno. La máquina de Tiempo tiene un punto de retorno aproximado y tenemos que esperar pacientemente que se desarrolle.

—¿Y si no desea regresar?

—No tendrá otra alternativa. —La voz de la túnica azul era muy confiada—. La máquina regresará por su propia voluntad.

Ogden entornó los ojos.

—¿Quizá regresará sin él?

La túnica azul asintió gravemente.

—Ése es uno de los peligros. Si se encontrase apartado de la máquina de Tiempo cuando el mecanismo de retorno entre en funcionamiento, se quedará abandonado en el Tiempo.

—¿Hasta qué punto puede ser eso malo? —preguntó Ogden.

—Precisamente tan malo y tan peligroso como pueda usted imaginárselo.

Ogden se apartó silenciosamente del estrado y dijo suavemente a la pared:

—«¡Silla!». —Y se instaló confortablemente en la pieza que se despegó silenciosamente de la pared al tiempo que se desplegaba.

Ogden se acarició el cabello con dedos preocupados, procurando no sacar su índice del gatillo de su paralizador. Dijo con voz preocupada:

—Nos lo tendrá usted que explicar todo, Lewis. Eso del viaje por el Tiempo se me escapa. Naturalmente, conozco la teoría aproximada del viaje por el Tiempo, pero los resultados detallados que ustedes han obtenido con sus experimentos son secretos de alta prioridad —se sonrió amargamente—. Créalo o no, tuve que obtener la sanción del Presidente para ver los informes de investigación.

Hubo una nota de sorpresa en la voz de Lewis.

—Yo creía que los Funcionarios de Seguridad tenían derechos excepcionales y que todos los gobiernos locales, fabricantes, científicos e investigadores están obligados a darles toda clase de ayuda sin duda ni pregunta.

Ogden sacudió lentamente su cabeza.

—Con una notable excepción —dijo lentamente—. La investigación sobre el viaje por el Tiempo es considerada tan secreta que no se permite el acceso a las estadísticas del departamento ni siquiera a los Funcionarios de Seguridad.

—No lo sabía —dijo Lewis con sorpresa.

—Naturalmente no lo sabía. Los laboratorios de viaje por el Tiempo han sido aislados cuidadosa y sistemáticamente. Hombres clave confrontan los resultados de cada uno de los diferentes departamentos, y esos hombres clave son frecuentemente reemplazados.

—No he recibido instrucciones de rehusarle a usted información —dijo Lewis.

—Eso es debido a que no está usted en situación de conocer información realmente vital.

En la voz de Lewis hubo una pequeñísima indicación de molestia.

—Lamento no poderle dar toda la información que desea, pero haré lo que pueda. ¿Hay alguna rama especial de nuestra investigación que le interese principalmente?

Ogden se instaló más cómodamente. Pero sus agudos ojos parecían no dejar nunca el aire que vibraba sobre el estrado.

—Es posible que tengamos una larga espera en nuestras manos —dijo—. De modo que mientras esperamos puede usted decirme todo lo que sabe. Todo.

Hizo una pausa, y añadió significativamente:

—Todo puede ser importante. Hasta el más pequeño detalle. ¿Lo comprende? Incluso el más mínimo detalle puede ser de la mayor importancia porque éste es un caso de emergencia. Una emergencia mundial decretada por el Presidente.

Lewis le contempló fijamente un largo rato, y luego la punta de su lengua humedeció levemente sus labios.

—Una emergencia mundial —repitió con voz atemorizada—. ¡Una emergencia mundial!

## Capítulo 2

**F**ALTABAN UNOS CUANTOS segundos para las tres, y el conserje había cerrado la mitad de las puertas del banco, cuando el corpulento y rubicundo caballero de la frente perlada de sudor colocó triunfalmente su pie en la entrada.

Harold Newman, pagador de banco y de veinticuatro años de edad, se detuvo aprensivamente con el cajón de la caja a medio cerrar. Cuando vio entrar a este cliente del último segundo, las palmas de sus manos se humedecieron y sintió con desesperación que era la última gota que venía a hacer rebosar el vaso.

Los otros pagadores del banco también estaban observando esta llegada de última hora, pero lo hacían con un desinterés frío y confiado que les colocaba a enorme distancia de Harold Newman.

El corpulento caballero se detuvo tan pronto como hubo traspasado el umbral, encajó su cartera más firmemente bajo su brazo, sacó un gran pañuelo blanco de su bolsillo y se enjugó la frente. El conserje cerró de un portazo sonoro la puerta del banco tras él y corrió los cerrojos que mantendrían alejados a todos los demás que pudiesen llegar.

Ésa era la hora del día que Harold Newman más temía. Era el momento fatal de la cuenta, cuando el dinero en la caja y los cheques tenían que ser sumados. Cada pagador tenía que presentar un balance, y un balance correcto era de importancia primordial. Si al fin de la jornada los balances no coincidían, el trabajo del banco se complicaba mucho.

Y lo peor era que los balances de Harold Newman tenían la persistente costumbre de ser incorrectos.

Newman lanzó una ansiosa ojeada al reloj, vio que habían pasado preciosos segundos y sintió en su estómago aquella sensación familiar de mareo que acostumbraba a ser una advertencia de que su balance no iba a salir bien.

El caballero grueso escondió su pañuelo blanco, rebuscó en su cartera durante un tiempo irritante por lo largo, parpadeó a través de sus gafas sin armazón y se dirigió como una flecha al pagador que estaba a la derecha de Newman.

Harold Newman suspiró de alivio, retiró el cajón del dinero y entonces sintió de nuevo la sensación de mareo; y esa vez fuertemente, porque el corpulento caballero había cambiado de dirección y se dirigía directamente a la reja de Newman.

Sus manos estaban húmedas de sudor mientras volvía a meter el cajón del dinero debajo del mostrador, y sintió el alivio de los otros pagadores, los cuales, satisfechos, sacaban sus cajones y empezaban a comprobar sus ingresos.

El grueso caballero parpadeó como una lechuza a través de la reja.

—Deseo retirar efectivo —explicó.

No era uno de los clientes más importantes del Banco. Newman le había visto

algunas veces y probablemente le había entregado dinero anteriormente.

Y dijo con voz ronca y ansiosa:

—Entrégume su cheque, por favor.

El grueso caballero hizo pasar el cheque por debajo de la reja, de un empujón rápido, con lo cual resbaló sobre el mostrador, se deslizó por debajo de los dedos de Newman y revoloteó hacia el suelo.

Newman se precipitó hacia el cheque, furioso contra el cliente y perturbado por los segundos que iban pasando aún más rápidamente, ahora que la puerta del banco estaba cerrada. Era necesario que hoy le saliese bien el balance. Tenía por fuerza que hacerlo salir bien, y necesitaba todos sus preciosos segundos para trabajar en él antes de que el gerente del banco viniese a espiar por detrás para ver qué era lo que demoraba, y ponerle aún más nervioso y acalorado.

Se enderezó con el cheque en su caliente mano, lo examinó y lo lanzó, de vuelta bajo la reja.

—Se ha olvidado usted de firmarlo, señor —dijo con acerba cortesía, mientras el cliente respiraba fuertemente, rebuscaba torpemente una pluma estilográfica en su cartera y firmaba el cheque con una lentitud exasperante. Newman sacó el dinero del cajón, lo contó y lo puso a punto a un lado.

—Lo siento —resopló el cliente—. Es mi culpa que llegué tarde.

Se entretuvo atornillando el capuchón de su estilográfica mientras Newman maldecía silenciosamente:

—¿Y de quién, si no, será la culpa de que sea tarde, idiota? —Y luego añadió en voz alta—: ¿Quiere usted hacer el favor de entregarme el cheque?

—Sí, sí, naturalmente —dijo el grueso caballero, y con acalorada prisa escondió su pluma en la cartera, antes de pasar por segunda vez el cheque por debajo de la reja, esta vez con un cuidado y una lentitud irritantes.

Newman leyó el cheque, vio que estaba correctamente fechado y firmado, y tomó el dinero que tenía ya contado y preparado.

—Veintisiete libras con quince chelines —dijo.

El cliente le miró con sorpresa en los ojos.

—Treinta y siete libras con quince chelines —contradijo.

Newman echó nuevamente un vistazo al cheque, y lo volvió de modo que el cliente pudiese verlo.

—Aquí dice veintisiete libras. El grueso caballero contempló el cheque como si no pudiese dar crédito a sus ojos. Luego dijo con voz indignada:

—Deberían ser treinta y siete.

Su tono sugería que quizá el mismo Newman había alterado el cheque.

Newman respiró profundamente.

—Usted mismo puede verlo, señor —dijo con peligrosa calma—. Escrito de su

propia mano.

—Pero está equivocado. Debería ser treinta y siete. No sirve de nada. Habrá que destruir el cheque.

El cliente estaba ahora furioso con Newman. Tomó el cheque, lo hizo añicos, profundizó en su cartera con exasperante lentitud y sacó su libro de cheques y su pluma estilográfica.

Newman le observaba en la agonía de una impaciencia contenida, con el cuello de su camisa húmedo e incómodo. En su estómago la náusea premonitoria y aprensiva era ahora tan fuerte que tuvo que estrujarse las manos para evitar temblar. Sabía que las constantes jaquecas de que sufría eran la causa fundamental de su ineficiencia, y el dolor hacía ahora de su pesada cabeza, oprimente sobre sus hombros, una carga intolerable.

A derecha e izquierda los demás pagadores trabajaban tranquila y fácilmente, sintiendo el ruido de los billetes a través de sus dedos, o inscribiendo con eficiente mano un guarismo pulcro en los márgenes rayados.

Éste iba a ser uno de sus peores días. Lo sabía instintivamente. No era solamente su dolor de cabeza, sino su nerviosismo que intensificaba sus errores. Mientras los otros empleados tranquila y fríamente compensaban su efectivo, él se perdía en una confusión de números, en tanto que el dolor de su cabeza le martilleaba cada vez más fuertemente, al tratar de dominar matemáticas tan sencillas.

El cliente escribía con laboriosa lentitud y como no podía comenzar a trabajar ahora, tendría que tascar el freno hasta que le hubiesen entregado su último cheque del día. Newman se inclinó hacia adelante apoyándose en sus codos y observó el lento movimiento de la plumilla sobre la superficie del cheque.

La fecha resonó en la mente de Newman: 1975. Trescientos años de banca sin apenas cambio alguno en su sistema. Durante aquellos trescientos años los viajes y los transportes habían sido revolucionados, se había cambiado la faz de la Tierra, y la naturaleza fundamental del hombre había cambiado también. Pero a semejanza del paso regular del tiempo, el sistema bancario había continuado inalterado e inexorable.

El cliente terminó de escribir su cheque. Por la razón que fuese había decidido alterar el efectivo que necesitaba a cuarenta y una libras, siete chelines y seis peniques.

Newman escrutó el cheque, extrajo de su cajón la cantidad que faltaba, la entregó y apenas si lanzó un gruñido de despedida al cliente mientras sacaba el cajón del dinero y comenzaba febrilmente a contar.

Había entonces en el banco un silencio atareado y la frescura del local pavimentado de mármol, las persianas bajas y afuera el sol brillante y caliente.

De vez en cuando sonaba una máquina calculadora. Detrás de él, en sus escritorios, los empleados trabajaban silenciosamente como si se diesen cuenta de la

necesidad de una atmósfera de trabajo en aquel momento.

A ambos lados de Newman sus compañeros pagadores trabajaban tranquila e industriosamente, con confianza y eficiencia.

Newman se defendió de otra punzada de dolor que hendía su cerebro, trató de afianzarse al número que estaba en su mente, lo perdió, sintió el sudor perlar su frente mientras su cerebro enfermizo y ardiente comenzaba a contar por tercera vez. El reloj de la pared marchaba sólida y regularmente, marcando el tiempo como una correa de transmisión acelerada. El pagador a la derecha de Newman cogió su libro de cuentas y en su interior se inflamó el pánico al darse cuenta de que Dexter había ya casi acabado.

Los totales que había emborronado en su hoja de balance provisional aparecían desordenados, y su mano sudorosa dejó una mancha húmeda a través del papel. Entonces, al alcanzar el papel secante, su pluma estilográfica comenzó a salirse manchando sus húmedos dedos y dejando un borrón azul de tinta a través del blanco papel.

La náusea en su estómago le hizo sentirse desfallecido. Podía imaginarse la dura y granítica cara del gerente del banco, con su cabeza lisa y calva resplandeciente como una bola de billar y sus ojos penetrantes tras las gafas de concha. Por un instante casi pudo imaginarse que el gerente del banco hablaba:

La camisa de Newman se pegaba a sus hombros cuando recordaba aquella entrevista. Eso fue cuando había explicado aquellos terribles dolores de cabeza, las jaquecas que le mantenían despierto por la noche y que de día en día drenaban sus fuerzas.

Sólo había dejado un recurso al gerente del banco y pronto le había sido recomendado a Newman un examen médico.

El examen médico no había sido la inspección superficial de la otra vez. Había significado dos o tres días en la clínica, ensayos respiratorios, rayos x, rayos v y esquemas de conformación. Cuando hubieron terminado, los médicos sabían cien veces más sobre el cuerpo de Newman de lo que sabía él mismo. Su informe fue remitido directamente al gerente del banco y Newman lo vio poco después, mientras su jefe de penetrantes ojos le observaba cuando leía, al tiempo que un rojo rubor le subía a las mejillas.

Newman debía haber estado satisfechísimo de su informe médico. Físicamente tenía defectos, pero no muchos. Su corazón, pulmones, hígado, riñones y cerebro estaban sanos. Los doctores predecían que viviría mucho tiempo. Tenía una salud robusta, poseía un fuerte sistema digestivo, dientes que eran sanos y sangre de primer orden. Sus defectos eran pocos y apenas valía la pena mencionarlos, una fea mota en su hombro derecho, un callo en el dedo pequeño del pie, una vena dilatada en su pierna derecha y un ligero espesamiento en el hueso del antebrazo derecho.

La opinión de los médicos sobre la causa de sus jaquecas se expresaba en forma clara y sucinta:

Cuando Newman terminó de leer aquellas duras y despiadadas palabras se avergonzó de levantar la vista y de contemplar aquellos penetrantes ojos.

El gerente del banco dijo quedamente, pareciendo como si su misma reserva cargase de amenazas sus palabras: «Ha perdido usted días preciosos al ser examinado médicamente, Newman. Eso, sobre su incompetencia, hace que todo sea mucho más serio. Por lo que a mí se refiere me desagradaría muchísimo enviar a un joven como usted a un nuevo ensayo de reagrupación. Pero tengo mis responsabilidades, lo mismo que usted tiene las suyas. Solamente puedo decir que espero que hará usted todo el esfuerzo posible para mantener su trabajo paralelo al de los otros pagadores».

Recuerdos ardientes y vergonzosos giraban en torbellino por la mente de Newman mientras tanteaba con números, escribía con torpeza y sentía su chaqueta incómodamente apretada bajo sus sudorosos sobacos.

Lanzó una mirada rápida y acalorada a Hardiman que estaba a su izquierda y se confortó al ver que su cara normalmente fría y confiada mostraba una mueca reconcentrada. El hecho de que además de él mismo, otros pudiesen cometer errores, le pareció a Newman satisfactorio y tranquilizador.

Dirigió nuevamente su atención a su propio trabajo y encontró que había estado escribiendo aplicadamente mientras su mente había vuelto a vivir el ultimátum del gerente. Con náuseas que le atormentaban el estómago, reunió sus desaliñados trozos de papel, anotó los totales y sintió que la agitación se alzaba en su interior mientras comprobaba los totales por tercera vez.

Llegaba ahora la fase final. Al comparar esos totales con el efectivo que tenía, debían equilibrarse.

Sus dedos temblaban al completar la suma final y mientras la comparaba con su balance.

Al mismo tiempo una punzada, más fuerte que todas las que hasta entonces había experimentado hirió su cerebro como un taladro, haciendo que casi aullase de dolor, torturándole, mientras al mismo tiempo su mente se daba cuenta de la amarga conclusión.

¡El balance estaba equivocado! ¡Equivocado otra vez!

Se levantó incierto, mientras todo en derredor suyo resplandecía temblorosamente como en el desierto.

Avanzó rápidamente tropezando a través de la sala, sin preocuparse por las sorprendidas miradas de los demás empleados, se lanzó furioso hacia la puerta del lavabo, se detuvo en su interior solamente lo necesario para cerrar con llave la puerta y se dirigió directamente hacia la taza.

Vomitó violentamente durante interminables minutos, con arcadas tan violentas

que parecía como si sus mismas entrañas fueran a desprenderse y ser expelidas. Luego puso su cabeza bajo el grifo durante varios minutos, y después levantó su pálida cara para contemplar su reflexión en el espejo.

Una gran pesadez le oprimía, el dolor de su cabeza se había reducido a la familiar pulsación, pero los vómitos le habían debilitado. El continuo dolor y la desesperación hacían que quisiese morir.

Permaneció largos minutos sentado en un taburete, con la cabeza entre sus manos, espantado por lo que sabía tenía que suceder. Volvería a su escritorio, forcejearía entre trozos de papel y sumas totales, mortalmente mareado, sudando tanto que sus ropas se le pegarían al cuerpo, en espera del momento, inevitable y terrible, en que unos ojos perforadores mirarían por encima de su hombro, y una cabeza calva y resplandeciente se sacudiría con impaciencia. Casi podía oír cómo la voz aguda y zumbante restallaba: «¿Qué le ocurre, Newman? ¿Por qué tarda tanto?».

Le habían dado su última oportunidad. Su próximo error representaba una prueba de reagrupación, y que le encontrasen por debajo de su grado actual. Le incluirían en un grupo de trabajo inferior, lo cual para un hombre de su fortaleza física representaría con seguridad alguna forma de trabajo manual.

No se trataba tanto de que le importase el trabajo físico. Lo que le espantaba era la ignominia y la humillación social de ser rebajado de grado, el terror de ver que los amigos de su grupo actual se apartarían de él, no deseando reconocerle cuando estuviese por debajo de su grado. Y luego sufriría la humillación de tener que explicar a Sally, con quien estaba prometido, que le reagrupaban en un grado inferior.

Se imaginaba los ojos azules y pensativos de Sally, y sabía que no diría nada que le hiriese; incluso quizá pretendiese durante un tiempo que no importaba, a pesar de que tendría que aislarse de sus propios amigos para poder continuar viéndole.

En aquel momento una determinación inflexible se alzó dentro de él. No podría soportar tal deshonra. Sencillamente, no permitiría que ocurriese.

Valerosamente trató de ignorar su pulsante dolor de cabeza, se secó con una toalla su húmedo cabello, se peinó cuidadosamente y se dirigió hacia la puerta del lavabo, decidido a regresar a su escritorio, a batallar con aquellas elusivas cifras y de un modo u otro forzar orden en el caos y sacar un balance correcto de una confusión de números.

Había puesto ya la mano en el pomo de la puerta, hacía ya girar la llave en la cerradura, cuando le atacó de nuevo el dolor.

Fue un cegador rayo de agonía tal como no lo había nunca conocido. Se precipitó sobre él como un meteoro, entró en su cerebro abrasándolo y estalló. Todo estalló dejando sólo unas motas de polvo que resplandecían brillantemente, flotando en la negrura de la noche.

## Capítulo 3

**L**A FRESCA Y ABOVEDADA sala estaba en silencio y en paz, como si el tiempo no existiese.

Y, sin embargo, los tres observadores habían estado esperando desde hacía seis días, y el tiempo comenzaba ahora a tener sentido.

Ogden encorvó sus miembros mientras se arrellanaba cómodamente en su «tapizada silla» y habló a Lewis sin quitar los ojos del elevado estrado.

—Explíqueme otra cosa —dijo—. ¿Cómo es que nadie ha vuelto nunca del futuro? En nuestro futuro debe haber máquinas de Tiempo. Sabemos que tendrán máquinas de Tiempo porque ahora nosotros tenemos una máquina de Tiempo. ¿Por qué estos distantes descendientes nuestros no nos visitan?

Lewis contestó suave y paciente, como si estuviese indescriptiblemente cansado de contestar tantas preguntas, y de que le fuesen sacando lentamente sus conocimientos.

—Por lo que sabemos, la nuestra es la primera máquina de Tiempo que ha sido nunca fabricada. En nuestros experimentos no nos hemos atrevido a retroceder en el Tiempo más que unos cuantos minutos. Sabemos tan poco acerca del Tiempo... Todo está relacionado por causa y efecto, y una causa insignificante puede producir un efecto enorme. La Historia lo demuestra con muchos ejemplos. Un soldado que estaba de guardia en la frontera entre lo que eran antes dos países, fue picado por un mosquito. Le hizo daño y se enfureció. Su cólera hizo que empezase a lanzar insultos a través de la frontera. Otros soldados, que representaban al otro país, respondieron furiosamente. Se cambiaron insultos entre uno y otro lado hasta que dos soldados de los opuestos países acordaron pelearse a puñetazo limpio. Uno de los soldados resultó pronto derrotado, y sus compañeros acudieron en su ayuda. La lucha a puñetazos despertó violentas emociones, y alguien entonces empleó la culata de un arma en lugar de sus puños. A partir de aquel momento fue solamente una cuestión de minutos antes de que unos soldados adiestrados para matar comenzasen a emplear armas destinadas a lo mismo. En diez minutos murieron veinticinco soldados. Entre ellos se encontraba un pariente de un político influyente, quien furioso ante la muerte de su pariente ejerció su poder de persuasión vocal en la Asamblea Gubernamental. Dos días más tarde ambos países estaban en guerra, una guerra que duró catorce meses y ocasionó cientos de miles de muertes.

—Causa y efecto —musitó Ogden—. ¿Y cómo se aplica esto al Tiempo?

Lewis tardó en responder, como resignado a contestar preguntas interminables.

—De una picadura de mosquito surgió una guerra, que ocasionó centenares de miles de muertes.

¿Qué ocurriría, por ejemplo, si usted mismo retrocediese ahora en el Tiempo,

encontrase algún otro soldado en otro puesto fronterizo y le hiciese algo que tuviese sobre él un efecto semejante al de una picadura de mosquito?

Ogden se levantó inquieto, y se dirigió silenciosamente hacia el estrado, observándolo atento.

—Entonces es peligroso meterse con el pasado —resumió—. Es peligroso retroceder el Tiempo, puesto que el pasado afecta al futuro. Y si se altera el pasado, éste a su vez alterará el presente tal como lo conocemos.

—Exactamente.

—Pero si viajamos hacia el futuro, eso seguramente afectará nuestro propio futuro. Si desde ahora en adelante los hombres utilizan máquinas de Tiempo para penetrar en el futuro, ¿no resultará nuestro futuro alterado o afectado por cada una de las visitas que hagan?

—Afectado, sí —contestó Lewis—. Pero no vitalmente. Porque desde el mismo instante en que fue completada nuestra máquina de Tiempo, el futuro pasó a incluir los viajes por el Tiempo. Nuestro presente es una fita histórica. Desde nuestro presente en adelante el futuro se completa con máquinas de Tiempo. Viajeros del Tiempo que entren y salgan de los siglos serán parte normal y conocida de la vida. Podría bien ser que las guerras del futuro no se librasen con armas, sino con operadores de máquinas de Tiempo que retrocediesen en el Tiempo para buscar puntos cruciales de la historia y alterarlos de tal forma que el futuro se modifique en la forma que deseen.

El tercer observador se movió imperceptiblemente, tenso como un arco, y al mismo tiempo Ogden, giró enfrentándose con el estrado y alzando el paralizador con su mano derecha.

Lewis dijo tranquilamente, mientras se levantaba con calma:

—Sí, Mr. Ogden, está sucediendo ahora. La vibración está más claramente definida, y eso es una señal infalible.

—¿Cuánto tardará? —preguntó Ogden, sus piernas apartadas y sus ojos fijos en el aire que vibraba delante de él.

—Hasta unos cinco minutos.

—Dejen esto para mí —dijo Ogden—. No usen ustedes sus armas sino en el caso de que por algún accidente yo quede fuera de combate.

Reinó entonces el silencio en la alta sala abovedada, mientras los tres hombres se agrupaban alrededor del estrado, observando atentamente como el aire oscilante comenzaba a vibrar más y más violentamente, hasta que un torbellino de color comenzó a girar delante de ellos.

El torbellino de color estuvo vibrando y parpadeando hasta que en su corazón comenzó a resplandecer una sombra, que fue tomando lentamente el contorno desdibujado de un hombre, tal como pudiera ser visto a través de una niebla

coloreada. Entonces, abruptamente, cesó la vibración, y allí enfrente estaba el hombre, tan macizo y real como los que esperaban, sus hombros encorvados, agachado sobre el tablero de mando de la plataforma sobre la cual se alzaba.

Por una fracción de segundo el viajero del Tiempo no se dio cuenta de que había llegado. Su cara mostró sorpresa y sobresalto, cuando miró hacia los hombres que le observaban. Y entonces entró en acción, golpeando frenéticamente con sus brazos extendidos y sus dedos como garras sobre los botones del tablero de mando.

En aquel instante Ogden oprimió el gatillo de su arma.

El arma no emitió sonido ninguno, ni resplandor de llama o rayo. Parecía casi que no había tenido efecto ninguno, salvo que el viajero del Tiempo quedó instantáneamente helado, detenido en movimiento, con el cuerpo retorcido y casi desequilibrado, y sus dedos crispados casi en contacto del tablero de mando, mientras sus ojos y sus facciones heladas reflejaban todavía su sorpresa sobresaltada y su intento desesperado por escapar.

—Cogedlo cuidadosamente —advirtió Ogden—. Es ahora un peso muerto, como un plomo. Cuidad de no tocarle antes de estar preparados, pues con sólo tocarle se desplomaría.

Cuidadosamente rodearon al viajero del Tiempo, sujetaron con delicadeza sus miembros helados, lo levantaron con precaución y se lo llevaron, petrificado aún en la acción de precipitarse para operar la máquina de Tiempo.

Aquellos hombres eran robustos, pero necesitaron toda su fuerza para llevar al viajero del Tiempo a un lado de la sala y depositarlo suavemente sobre el opaco suelo. Lo dejaron en una posición en que no pudiese romperse o dañar el brazo extendido.

—No os preocupéis ahora por él —dijo Ogden—. Los médicos se ocuparán de ello. Examinad la máquina de Tiempo. Tenéis que deducir de ella tanta información como sea posible. Los aparatos de medida tienen que indicar algunos hechos. Tomad nota de todo. ¡De todo! Incluso los más pequeños detalles pueden ser de la mayor importancia.

Lewis se dirigió cuidadosamente hacia el estrado, subió a la sencilla y aerodinámica tarima y observó el tablero de mandos.

En su voz se percibió cierta sequedad cuando dijo:

—Una cosa es clarísima. Sabemos aproximadamente cuánto ha retrocedido.

Ogden no intentó reprimir el brillo de satisfacción de sus ojos.

—¿Puede saberse tanto como eso?

La voz de Lewis seguía siendo seca.

—Detuvo la máquina allá atrás, en el tiempo. Cuánto tiempo detuvo la máquina, no lo sé. Pero las lecturas indican claramente cuándo fue. Ogden se lamió con excitación los labios.

—¿Cuándo retrocedió?

Lewis dijo quedamente:

—Es difícil de precisar. Con la exactitud con que puedo calcularlo, diría que fue entre 1950 y 2000.

## Capítulo 4

**L**AS MOTAS DE POLVO seguían cayendo a través de la negrura, cayendo y cayendo, mientras aumentaban en brillo, incrementando su tamaño rápidamente hasta tocarse, cabalgando unas sobre otras, haciendo que la negrura se desvaneciese hasta que solamente quedó blancura.

¡Blancura!

La fresca blancura del suelo embaldosado, la dureza de la superficie pulida y la aspereza que yacía tras ella. Se encontraba echado en el suelo, y no había razón para ello. ¿Por qué debía él, Harold Newman, estar echado en el suelo del lavabo?

Se alzó hasta sentarse, parpadeó varias veces y encontró que su cabeza estaba sorprendentemente clara. Y había algo más también, algo muy satisfactorio y placentero, pero que de momento se le escapaba.

Ahora lo recordaba todo claramente, hasta el dolor que estalló dentro de él. Un rayo de dolor quebradizo y brillante que había partido su cerebro.

Se levantó, y observó con sorpresa que no estaba tan débil como había esperado. Pero con deferencia servil a la costumbre se dirigió hacia la palangana y salpicó de agua su cara, a pesar de saber que no era en absoluto necesario.

Se miró en el espejo, vio que su cara había perdido su palidez, se dio cuenta con sorpresa de que había un color de salud en sus mejillas y una viveza vigorosa en sus ojos que no había observado antes.

Era extraño que el rayo de dolor que le había quitado su conciencia no hubiese dejado sobre él una marca más indeleble.

Extendió hacia adelante sus manos, y observó que se mantenían firmes, sin el menor vestigio de temblor. Y de nuevo sintió un placer y un alivio, cuya causa no podía comprender.

Y de repente se dio cuenta de lo que lo ocasionaba.

Su dolor de cabeza había desaparecido, el persistente y mortificador dolor que durante las últimas semanas se había ido haciendo más y más intolerable se había evaporado milagrosamente.

El alivio era enorme. La conciencia de la ausencia de aquel dolor era puro éxtasis.

Recordó de nuevo aquel rayo de dolor, aquella explosión en el interior de su cerebro y las motas de polvo brillante que derivaban a lo largo de la obscuridad.

Y ahora se encontraba delante de la palangana, mirándose en el espejo y sintiéndose un hombre nuevo en un nuevo mundo.

Se dio cuenta de hasta qué punto el dolor había embotado sus sentidos. Libre de dolor, percibió inmediatamente cuántas cosas aquel dolor le había impedido observar.

El ruido, por ejemplo; el suave murmullo del agua en las cañerías, el gorgoteo casi musical de las burbujas de aire, el fuerte olor a desinfectante que su olfato

percibía ahora fuertemente, y la fresca y lisa superficie pulida de las embaldosadas paredes.

Y recordó luego al gerente del banco, el tiempo que había ido pasando mientras yacía inconsciente, y a su incorrecto balance que había que corregir.

De repente todo pareció tan sencillo. Podía recordar muy bien las cantidades que había estado sumando, y las veía internamente. Estaba casi seguro de saber dónde se había equivocado, al añadir dos veces el mismo total en la misma columna, en lugar de compensarlo en el lado del «haber».

El peso de la desesperación se alzó de sus hombros, la desgracia de su dolor se había desvanecido y podía ahora caminar con paso firme, sentir la libertad mental, tal como un esclavo pueda sentir la libertad física, cuando se libran sus tobillos de las cadenas de la servidumbre.

Al regresar a su escritorio sus agudos ojos notaron muchas cosas que no recordaba haber observado antes. Le impresionó el hecho de que el banco no estaba tan limpio ni tan elegantemente amueblado como siempre había creído. De un modo extraño e indefinible, el banco le aparecía deslucido, mal iluminado y falto de eficiencia.

Pero su balance era lo importante, y lo primero era ahora ocuparse de ello. Un balance correcto era de importancia primordial, el objeto principal en la vida de Harold Newman.

Mientras se subía a su elevado taburete observó a Hardiman, el pagador a su izquierda. Evidentemente estaba en dificultades. Fruncía profundamente el entrecejo y estaba garrapateando febril, sumando con rapidez, mientras con su boca formaba silenciosamente palabras. Lanzó una ojeada preocupada al reloj, se inclinó con mayor determinación sobre su escritorio y Newman se dio cuenta inmediatamente de que Hardiman había tropezado con una de aquellas dificultades que desafían las comprobaciones corrientes y rápidas y que hacen necesario comprobar desde el principio todas las partidas de la hoja de balance.

Newman se instaló cómodamente y se sorprendió al no sentirse confuso ni sudoroso. Su chaqueta ya no le apretaba bajo los sobacos, y sus serenos dedos se sentían expertos y ágiles al recoger los trozos de papel sobre los cuales había estado escribiendo antes, y mientras los ordenaba con precisión entre los de su mano izquierda.

Vio con satisfacción que su suposición había sido correcta, y puso inmediatamente su dedo sobre el error. Era un error infantil y estúpido. No podía comprender cómo había podido nunca cometer tal error.

El haber encontrado tan fácilmente su error significaba que solamente tenía que hacer nuevas sumas, comparar los nuevos totales y verificar que el balance concordaba.

Tal como lo había hecho otras cien mil veces antes, Newman comenzó en la cabeza de la columna de números y principió a sumar hacia abajo.

Cuando hubo llegado a la mitad de la columna de cantidades sintió la convicción repentina de que sabía el total. Naturalmente eso era una tontería. ¿Cómo podía nadie saber el total de una suma con sólo dar un vistazo a las largas columnas?

Pero aquella impresión era tan fuerte que, a pesar de que una parte de su cerebro criticaba su estupidez, anotó débilmente con lápiz el total al pie de la página.

Luego se forzó a sí mismo a sumar la columna, desplazando su vista de línea a línea y adicionando con estudiada precaución. Necesitó concentrarse, porque una parte de sí mismo protestaba impacientemente de la lentitud y estupidez de tan pedestre método, puesto que el total se hallaba ya escrito más abajo en lápiz.

Se obligó a continuar añadiendo sistemáticamente y no sintió sorpresa cuando las cantidades que había laboriosamente añadido igualaron el total que había ya escrito en lápiz. No sintió ninguna sorpresa debido a su convicción interior de que ya sabía la respuesta exacta. Pero sintió en sí cierta inquietud.

Rápidamente pasó a la siguiente hoja rayada, deslizó la vista a lo largo de las largas columnas de números, comprobando en el acto que no se habían incluido cantidades que debían haber sido omitidas.

De repente se encontró con una cantidad en su mente. Un total. Un total que sabía, con la misma extraña convicción interna, que era la suma de aquellas cantidades.

Naturalmente, era una necesidad. Siempre le había costado mucho acertar un balance. ¿Cómo podía ser posible que con tan sólo echar una ojeada a una larga columna de números pudiese saber instantáneamente su total?

Sentía en su interior un conflicto mental. Una parte de él, una nueva, extraña y confiada parte, aceptaba tal posibilidad como cosa normal, mientras que otra parte protestaba ante tal desatino, insistiendo en que, sencillamente, era imposible.

Lo extraño era que ambas partes de sí mismo estaban tan profundamente convencidas de que tenían razón que se sentía indeciso.

Newman respiró profundamente, tornó su atención hacia una nueva y larga columna de cantidades, las ojeó tan rápidamente que no tuvo tiempo ni de leerlas todas, y sintió en su cerebro una extraña sensación, como si pudiese absorber mentalmente todo lo que alcanzaba a ver.

Esta vez había ya casi acabado de escribir el total antes de que se hubiese dado cuenta de lo que estaba haciendo. Y esta vez no había usado lápiz blando. ¡Con positiva seguridad había escrito el total en tinta!

La guerra mental continuó en su interior, como si su cerebro fuese rápidamente adquiriendo ascendencia sobre su parte de sentido común que protestaba —ya sin convicción—, afirmando que era imposible sumar de un vistazo una columna de

números.

Esta vez Newman no pudo soportar el esfuerzo sostenido que se requería para sumar cuidadosamente una cantidad tras otra. Le pareció menos cansado dirigirse a la máquina calculadora y teclear velozmente, recorriendo rápido los botones con sus dedos.

Eso era también sorprendente, porque antes sus dedos habían sido siempre torpes, manejaban mal los botones y con frecuencia registraban incorrectamente, de modo que siempre prefería sumar mentalmente a usar la máquina calculadora.

Y también observó otra cosa extraña: mientras sus dedos recorrían los botones, marcando libras, chelines y peniques, no leía los números de sus listas. Las cantidades le llegaban a la cabeza como si las supiese de memoria. Tenía que detenerse y forzarse a comprobar los números de haberlos marcado en los botones.

Cuando oprimió el botón totalizador y la suma quedó limpiamente impresa al pie de la larga columna de cifras, apenas si la miró. Aquella parte de él que iba rápidamente ganándose el respeto de su parte dubitativa, sabía sin duda alguna que el total concordaría.

Volvió a su pupitre con los totales, relleno las cantidades que faltaban y que completaban su hoja de balances y supo, sin posibilidad de duda, que su hoja de balance era correcta.

En realidad era todo tan sencillo. Era mucho más difícil comprender cómo era posible que se hubiese equivocado tantas veces. Era en verdad tan sencillo que podía haberlo hecho un niño.

Echó una ojeada a Hardiman, observó cómo la preocupación le hacía fruncir el entrecejo y sintió un repentino deseo de ayudarlo, recordando cuantas veces había experimentado el mismo pánico desazonador.

Se levantó y, dirigiéndose hacia Hardiman, miró por encima de su hombro.

Hardiman le miró con irritación.

—No pida que le ayude —dijo violentamente—. Yo mismo tengo dificultades.

—He terminado —dijo sencillamente Newman.

Hardiman no pareció sorprendido.

—Si fuese usted, lo repasaría —le aconsejó—. Ya sabe que la última vez que le salió bien el balance fue debido a una compensación de errores.

—Esta vez está bien —dijo Newman.

Inclinó hacia un lado la cabeza para poder ver bien la hoja de balance de Hardiman.

Exasperado, Hardiman dijo ásperamente:

—Por lo que más quiera, déjeme en paz. ¿Cómo voy a trabajar con su resuello por mi cogote?

—Estoy tratando de ayudarlo.

—La mejor manera de ayudarme es marchándose —miró nuevamente al reloj—. ¡Voy ya muy retrasado!

Newman se estiró tras él, señalando con su índice.

—Compruebe eso otra vez —dijo suavemente, sin querer ofender al otro.

Hardiman apartó violento su mano.

—Déjeme en paz —rugió furiosamente—. Me está complicando y aturdiendo.

—Y también la agrupación de los cheques pagados —le dijo Newman imperturbablemente—. Ha puesto los chelines en el lugar de los peniques y viceversa. Eso hace una diferencia de nueve chelines en el total general.

Hardiman se enderezó en su asiento, aspiró profundamente y dijo lenta y amenazadoramente:

—Escúcheme, Newman. Si no me deja inmediatamente, pediré a Gloss que le aparte de mí. —Había en sus palabras una amenaza transparente—. Estoy seguro de que ya ha tenido suficientes dificultades con Gloss.

Hardiman sonrió torcidamente.

—No trataba sino de ayudarle. ¿Por qué no hace lo que le sugiero? Compruebe nuevamente esas dos cantidades.

Regresó a su propia banqueta, reunió limpiamente sus hojas de cuentas y encendió con calma un cigarrillo. Otros tres pagadores habían terminado ya su trabajo y estaban también esperando, pero nadie podía marcharse hasta que todos ellos hubiesen ajustado sus balances.

Pasaron diez minutos. Hardiman se dirigió a Newman deteniéndose junto a su lado, y dijo ceñudamente evitando su mirada:

—Siento haberle hablado de aquella manera, Newman. Estaba preocupado y acalorado porque no me salía bien.

—No importa; ya sé lo difícil que resulta a veces. —De nuevo aquella sonrisa—. Probablemente conozco la sensación mucho mejor que usted.

Hardiman le miró de arriba abajo.

—Hay algo que no comprendo —dijo—. Acertó usted las dos veces. Lo había repasado tres veces, pero usted no hizo sino lanzar una ojeada, y puso en seguida el dedo en la llaga.

—Mi punto de vista era objetivo —explicó Newman—. Para mí era nuevo. No me ocurría como usted, que estaba demasiado metido en ello para verlo. Me pareció tan claro como la luz del día. Pude ver el error desde un kilómetro de distancia.

—Gracias de todos modos —dijo Hardiman ásperamente, recordando de repente que había sido ayudado por el tonto de la oficina, y sintiéndose embarazado por ello. Volvió a su banqueta y juntó sus papeles con un sujetador.

Veinte minutos más tarde los empleados se alejaban apresuradamente del banco; el conserje les dejaba salir de uno en uno a medida que estaban listos.

Newman decidió volver a pie a su piso de soltero. Caminaba enérgica pero pensativamente, tratando de comprender por qué disfrutaba ahora de esa nueva confianza y claridad de pensamiento.

Un grupo de mirones obstruía la acera enfrente de él, y cuando llegó junto a ellos miró distraídamente y vio que estaban estudiando los números premiados en la lotería, que figuraban escritos sobre una pizarra exhibida en el escaparate de una tienda.

Cada uno de los números de la lotería consistía | de entre diez y catorce cifras, y había más de veinte | de ellos marcados con tiza sobre la pizarra.

Newman supo instantáneamente la astronómica suma de todos aquellos números, con la misma certidumbre con que sabía que dos y dos son cuatro. Esta vez ni tan sólo sintió una sensación extraña ante la sorprendente aptitud que le acababa de ser revelada. Le pareció muy natural.

## Capítulo 5

**O**GDEN HIZO SU INFORME por televisor, y fue inmediatamente llamado a comparecer ante el Consejo Mundial.

La seriedad con que el Consejo Mundial consideraba la emergencia quedaba demostrada por tal acción. No se contentaron con esperar a que un pesado cohete mensajero llevase a Ogden a su destino, sino que pusieron a su disposición un cohete particular de gran velocidad con un piloto de insignia «A».

Pareció solamente cuestión de minutos desde que Ogden subió al cohete hasta que se hicieron sentir los efectos de los chorros de deceleración silenciosa. Y, sin embargo, al menos debía haber transcurrido media hora.

El piloto calculó su trayectoria con misteriosa habilidad, se precipitó hacia abajo en amplio semicírculo, dominando perfectamente el cohete mientras sus dedos tecleaban por los botones del tablero de mando.

A través de las transparentes y cristalinas ventanas, Ogden vio sobre el horizonte cómo se alzaba rápidamente el borde de la superficie de la Tierra y desaparecía de la vista, mientras el cohete trazaba su arco descendente en regulada trayectoria.

La Tierra giró lentamente, el marrón de las montañas se fundió con el verde y el gris de los valles que se precipitaban a su encuentro hacia arriba, a una velocidad cada vez mayor, dilatándose rápidamente, a semejanza de una fotografía que se hinchase automática y continuamente.

La alocada caída comenzó a retardarse, y los blandos muelles bajo Ogden se fueron haciendo más y más duros hasta dejarse sentir dolorosamente en los huesos de sus ancas. Y luego repentinamente disminuyó la presión y se encontraron flotando, flotando con movimiento suave y oscilante sobre la tierra que no estaba ni a treinta metros por debajo de ellos.

El piloto hizo descender el cohete como si fuera una pluma, flotando silencioso y yendo a posarse suavemente mientras redes antigravitatorias cuidadosamente ajustadas permitían que la acción de la gravedad actuase sobre ellas suave y progresivamente.

No era la primera vez que Ogden había sido llamado a la Reserva Platón. Y, no obstante, como en otras ocasiones, salió del cohete y miró en derredor con tranquila satisfacción, percibiendo inmediatamente la paz, la tranquilidad y la prueba de las alturas a que había llegado la civilización.

La Reserva Platón era un enorme parque natural que cubría muchos kilómetros cuadrados de idílica belleza natural. La hierba era verde y lozana, los árboles viejos, nobles y sabios, de nudosas ramas que formaban un dosel foliáceo de refrescantes sombras. Antiguos y estrechos senderos serpenteaban a través de los claros y los valles, sobre colinas recubiertas de verdor y junto a arroyos donde el agua cristalina

murmuraba musicalmente a lo largo de orillas recubiertas de esbeltos sauces.

El piloto respiró profundamente con aprecio y sonrió a Ogden.

—Hermoso, ¿no es verdad? —dijo con admiración—. Se siente dentro de uno, ¿no cree? Hay riqueza y bondad en derredor, incluso en el mismo aire que se respira.

—Casi demasiado bueno —dijo Ogden—, casi demasiado rico.

Los ojos del piloto miraron con sorpresa la burbuja controlada por radar que flotaba hacia ellos.

—Ciertamente tienen prisa en verle a usted —comentó—. Ni siquiera pueden esperar a que vaya usted andando hasta allí. Ogden frunció el entrecejo.

—No debería haber prisa ni urgencia —criticó—. ¡No en la Reserva Platón!

Contemplaron cómo la burbuja flotaba hasta detenerse junto a ellos, donde permaneció inmóvil a menos de medio metro por encima del suelo. La burbuja era transparente y en su interior había dispuesta acomodación para dos pasajeros. Ogden manipuló la superficie externa de la burbuja, abrióse en ella un panel corredizo, se hundió el asiento bajo su peso y el panel volvió a cerrarse. Solamente tuvo tiempo de despedirse con la mano del piloto antes de que la burbuja se pusiese nuevamente en marcha. No había sensación ni de movimiento ni de velocidad. Parecía como si la burbuja fuese a la deriva, como un globo de gas infantil. Y, sin embargo, su deriva tenía un objetivo.

Nunca estaba a mucho más de un metro por encima del suelo, y no obstante localizaba los obstáculos como si estuviese viva y tuviese ojos. Se alzaba para rozar ligeramente un matorral, trenzaba su camino entre los árboles, flotaba ligeramente sobre las aguas cristalinas de un arroyo, enhebrándose con delicada exactitud por las curvas y sobresalientes orillas.

Por fin Ogden vio frente a sí los verdes y frescos céspedes, los anchos escalones y columnas de mármol, los tejados rojos de la casa de Platón. Engastada como una piedra preciosa y centelleante sobre un fondo de terciopelo negro, esa réplica bellamente construida de una antigua ciudad griega hallaba su verdadero fondo entre aquella hermosa naturaleza. Solamente una cosa perturbaba la visión. Muy en lo alto, una mancha negra que era un Regulador de Meteorología se movía silenciosamente emitiendo rayos invisibles que disolvían nubes, contrarrestaban vientos y regulaban la temperatura.

Con impulsos direccionales infalibles la burbuja le transportó, más rápidamente ahora, subiendo los anchos escalones que brillaban blancamente bajo el caliente sol. Le llevó a una marmórea sala circular de asamblea, donde las túnicas de brillantes colores de los miembros del Consejo Mundial formaban una agradable nota de color.

La burbuja se movía ahora más velozmente, dirigiéndose hacia el centro del redondel, y se detuvo, flotando inmóvil justo por encima del suelo casi en el centro del círculo de hombres que la esperaban.

El círculo era pequeño y en él no había más de cincuenta de los miembros del Consejo Mundial esperándole. Le complació que ninguno de ellos mostrase señales de ansiedad o preocupación.

Era un gran privilegio conocer a tales hombres. Eran los mayores pensadores de la Tierra, hombres altruistas que pasaban la mayor parte de su vida en discusión filosófica, realizando grandes progresos en el conocimiento por medio de simple discusión. Reunían el producto de su pensamiento y llegaban a conclusiones que los científicos comprobaban luego por medio de experimentos.

Al verlos allí sentados perezosamente al suave sol, con sus miembros bronceados y sus reposados movimientos, Ogden bien podía creer que los antiguos discípulos griegos, con Platón de guía, tenían la costumbre de pasar gran parte de su tiempo en discusión dialéctica que era de provecho para la humanidad.

Pero ¡tantas cosas habían cambiado en los miles de años transcurridos desde la muerte de Platón! Lo que parecía ser un pavimento de mármol bajo los pies de Ogden era blando plástico, duradero pero elástico. Aquéllos que yacían sobre lo que parecían ser bancos de piedra, estaban en realidad sobre cómodos muebles. Sin duda la capacidad de pensar había también experimentado transformaciones progresivas.

Un hombre algo más viejo que los otros, de agudos ojos azules y cabello gris, observó penetrantemente a Ogden. Y dijo con una benevolente voz musical:

—Le he visto a usted antes, ¿no es verdad, Ogden?

—Fue hace algún tiempo —confirmó Ogden, mientras estudiaba cuidadosamente a su interlocutor, tratando de comprender en qué se diferenciaba de los otros miembros del Consejo Mundial. Era en verdad un privilegio conocer al Presidente del Consejo Mundial, el hombre más respetado de la Tierra. Y, sin embargo, lo mismo que antes, experimentó una ligerísima decepción, se descubrió a sí mismo tratando de encontrar una calidad que no existía, una calidad diferencial que situase al Presidente del Mundo aparte de los demás hombres.

—Nos han sido expuestos todos los hechos referentes a este asunto, Ogden —dijo el Presidente del Mundo—. Lo hemos considerado cuidadosamente, y lamento decirle que estamos muy inquietos.

Ogden miró lentamente en derredor, se humedeció los labios con la punta de la lengua, y se preguntó si esperaban que dijese algo. No muy lejos corría una fuente, salpicando el agua a la luz del sol. El Presidente cogió un frasco de un líquido ambarino y, levantándolo sobre sus entreabiertos labios con la facilidad de la costumbre, dejó que un delgado chorro penetrase en su boca.

—Nos encontramos con un problema que en muchos aspectos está por encima de nuestra capacidad para resolverlo por el ejercicio del pensamiento puro —dijo el Presidente, dejando a un lado el frasco.

—No creía...-comenzó Ogden.

El Presidente le interrumpió suave, pero firmemente. Había, incluso algo de brillo bien humorado en sus ojos.

—Llega un momento, Ogden, cuando el pensamiento puro y mental no es suficiente. Un momento en que los hombres de acción son vitalmente necesarios. —Y ahora una sonrisa amarga se dibujó en sus labios—. Usted se ha especializado en esa esfera de acción, Ogden. Es para eso que le hemos llamado.

Ogden frunció el entrecejo.

—Lo siento —dijo entrecortadamente—. No comprendo.

—Es muy fácil de comprender —dijo suavemente el Presidente—. Usted, Ogden, va a retroceder en el Tiempo.

## Capítulo 6

**H**AROLD NEWMAN se encontraba sentado en un rincón aislado de la biblioteca de consulta, esperando impacientemente que el auxiliar bibliotecario desenterrase los libros que había solicitado.

Hacía ahora tres horas que vivía con el secreto conocimiento de su nueva habilidad. Casi le parecía que empezaba a vivir por vez primera.

Su dolor de cabeza no había vuelto, y la sorda molestia que recordaba ahora haber sido siempre parte de sí mismo había desaparecido como por arte de magia.

La ausencia de dolor hacía que las cosas fuesen para él totalmente diferentes. Antes el dolor le había encenagado el cerebro, paralizado su mente y nublado sus pensamientos de tal modo que había sido mentalmente lento.

Era extraño cómo, después de haber desaparecido el dolor, podía comprender tanto más claramente qué carga había sido, en realidad, aquel dolor tan profundo.

Era como si durante aquellos años anteriores el pensamiento hubiese estado constantemente dilatándose en el interior de su mente, creciendo y tratando de expresarse, mientras el tejido cerebral lo sujetaba apretadamente en derredor, resistiendo al crecimiento, gimiendo y doliéndose con el esfuerzo de aquella resistencia durante todos aquellos años hasta el día de hoy, cuando, con una ruptura final y agónica, algo se había dividido en su cabeza, permitiendo que nuevos pensamientos rebosasen hacia una libertad esplendorosa, dilatándose exuberantemente, casi como si respirasen con inmenso alivio, al encontrarse libres por vez primera.

Cuando pensaba en los años durante los cuales el sordo dolor había ido aumentando constantemente, realmente imperceptible al principio, se dio cuenta de que el dolor se había hecho normal, casi parte integrante de sí mismo, y recordó al Harold Newman del pasado como un Harold Newman diferente.

Ahora había dos Harold Newman. El nuevo Harold Newman, libre de dolor, cuya mente era brillante y clara, y sin el opresivo dolor, que pensaba sobre el viejo Harold Newman con una simpatía no exenta de ligero desprecio.

El viejo Harold Newman había hecho tantas estupideces. Tantas cosas ignorantes, necias y ridículas, que ahora se sentía embarazado al recordar cuan estúpidas tales acciones debían haber parecido a los demás.

El bibliotecario apareció en su pupitre, resoplando con el esfuerzo de transportar tantos libros. Estaba clasificado en el mismo grupo que Newman y resentía que se solicitasen tantos libros. Dijo con una inflexión sarcástica en su voz:

—Falta una hora para cerrar. ¿Le bastarán éstos o querrá algunos más?

Newman le lanzó una ojeada, vio unos ojos apagados que reflejaban más bien una emoción primitiva que el pensamiento puro, comprendió lo cerrada y limitada que era

la mente de aquel hombre y sintió irritación, más bien que compasión, hacia él. Dijo rápidamente:

—Está bien. Deje aquí los libros. No necesitaré ninguno más esta noche —y mientras hablaba, el nuevo Harold Newman se vio obligado a extender una mano mental para contener al viejo Harold Newman y darle un golpecito en la espalda para que no se ruborizase y quedase embarazado y confuso.

Esa fue quizá la más extraña experiencia de aquel agitado día. Descubrir que era como dos personas unidas en una, la una cien veces más prudente y más sabia que la otra, tratando de educar a la otra para que permaneciese apartada y adquiriendo cada vez más una serena confianza. Harold Newman tomó el primer libro. Hacía solamente tres horas que había descubierto su portentosa capacidad para sumar largas columnas de cifras, aparentemente sin tomarse el trabajo de adicionarlas.

Parecía ser un curioso truco mental que había descubierto instantáneamente, y que parecía coincidir con aquel último rayo de agonía que le había dejado inconsciente. Newman deseaba saber la razón de aquel fenómeno, y del catálogo de la biblioteca de referencia había solicitado una larga lista de obras científicas que quizá le explicarían aquel fenómeno mental.

Había libros de medicina que trataban de la actividad física del cerebro. Los leyó, saltándose los largos y difusos párrafos no informativos y absorbiendo las líneas generales de la teoría médica. Encontró que los libros de medicina eran, en forma extraña, poco satisfactorios, y con resentimiento irracional se dedicó a los libros de psicología.

Le sorprendió que existiesen tantas escuelas diferentes de psicología. Mantenían puntos de vista diametralmente opuestos, y percibió que muchas de las teorías eran asombrosamente ridículas. Esos volúmenes eran aún más difusos que los de medicina, y repetían el mismo tema con diferentes palabras, como si los autores tratasen de rellenar todo lo posible. Una y otra vez se descubrió anticipándose al punto que el autor deseaba probar en un capítulo, y ojeando rápidamente las páginas podía confirmar que su suposición era correcta.

Ni los libros médicos ni los de psicología le dieron la explicación de su nuevo poder, ni a decir verdad aprendió en ellos nada importante. Pasó luego a los libros sobre lo oculto, clarividencia, telepatía e hipnotismo, los cuales le proporcionaron alguna información, le enseñaron mucho acerca de las opiniones de sus autores, pero no le dieron explicación tangible ninguna sobre su propia y extraña transformación mental.

Finalmente suspiró, y comenzó con el último grupo de libros, aquéllos que trataban de las matemáticas. Ojeó el primer volumen, que era de matemáticas para principiantes y explicaba sencilla teoría matemática que aburría por su pedestre método. Volvió rápidamente las páginas, llegó al final del libro antes de haberse dado

cuenta, suspiró, dejó el libro a un lado y cogió el volumen segundo, que comenzaba donde el otro había terminado.

Harold Newman se detuvo entonces pensativo, volvió a tomar el primer volumen y lo hojeó rápidamente.

Hacia la mitad del libro encontró el capítulo que trataba de logaritmos. Antes había pasado rápidamente aquel capítulo, dándose cuenta de él, pero continuando hasta el fin del libro con la sensación de que no había aprendido nada nuevo.

Pero ahora el viejo Newman que había dentro de él le apremiaba, recordándole un hecho desagradable que no le gustaba creer. El viejo Harold Newman había estudiado matemáticas en la escuela, pero solamente hasta los logaritmos. Incluso los logaritmos habían sido un problema con el que se había enfrentado sin confianza, sin estar nunca seguro de su terreno, y perdiéndose por completo al tratar de seguir sus estudios más allá de aquel punto.

Pero para el nuevo Newman toda la teoría de los logaritmos y las teorías matemáticas expresadas en la siguiente mitad del libro parecían de una claridad meridiana, e incluso infantiles en su simplicidad.

Frunciendo el ceño con perplejidad, el nuevo Harold Newman cogió el segundo volumen de teoría matemática. Estaba ahora pensativo, analizándose a sí mismo, mientras pasaba rápidamente las páginas, y en tanto sus ojos capturaban y percibían cada uno de los pasos matemáticos sucesivos con la misma facilidad con que un niño escoge bolas coloreadas, una tras otra.

Estaba todavía analizándose a sí mismo cuando se volvió al tercero y último libro de matemáticas. Supo entonces exactamente lo que le estaba ocurriendo. Estaba absorbiendo teoría matemática con la misma facilidad con que el papel secante absorbe la tinta. No tenía que pensar. Sólo tenía que leer una teoría para comprenderla inmediatamente. No tenía que consultar los ejemplos. Entendía de una ojeada las fórmulas y ecuaciones matemáticas.

Era como si la lectura sirviese para estimular a su mente a fin de que recordase algo que ya sabía instintivamente, algo así como el impulso que un recién nacido recibe del pecho de su madre y que produce en él la reacción instintiva de alimentarse.

Llegó al final del tercer y último volumen y lo cerró con un sentimiento extraño de frustración. Miró hacia el pupitre del bibliotecario y vio que éste le estaba mirando con amargo resentimiento.

Le hizo una señal Ogden, y el bibliotecario salió de detrás de su pupitre y se dirigió hacia Newman con los labios contraídos en una amarga sonrisa.

—Los libros son para ser leídos —gruñó—. Cuando quiera dar vuelta a unas hojas puede hacerlo en su casa con cualquier libróte que no se estropee con el uso.

Aquel hombre era un torbellino de confusas emociones, que resentía su

clasificación por su convicción errónea de que debía ser más elevada, y que odiaba y odiaba a todos los de su propio grupo que trataban de aumentar sus conocimientos.

No era posible discutir con tal hombre. Newman golpeó con su dedo índice el último de los tres volúmenes sobre matemáticas.

—Quisiera los tomos que siguen a éste —dijo suavemente.

El bibliotecario le miró con odio.

—Faltan diez minutos para cerrar —dijo desagradablemente—. ¿No va usted a leer en diez minutos la siguiente docena de libros sobre teoría matemática?

—Eso es —dijo Newman con calma.

No valía la pena enojarse con aquel individuo. Por mucho que le molestase ir a buscar los libros, aquél era su trabajo. Y si no realizaba su trabajo eficientemente, podría producirse una queja y una degradación de grupo por un período de castigo.

La voz del bibliotecario era hiriente y sardónica.

—De modo que usted quiere los libros siguientes de matemáticas —rióse despectivamente—. Quiere saber todo lo que hay que saber sobre matemáticas. De modo que ya ha leído todos los estudios de Einstein, Wolff y Tomkins, y quiere más.

—Eso es —concedió Newman tranquilamente.

—¿Y a quién querrá para después de Tomkins? —preguntó el bibliotecario con sarcasmo.

—Las fórmulas matemáticas de aquéllos que han desarrollado el trabajo de Tomkins —dijo Newman tranquilamente, incapaz de sentirse molesto por aquel hombre, pero irritado por su pérdida de tiempo.

—¿Y quién viene después de Tomkins? —rugió de mala manera el bibliotecario—. Dígamelo.

—No lo sé —dijo honestamente Newman—. Pero usted debería saberlo.

El bibliotecario silbó a través de sus dientes.

—¿Y después de Tomkins? ¿Qué? —preguntó en son de burla.

—Eso es lo que quiero saber.

La cara del bibliotecario se retorció feamente al tratar de disimular su rabia contra todo el mundo.

—¿A quién quiere usted engañar? —rechinó—. Sentado aquí pasando páginas sin ni siquiera leerlas, haciéndome ir y venir, pidiendo libros que nadie quiere nunca leer y luego pidiendo las teorías avanzadas sobre Tomkins.

Newman miró tranquilamente al reloj.

—Ha malgastado usted tres minutos —observó racionalmente—. ¿Quiere usted tener la amabilidad de traerme en seguida los libros siguientes a éstos?

El bibliotecario aspiró profundamente. Su voz era desagradable.

—No engaña a nadie —dijo—. Porque no sabe lo suficiente para engañar a nadie. Solamente un pedante pediría los libros que siguen a Tomkins. Porque hasta los

chicos de la escuela saben que Tomkins es lo más alto, y que solamente dos o tres de los mejores matemáticos del mundo pueden comprender las teorías de Tomkins.

Después que el bibliotecario hubo regresado a su pupitre, reinó el silencio en la biblioteca de consulta.

Newman permaneció sentado contemplando el montón de libros enfrente de él, y su ansia por saber le produjo un dolor.

Era el dolor amargo de un ansia sin esperanza. Porque toda la teoría matemática se encontraba allí, delante de él, resumida en aquel delgado volumen.

¡Y era tan lamentablemente pequeña! ¡Tan melancólicamente pequeña!

## Capítulo 7

**E**N EL CENTRO de la habitación se encontraba una joven sentada en una cómoda silla, en una postura tensa y rígida, como si el examen de los numerosos ojos que la observaban le resultase dolorosamente penetrante.

Era una mujer hermosa e inteligente, de ojos vivos y separados, y de frente alta y despejada. Llevaba un vestido convencional, una sencilla y corta túnica sujeta sobre el hombro, y lucía alrededor de su tobillo derecho la cadenilla de oro que denotaba su condición de soltera.

—Usted es Marilyn Rose Jetner —preguntó uno de los jueces con voz suave y casi desinteresada. Pero aunque su voz era suave, tenía un aire sutil de autoridad que hizo estremecer a la muchacha.

—Es cierto —dijo—, y sus palabras al flotar a través del aire eran capturadas eléctricamente y registradas al instante en otra habitación, pasando acto seguido a ser impresas.

El Juez dijo lentamente:

—Usted entiende que aparece ante un Comité de Investigación que debe juzgarla. ¿Lo comprende?

La muchacha asintió descuidadamente, mientras sus grandes ojos reflejaban su vergüenza y su aprensión.

—Todas las preguntas y respuestas se llevarán a cabo verbalmente, y quedarán por completo registradas. ¿Entiende usted eso?

Ella asintió de nuevo.

—Sí —murmuró en voz baja.

El juez movió la cabeza con satisfacción y se recostó cómodamente en su butaca. Y mirando hacia el abovedado techo dijo:

—¿Es usted una Ayudante en el Laboratorio de Investigación de la Máquina de Tiempo?

—Sí —murmuró.

—¿Está usted empleada en el departamento vitalmente relacionado con el viaje por el Tiempo?

—Sí.

—Tiene usted un elevado I. Q., y se ha calificado para el quinto grado de estudio en la teoría de la física. Durante mucho tiempo ha estado usted ocupada en los escasos experimentos efectuados con la máquina de Tiempo.

—Efectivamente —murmuró.

—No puede por lo tanto mantenerse que ignora los peligros que pueden seguir a una interrupción en la causación normal del pasado.

Levantó un poco su cabeza y enderezó valerosamente los hombros.

—No —concedió—, no es posible.

—Quiere por lo tanto explicar por qué dio usted a Banister una oportunidad para que operase la Máquina de Tiempo.

Contempló al Juez durante largo rato. Los ojos azules de éste se clavaron despiadadamente en los de ella. Un rojo rubor coloreó sus mejillas y, bajando los ojos, dijo con voz avergonzada:

—Supongo que es porque soy una mujer.

—¿Quiere usted aclararlo?

Aspiró profundo, juntó apretadamente sus dedos y murmuró:

—Dentro de dos meses Bannister y yo tenemos que casarnos. Hemos pasado los ensayos característicos y los resultados demuestran que concuerdan. Ambos somos, G —7.

Hizo una pausa, levantó esperanzadamente la vista, miró en derredor, como tratando de encontrar simpatía, y luego, al no hablar nadie, volvió a bajar la vista, mirando sus nerviosos dedos:

—Hemos pasado mucho tiempo haciendo proyectos de matrimonio; además trabajamos juntos en el laboratorio de investigación. Eso nos proporciona una mayor oportunidad para relacionarnos de la que disfruta la mayoría de los demás.

—Es posible —dijo secamente el Juez.

Se ruborizó aún más y prosiguió apresuradamente:

—La máquina de Tiempo constituía para él una obsesión. Siempre estaba pensando en ella y haciéndome preguntas. Cuando estábamos juntos era de la máquina de Tiempo de lo que me hablaba siempre, hasta que un día, hace unas semanas, me preguntó si podía ver la máquina. Eso fue todo lo que me pidió; ver la máquina.

—Naturalmente, él sabía que usted era uno de los ayudantes delegados para sellar la cámara de la máquina del Tiempo —interpuso el Juez.

Se mordió el labio.

—Se lo dije —admitió, y percibió el enojo contenido de sus Jueces ante el hecho de que había traicionado la seguridad oficial. Solamente uno de los más depravados miembros de la sociedad podía cometer tal crimen.

—Tienen ustedes que comprender —añadió rápidamente, sin aliento—. No es como ustedes creen. Era tan infantil, tan entusiasta, reía siempre ansiando aprender algo nuevo.

Pero incluso mientras hablaba sentía que era un caso desesperado. ¿Cómo podía una simple mujer esperar convencer a unos hombres inteligentes y calculadores de lo que representaba verle sonreír a ella?, ver aquellas bailarinas chispas doradas en sus ojos, y escuchar la vibración de su voz cuando la alababa, diciéndole: No le pediría a nadie sino a ti que lo hiciese por mí.

—Y así fue que accedió usted a dejarle ver la máquina de Tiempo, —dijo el Juez, y su voz, aunque todavía era suave, permitió que las palabras se desgranasen lentamente, de una en una, como guijarros.

—Sabía que era contra el reglamento —admitió honestamente—. Escogí un momento cuando no había nadie más cerca del laboratorio. Y tuve buen cuidado de prevenirle. Le dije una y otra vez que por ningún concepto tenía que tocar ninguno de los mandos.

—¿Y permitió usted que llegase hasta la máquina y se subiese en ella? —preguntó el Juez. Quería estar bien seguro de su culpabilidad, oírse admitir.

Ella hubiese querido gritar: ¡No! Habría deseado negarlo todo. Pero sabía lo inútil que hubiese sido, sabía que hubiesen sabido que mentía, de la misma manera que ahora sabían que deseaba mentir.

—Sí —admitió con voz débil y desolada.

—¿Y entonces...? —la animó el Juez.

Levantó la vista, se enfrentó con él categóricamente, con la cabeza echada hacia atrás y valor en sus ojos.

—Fue un accidente —dijo—. No lo hubiese hecho deliberadamente. Fue un accidente. Era siempre curioso como un niño; sencillamente, no sabía contenerse. E inmediatamente después de tocar el botón... ¡desapareció!

Se ahogó su voz y estuvo a punto de romper a llorar.

Otro juez se incorporó hacia adelante, y la tanteó con penetrantes ojos.

—¿Bannister llevaba un paquete? —preguntó—. ¿Un paquete sellado en plástico? Le miró fijamente y asintió silenciosa con lágrimas en sus ojos.

—¿Y entonces qué ocurrió? —preguntó el primer Juez.

—Ya saben lo demás —exclamó ahogándose—. Me di cuenta de que había tocado accidentalmente un botón y de que era transportado hacia el pasado. Hice sonar la alarma e informé de inmediato al jefe de mi departamento.

—¿Hay algo más que desee usted añadir? —dijo fríamente el Juez—. ¿Algo más que desee decirnos?

Inclinó su cabeza.

—No —murmuró—. Nada más.

Y levantó rápidamente la cabeza. Leíase una ansiosa súplica en su cara.

—Pero tienen que hacerle volver —rogó—. De un modo u otro, tienen que hacerle volver. No importa lo que pueda ocurrirme a mí, pero a él tienen que encontrarle. No le pueden dejar morir allá en el pasado, solo y sin amigos.

El Juez dijo secamente:

—La desaparición de Bannister en el pasado es ya objeto de consideración. De lo que se trata en este momento es de la parte de usted en su desaparición. Ya no hay duda de su culpabilidad, y lo único que falta es encontrar el castigo adecuado.

La chica permaneció sentada, con la cabeza inclinada, esperando el veredicto.

El Juez resumió tristemente, con consideración, pero con pena.

—Para una ofensa contra la seguridad del mundo no puede haber castigo adecuado. Hace muchos, muchísimos años, para una ofensa como la que usted ha cometido se hubiese aplicado la pena de muerte. En estos tiempos cultos no puede ni pensarse en tan bárbaros castigos; a decir verdad no es casi nunca necesario castigar un crimen de tal naturaleza.

Respiró muy hondo, y prosiguió, escogiendo muy cuidadosamente sus palabras.

»Los castigos que aún existen son necesariamente de naturaleza psicológica. No es ya táctica de la humanidad causar dolor ni adoptar tales métodos de represión primitiva y bestial, y por tal razón los castigos que quedan son extraños y desgraciadamente permanentes.

Hizo otra pausa, aspiró profundamente de nuevo y dijo claramente:

—Míreme y escuche la sentencia que yo y los demás Jueces hemos decidido que debe serle aplicada.

Despacio y tímidamente levantó los ojos y le miró implorando.

—Su crimen fue que era una mujer —dijo—. Ha cometido aquel delito porque es una mujer y tiene las debilidades de una mujer. Es por lo tanto justo que el castigo corrija sus debilidades.

Ella le miró fijamente, y su labio temblaba mientras esperaba el veredicto.

—De aquí será usted conducida a Investigación Médica —le dijo—. No habrá dolor ni recibirá ninguna herida física. Pero desde este momento en adelante, aunque tendrá el cuerpo de una mujer carecerá de sus deseos. Sus debilidades quedarán eliminadas, y cuando reanude su trabajo será mentalmente más fuerte. Pero ya no le interesará Bannister ni ningún otro hombre, y no encontrará satisfacción ninguna en el matrimonio.

Un gran silencio siguió a las palabras fatídicas de la máxima sentencia que podía ser impuesta a una mujer.

La muchacha miró alocadamente en derredor, con ojos incrédulos, y luego su labio inferior comenzó a temblar violentamente mientras sollozaba.

De uno en uno los Jueces apartaron de ella la vista, siendo esta vez ellos quienes no pudieron soportar su mirada.

## Capítulo 8

**H**ECTOR GLOSS estaba sentado en su cómoda oficina contemplando tristemente una hoja de balances. Era un hombre afectuoso, y le repugnaba adoptar una medida que podía fácilmente representar la ruina de un joven.

Él mismo, durante toda su vida de trabajo, había sentido agudamente la posibilidad constante del deshonor social que representaba ser degradado a un grupo inferior. Verse por necesidad obligado a ser el factor activo en la degradación de un joven era una desagradable responsabilidad que dudaba en tomar.

Suspiró, y resolvió dar al joven una última oportunidad, decidiendo que debía ser realmente la última, y habló por la comunicación interna de su oficina.

Mientras esperaba extendió las hojas de balance ante sí, sobre su escritorio, enderezó su corbata, se ajustó más firmemente los lentes sobre el puente de su delgada nariz y pasó la palma de la mano sobre su calva, como si alisase algún invisible cabello.

Cuando oyó la llamada a su puerta dejó que sus facciones se contrajesen formando las duras líneas que la experiencia le había enseñado eran las que conseguían los mejores y más rápidos resultados en sus relaciones con sus ayudantes.

—Entre —dijo, en voz decidida y cortante, y sus ojos se hicieron penetrantes y analizadores, mientras Harold Newman abría la puerta recibiendo todo su impacto.

«Ayer habían revivido sus esperanzas en Newman —pensó Hector Gloss—. Parecía ayer que el joven se había afianzado, estaba más erguido y había perdido aquel aspecto tenso y encorvado que le hacía aparecer mucho más viejo de lo que era en realidad».

Sí, incluso ahora se observaba una transformación en Newman. Una transformación que era difícil de describir, pero que se percibía inmediatamente. Newman estaba más confiado de sí mismo, de un buen humor provocativo, y no ya confuso e indeciso, ni sofocado ni embarazado.

Sí, Newman había ciertamente cambiado estos dos últimos días. Mostraba tranquilidad y sangre fría, y había una viveza tal en sus ojos que resultaba difícil hacérselos bajar con la mirada.

Y sin embargo...

Hector Gloss concentraba su atención en las hojas de balance extendidas enfrente de él, sobre su escritorio. Sin levantar la vista dijo:

—Venga a este lado del escritorio, Newman.

No se movió y esperó hasta que sintió a Newman tras él, mirando por encima del hombro.

Y dijo con su experta voz, áspera e impresionante:

—De modo que otra vez es necesario que corrija su hoja de balance y encuentre

las discrepancias.

—¿De modo que había una discrepancia? —dijo Newman con desparpajo.

—Natural —dijo secamente Hector Gloss—. De lo contrario el balance hubiese salido bien.

—Pero podía haber habido una diferencia de efectivo —dijo Newman, casi alegremente—. Podía haber entregado demasiado dinero contra un cheque.

Para Hector Gross, el hecho de entregar demasiado dinero contra un cheque al portador era un sacrilegio. ¿Cómo era posible que nadie aceptase tan monstruoso error como una explicación razonable de una discrepancia...?

Gloss dijo con una voz tan áspera que le sorprendió a sí mismo:

—Le he advertido muchas veces, Newman. Quiero que vuelva usted a mirar estas hojas de balance. Dígame lo que encuentra equivocado.

Newman las miró durante unos tres segundos. Luego dijo con aquella misma voz alegre y despreocupada:

—A mí me parecen bien.

Hector Gloss se sintió hervir de enojo. Estaba tratando de salvar a aquel joven del deshonor social, pero ni siquiera sus esfuerzos verdaderamente desinteresados eran apreciados.

Puso su dedo índice cuidadosa e intencionadamente sobre una columna de números donde un error en una adición parcial se destacaba a una legua de distancia.

—¿Qué error hay ahí?

Sintió el aliento de Newman en su cogote, cuando el joven se inclinó hacia adelante para examinar los números.

—Nada que pueda ver. A mí me parece perfecto —dijo Newman placenteramente.

La exasperación se extendió por el pecho de Hector Gloss. Estaba haciendo lo que podía, ofreciendo al joven toda la oportunidad posible, incluso indicándole los errores para que pudiese verlos él mismo y a pesar de todo seguía sin verlos.

—Use sus ojos, Newman —dijo violentamente—. Sin duda es usted capaz de hacer una sencilla suma. ¿Qué está mal aquí?

—Nada que pueda yo ver —replicó Newman alegremente—. Es así como me gusta a mí.

Gloss se enderezó lentamente, hizo girar despacio su sillón rotatorio, miró cara a cara a Newman.

—No puede usted comprender, Newman —trataba de hacer que su voz denotase paciencia—, estoy tratando de ayudarle.

—Se lo agradezco.

—¿Quiere usted que le degraden?—tronó Gloss.

Los ojos de Newman estaban brillantes y vivos. Gloss no vio en ellos ni

consternación ni miedo. Dijo casi alegremente:

—Quizá es lo mejor que podría suceder. Yo no encajo aquí. No le sirvo a usted, y estar aquí tampoco me sirve a mí. Tal vez la mejor solución será un informe de degradación.

Una sensación de alivio mezclada de sorpresa se extendió por Hector Gloss. Que el mismo Newman solicitase un informe de degradación liberaba su conciencia de gran parte de responsabilidad personal. Pero incluso así no pudo evitar un eco de sorpresa en su voz.

—¡Realmente quiere usted que haga un informe de degradación!

Los ojos brillantes y vivaces de Newman miraron fijamente los suyos y casi parecía como si hubiese en ellos una sospecha de risa burlona.

—Quizá querrá usted escribirlo ahora —sugirió suavemente—. Podría llevarlo en seguida a la Oficina de Agrupación Social.

## Capítulo 9

**DEPARTAMENTO F / KD.  
SECCIÓN MEDICA DE SEGURIDAD.  
AL OFICIAL DE SEGURIDAD CLINES.  
INFORME PERSONAL.**

**Asunto: G. N. BANNISTER.  
AYUDANTE EN EL DEPARTAMENTO  
DE INVESTIGACIÓN MÉDICA.**

*De acuerdo con las instrucciones recibidas de su Secretario, se realizaron todos los ensayos tan pronto como se nos entregó el prisionero para su custodia.*

*Físicamente no se encontró ninguna diferencia entre su clasificación médica y la que había ya sido registrada. Sin embargo, los rayos y del aura mental del prisionero difirieron considerablemente de los datos previamente registrados, y es necesario subrayar que debe haber algún fallo en nuestro sistema de clasificación que ha permitido que Bannister pasase y fuese empleado en un trabajo para el cual no está calificado.*

*Es naturalmente posible que más tarde se compruebe que desde el último examen mental sufrido por Bannister hace algo menos de un año, se han presentado en su experiencia factores insospechados que han originado nuevas estructuras neurales, que anteriormente no aparecían indicadas. Un equipo está ahora trabajando retrospectivamente para probar o refutar tal suposición.*

*Eso no obstante, los hechos son claros. Por las razones que sean, el aura mental de rayos y del prisionero Bannister indican claramente que es un sujeto exhibicionista. Los dibujos mentales son evidentemente obvios. Hay en Bannister un profundo deseo innato de llamar la atención sobre sí mismo. Sus reflejos neurales, que son considerablemente egoístas, indican que ha sido clasificado de un modo casi criminal. Mientras su nivel de inteligencia es razonablemente elevado, sus tendencias exhibicionistas combinadas con características mentales distintivas le hacen excepcionalmente emotivo.*

*De nuestro actual examen se deduce claramente que se debió clasificar a Bannister como actor, vendedor, organizador o en grupo semejante, lo cual le hubiese proporcionado la oportunidad de satisfacer sus estructuras mentales.*

*Con referencia a la información especial que me solicitó, dispuse que seis de nuestros telépatas más desarrollados estuviesen presentes en la desparalización. Esos fueron agrupados alrededor de la mesa de operaciones, justamente fuera del alcance del efecto de los rayos desparalizadores. Estaban bien preparados, y trabajando ya, cuando conecté el desparalizador.*

*Tan pronto como se hubo disipado la parálisis, y Bannister yacía tranquilamente relajado, inyecté al prisionero una droga retardante que hiciese más lentas sus reacciones físicas y mentales. Eso se hizo, en primer lugar, a*

beneficio de los telépatas, y en segundo lugar para reducir los efectos de cualquier reacción violenta que pudiese seguir al shock de la desparalización.

El prisionero permaneció inmóvil durante algunos minutos, en tanto su sistema circulatorio comenzaba a funcionar. No hubo necesidad de emplear los telépatas, porque el prisionero no intentó erigir una barrera mental. Nuestros tres mejores telépatas estaban esperando para lanzarse y abrir a golpes su mente si hubiese sido necesario. Pero el prisionero mantuvo abierta su mente y nos permitió entrar libremente y recoger a nuestro gusto sus pensamientos.

*Resultado:*

Debo informar que no tuvimos. Yo mismo, a pesar de ser un ciudadano normal, y de ningún modo especialista en telepatía, fui capaz de investigar sus pensamientos a mi gusto. Debo confesar que fue una experiencia bastante desagradable. En la mente del prisionero había un sentido de triunfo mezclado con amargura, y sus primeras palabras fueron:

«¿Ha sucedido algo?».

La pregunta que su mente en realidad formulaba era: «¿Que han averiguado?».

Como es natural, todos nosotros habíamos erigido barreras mentales. Yo le mentí. Dije:

«Sí, ha habido cambios violentos. ¿Qué ha hecho usted?».

Su mente se dilató con orgullo y jactancia, y pudo verse a sí mismo como una gran luz blanca a través de las páginas de la historia. Y dijo en voz alta y sonora:

«Nadie me olvidará nunca, ¿verdad? Mi nombre estará en los labios de todos. Seré famoso para siempre».

Los estratos superiores de la mente del prisionero estaban ocupados principalmente por tales obsesiones característicamente egotísticas. Profundizamos más hondo en su mente, en busca de hechos fundamentales.

Hay una razón de primer orden que explica por qué no puedo conseguir la información Ogden que usted requiere. El mismo prisionero desconoce el período de Tiempo al cual se desplazó. Sabiendo muy bien que su mente sería explorada, tuvo buen cuidado de no observar los indicadores de la máquina de Tiempo, e ignora realmente qué período de Tiempo alcanzó. Tiene una idea vaga de que pueda haber sido el siglo XVIII. Ni tan sólo sabe que la máquina de Tiempo misma indica un período de tiempo entre 1950 y 2000.

Con respecto a su segunda pregunta la respuesta es: Sí. Se llevó a cabo la operación. La operación es el punto focal del intento de Bannister por alcanzar la fama. Incluso si no hubiésemos penetrado en su mente lo hubiésemos sabido, porque con todos los que ahora le entrevistan, Bannister se jacta de haber

*realizado una operación antes nunca realizada, y que ha alterado todo el curso de la historia.*

*Puedo proporcionarle algunos datos referentes a la operación. El prisionero ha demostrado un ingenio asombroso. Probablemente por pura casualidad, su destino en el Tiempo fue un hospital. Tenía a su alcance de sesenta a setenta niños recién nacidos, de uno a dos días de edad. Realizó la operación sobre uno de esos niños. El prisionero no sabe qué niño era, y tuvo buen cuidado de no observar ninguna característica identificable.*

*De momento el prisionero sigue confinado. Está en buena salud, mentalmente exaltado y deseoso de hablar extensamente con todos acerca de lo que ha hecho. No teme hablar, porque está convencido de que no puede proporcionar ningún indicio acerca de a quién realizó la operación y en qué momento del tiempo. Y yo lamento tener que informar que estoy de acuerdo con su convicción.*

*A la espera de sus ulteriores instrucciones sobre lo que debe hacerse con el prisionero.*

*Firmado: ...*

## Capítulo 10

**E**L EMPLEADO de las PRUEBAS DE GRUPO frunció el entrecejo al ver la tarjeta que había descendido por el tobogán, cayendo en su bandeja de...

Leyó con desagrado la información inscrita sobre la tarjeta.

Las pruebas de degradación eran molestas y pesadas, pues perturbaban la rutina de su trabajo. Suspiró enojado. El resultado era casi siempre el mismo. Los recomendados para una prueba de degradación resultaban casi siempre haberse retardado, al embotarse con el tiempo, perdiendo su máxima habilidad.

Dio un golpe de pulgar al interruptor de su televisor, y se halló contemplando la cámara de ensayo, muchos pisos más abajo, en la planta baja.

Ver a Harold Newman fue una sorpresa. Newman era joven, y no era frecuente que los jóvenes compareciesen para ensayos de degradación. Quienes acostumbraban a sufrirlos eran hombres más viejos que, debido a su edad, estaban perdiendo la agudeza de sus facultades.

Para asegurarse, dijo por el televisor:

—¿Es usted Harold Newman?—y se sorprendió al observar la fría confianza de la actitud de Newman y la clara viveza de sus ojos, cuando dio la vuelta para enfrentarse con la pantalla del televisor.

—Así es —dijo despreocupadamente—. Soy Harold Newman.

—Recomendado para un ensayo de degradación por Hector Gloss —dijo el empleado, mirando la tarjeta para asegurarse de que se había hecho cargo del asunto.

—Exactamente —dijo Newman.

El empleado suspiró.

—Probablemente recordará usted el método de ensayo —dijo monótonamente—. Usted estuvo aquí por última vez... —y miró nuevamente la ficha— ...hace cinco años. Comience por la mesa A y vaya siguiendo hasta la mesa L. ¿Está todo claro o desea hacer alguna pregunta?

—Todo está perfectamente claro.

—Bien —dijo el empleado con satisfacción—. Ya conoce usted las condiciones. Tiene exactamente una hora. Si termina usted antes de la hora, oprima el botón sobre la mesa L.

El empleado cerró bruscamente su televisor y dirigió su atención al resto de su más importante trabajo, aliviado porque Newman ya no le molestaría por lo menos hasta al cabo de una hora.

En el cuarto de ensayo de más abajo, Newman se dirigió a la mesa A, contempló el conjunto de figuras formadas por recortes coloreados, y sonrió condescendiente.

En los últimos años la práctica de seleccionar por medio de pruebas de inteligencia se había convertido en una costumbre aceptada.

Especialistas médicos y psicológicos habían dedicado todo su ingenio a la confección de pruebas de agrupación que habían demostrado en la práctica su excepcional utilidad. Servían para segregar y clasificar eficientemente a todos, de modo que quedaban automáticamente asignados al tipo de trabajo para el cual presentaban la mayor aptitud.

Lo más hermoso de tales pruebas era que los conocimientos y la sabiduría no eran condiciones necesarias. No era preciso que ningún sujeto supiese leer, escribir o tuviese conocimientos de filosofía, ciencia, ninguna otra rama del saber. Los ensayos habían sido ideados para determinar la inteligencia natural básica de la gente, aparte de cualquier conocimiento adquirido que pudieran poseer y que no hubiese sido heredado naturalmente.

Harold Newman ya se había enfrentado antes con esas pruebas. Durante los primeros años después de salir de la escuela había realizado las pruebas anualmente. Como es natural, todo el mundo tenía la esperanza de que después de terminados sus estudios, su grado sería elevado. Incluso ahora recordaba su amarga decepción cuando se enteró de que su graduación indicaba que era adecuado para empleos de poca importancia.

Cinco años después de su clasificación ejerció su derecho de presentarse para el ensayo final de agrupación. Entonces se disiparon finalmente sus esperanzas. No terminó el ensayo peor, pero tampoco mejor. Los ensayos rara vez fallaban, y había sido clasificado en el Grupo Cinco muchas veces. Sabía que sería su clasificación para toda su vida.

Ahora, mientras contemplaba la Mesa A, recordaba divertido sus temores y sus esperanzas durante su último ensayo. Se había sentido ansioso y aprensivo, decidido, pero al mismo tiempo temeroso. Había resuelto el primer problema con vigoroso entusiasmo, pero solamente había llegado a la mesa H cuando se terminó su hora, y se encontraba agotado y sudoroso, tratando de concentrarse, mientras el dolor de cabeza anublaba sus pensamientos.

Ahora todo aquello parecía tan lejano, y había sido un Harold Newman verdaderamente diferente quien había sufrido la prueba.

Newman contempló un momento la primera mesa. El problema había variado en sus detalles, pero el ensayo fundamental del problema era el mismo. Apenas si era necesario lanzar más de una ojeada a los dibujos irregulares de recortes multicolores para darse cuenta de qué era lo que estaba mal. Alargó la mano, reajustó cinco de los recortes de modo que el dibujo quedó estéticamente reformado, y pasó a la mesa B.

La mesa B era el mismo tipo de problema, pero enunciado con pequeñas piezas de alambre metálico que presentaban un aspecto visual distinto. Varió la posición de tres de las piezas de alambre antes de pasar a la mesa C.

La mesa C estaba cubierta por una hoja de plástico rojo y blanco. Newman supo

de una sencilla ojeada que había mil quinientos de aquellos cuadrados rojos y blancos. En el interior de cada uno de los cuadrados había un número recortado movable. Números que en apariencia no tenían relación entre sí debían formar un esquema. Con sólo mirarlos, Newman supo cuáles cinco de aquellos números estaban incorrectamente colocados, y los ajustó antes de pasar a la mesa D.

«Todo aquello era tan infantil», pensó mientras resolvía un problema de triángulos y cuadrados, y pasaba a la mesa E. Que eso fuese un ensayo era una triste consideración sobre la habilidad mental de muchos. Porque su categoría, la de los escribientes, era la del cuarenta por ciento superior, lo cual significaba que el sesenta por ciento de la población no podía pasar ni siquiera una prueba tan infantil como aquélla.

Resolvió la mesa F al paso, se detuvo sólo dos segundos ante la mesa K.

El empleado de los Ensayos de Agrupación puso sus iniciales al pie del documento que estaba leyendo, miró hacia arriba con irritación, cuando el zumbador iluminó una luz coloreada en el tablero de su escritorio.

Molesto, frunció el entrecejo. Aquel individuo que estaba en el cuarto de Ensayo había oprimido el botón final. Miró al reloj, y mostró su disgusto con más irritación aún. Solamente cinco minutos. Algo ha debido marchar mal. Quizá aquel tipo estaba enfermo, o le pasaba algo.

Accionó el interruptor del televisor, y se encontró contemplando los ojos grises y claros de Harold Newman.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿No se encuentra usted bien?

Newman dijo con voz queda:

—Obedezco las instrucciones. Me dijeron que oprimiese el botón cuando hubiese terminado.

—Es cierto —gruñó el empleado—. Primeramente tiene usted que terminarlo. Cuando haya acabado puede apretar el botón.

—He terminado —dijo Newman suavemente.

El empleado puso mala cara. Aquel individuo le estaba haciendo perder el tiempo. La única solución era sacárselo de encima. Habría que ensayarlo a un grado inferior y ver qué resultados lograba allí.

Sabiendo que no era sino perder el tiempo, oprimió el botón del ensayo y observó el resultado en la pantalla sobre la pared a la izquierda de su escritorio. Al iluminarse la pantalla, que indicaba diez respuestas correctas, la contempló incrédulamente, sabiendo perfectamente que no podía ser posible, sabiendo por años de experiencia que un hombre a quien se recomendaba para ser degradado, no lograba nunca igualar su resultado anterior, ni mucho menos terminar el ensayo de su propio grupo en cinco minutos. El récord eran cuarenta y dos minutos y medio.

De repente se dio cuenta de que el televisor estaba aún encendido, y cuando

dirigió sus asombrados ojos hacia Harold Newman observó en los de éste un vestigio de divertida ironía.

—¿Cómo lo hizo? —dijo, asombrado el empleado—. ¿Cómo sabía usted las soluciones?

—Las resolví yo mismo —contestó Newman tranquilamente, mientras la viveza de sus ojos afectaba al empleado de forma tan extraña que se dio cuenta de que aquel hombre era diferente, de que realmente poseía habilidad y de que podía haber pasado con éxito la prueba.

Teóricamente el empleado debía estar desprovisto de emociones. Una cosa esencial en su empleo era que no debía mostrar interés ni emoción ante los resultados obtenidos por los que pasaban las pruebas. Trató de dominarse y dijo con una voz que confiaba carecía de entonación:

—Ha pasado el ensayo satisfactoriamente. Le daré un certificado que demostrará que su degradación no está justificada. Si se espera cinco minutos le prepararemos el certificado necesario.

—No es eso lo que deseo —dijo Newman con calma. Y nuevamente sus perspicaces ojos mostraron algo de ironía, como si estuviese jugando con niños, y le divirtiesen mucho sus travesuras.

El empleado tragó saliva.

—¿Qué más quiere?

—Hay un reglamento de reagrupación, ¿no es verdad? —dijo Newman suavemente—. Todos los que son recomendados para ser degradados sufren el ensayo y son reagrupados según los ensayos.

—Es cierto —dijo el empleado—. ¿Qué diablos querrá este hombre? —se preguntó.

—Acabo de pasar el ensayo número cinco —dijo Newman con calma—. Ahora quiero pasar el número seis.

El empleado estaba ahora realmente enojado. Aquel hombre estaba deliberadamente perdiendo el tiempo. Todos los que sufrían la prueba de degradación fracasaban o pasaban muy justo por su grupo. Nunca nadie pasaba ni siquiera intentaba pasar los ensayos superiores. Si no alcanzaban un grupo superior durante sus primeros ensayos, ciertamente nunca esperaban alcanzarlos cuando se les recomendaba para degradación.

—Lo siento —dijo bruscamente—. Estamos muy ocupados. No tenemos tiempo que perder, y ya hemos estado perdiéndolo. No había necesidad de que fuese usted recomendado para ser degradado y...

Newman le interrumpió con calma pero firmemente:

—He pasado el quinto ensayo, ¿no es cierto?

El empleado se atascó.

—Sí —admitió salvajemente.

—Entonces ¿tengo derecho a pasar el ensayo número seis? —insistió con firmeza Newman.

El empleado respiró profundamente. Sabía que había perdido la partida.

—Sí —dijo a través de los dientes—. Tiene derecho a sufrir la prueba número seis. Pero es una pérdida de tiempo. Debería tener suficiente sentido común para no solicitar un ensayo superior.

—¿Tengo derecho a solicitar el ensayo número seis? —insistió Newman firmemente.

—Supongo que sí —masculló el empleado con irritación—. Supongo que sí. Espere a que alguien le acompañe a otra cámara de ensayo.

Cinco minutos más tarde contemplaba a Newman por el televisor. Era un cuarto diferente donde había otras diez mesas, otros diez problemas que Newman tenía que resolver.

—Las condiciones son las mismas de antes —gruñó el empleado—. Tiene usted una hora para resolverlas. Oprima el botón cuando haya terminado.

Cerró el televisor; estaba enojado consigo mismo y trataba de raciocinar, de comprender por qué estaba enojado.

Y lo comprendió inmediatamente. Él mismo era del Grupo Seis, habiéndolo conseguido por un pelo. Y lo que en el fondo le endurecía era el impudor de un hombre de quinta categoría que quería tratar de pasar el ensayo para la sexta.

Sin embargo, era algo poco corriente, se dijo. Newman no parecía en absoluto pertenecer a la categoría cinco; tenía aspecto de categoría seis o incluso siete. Después de trabajar durante tantos años en los ensayos, había llegado a juzgar a la gente por su aspecto facial, a adivinar a qué grado probablemente pertenecían. Sí, después de bien pensado, Newman parecía por lo menos de categoría seis o siete. Y solamente había tardado cinco minutos en resolver el quinto ensayo. Eso, naturalmente, había sido por pura casualidad. El récord para el quinto ensayo eran cuarenta y dos minutos y medio. Aquel hombre había probablemente recibido una educación avanzada, o cuando había previamente sufrido aquella prueba, había conseguido conservar en su mente los principios, incluso a pesar de que las condiciones y circunstancias del ensayo habían sido modificadas.

Quizá se trataba de algo de lo que debía dar parte. Pasar el ensayo para la categoría quinta en cinco minutos era algo desacostumbrado.

¡Verdaderamente desacostumbrado!

Pensó nuevamente en Newman. Había muchas cosas poco corrientes en Newman. Podía ser que se había cometido un error en su anterior agrupación. Tales errores habían ocurrido. Había sucedido antes otra vez, hacía diez años. Se había clasificado un categoría tres como categoría dos.

Se había armado un escándalo cuando se descubrió. Pero aquello fue un caso de grado inferior, que no era realmente importante porque la diferencia entre la categoría dos y la tres no era muy grande.

¡Pero confundir un categoría seis o siete con un categoría cinco! Eso podría tener consecuencias. Quizá representase una investigación departamental. Podía significar que un útil ciudadano había pasado muchos años en una clasificación inferior cuando sus aptitudes podían haber sido utilizadas en beneficio de la sociedad en una categoría muy superior.

El empleado comenzó a sudar al pensar en lo que aquello podría representar.

Harold Newman podía ser realmente importante. Un hombre importante que podía ser de interés para los superiores del empleado. Un aleteo de alarma vibró en su interior cuando pensó en lo cerca que había estado de dejar escapar a Newman entre sus dedos, y en que había estado a punto de certificar a Newman en su presente grupo.

Excitado ya, tomó un memorándum interdepartamental y comenzó a escribir furiosamente.

Escribió en la cabeza del papel: «Asunto Harold Newman. Clasificación S5721 / 38976». Escribió un momento lenta y cuidadosamente y se detuvo pensativo.

Sonó un zumbador sobre su escritorio. No hizo caso.

El zumbador sonó de nuevo, urgente e imperativamente.

Levantó la vista con irritación, vio la oscilante luz azul y quedó boquiabierto. Esta vez no conectó el televisor. Primeramente encendió la pantalla de resultados, la contempló con las manos recubiertas de sudor y una sensación de cosquilleo en los cabellos de su cogote.

Solamente seis minutos. ¡Solamente seis minutos!

No podía ser. El ensayo número seis terminado correctamente en seis minutos. Nunca había nadie completado aquel ensayo tan rápidamente, ni siquiera los especialistas, los técnicos o los de máximo grado, que llegaban hasta el grado undécimo.

Conectó el televisor y se encontró contemplando los ojos grises y claros de Newman, y nuevamente vio aquel indicio de burlona sonrisa.

—¿Qué hace usted? —dijo con asombro—. ¿Quién le ha estado enseñando...?

—Nadie me ha estado enseñando nada —dijo Newman con calma—. Y ahora deseo probar el ensayo número siete.

## Capítulo 11

**E**RA MÁS QUE UN DOCTOR, era un especialista. Estaba sentado en la misma silla donde poco antes un ayudante femenino había recibido la máxima sentencia de castigo.

Un Juez estaba inclinado hacia él, y su voz mostraba una ligera deferencia por la habilidad del especialista.

—Explique exactamente el trabajo de investigación en que se ocupa —dijo.

El especialista se recostó en la silla, cerró los ojos y pensó. Los doce Jueces dirigieron sus pensamientos hacia él, tantearon su cerebro, vieron la complejidad de sus trabajos y de sus experimentos, comprendieron el objetivo que trataba de alcanzar.

El Juez se irguió en su silla y los demás miembros del comité se distendieron.

—Gracias —dijo cortésmente el Juez—. Nos ha ayudado usted mucho. Sus imágenes mentales nos han proporcionado una comprensión muy clara del trabajo en que se ocupa. —Sonrió dolorosamente—. Sin embargo, en una investigación de naturaleza tan seria es obligatorio obtener un informe impreso. —La sonrisa del Juez se hizo aún más penosa—. Habiendo visto el interior de su mente nos damos naturalmente cuenta de las dificultades.

Sin embargo, quizá tendrá usted la bondad de hacer un esfuerzo y explicar en palabras tan sencillas y tan breves como sea posible el trabajo que usted realiza.

El especialista estaba cansado. La tensión que había pesado sobre él durante las últimas veinticuatro horas había sido grande. Dijo excusándose:

—¿Se da usted cuenta de que solamente con palabras no puedo hacer justicia al trabajo que estoy realizando?

—Naturalmente —dijo el Juez—. Nos damos cuenta; pero, eso no obstante, le rogamos haga lo que pueda. Tan breve y sencillamente como sea posible.

El especialista suspiró.

—Haré lo que pueda. Como todos ustedes saben, desde hace muchos años mi departamento viene trabajando en el estudio del cerebro, dividiendo, analizando y repitiendo en nuestro laboratorio los trazados neurales formados por el tejido cerebral, casi, por decirlo así —si me perdonan la brevedad de la analogía—, produciendo pensamiento en tubo de ensayo.

Los miembros del comité sonrieron comprensivamente, haciéndose cargo de su incapacidad de expresar en palabras el símbolo y el esquema de sus pensamientos.

El especialista frunció profundamente el entrecejo, contempló el suelo y dijo lentamente, como si encontrase difícil escoger las palabras precisas.

—De aquello se deduce que si se reproducen las ondas de pensamiento por métodos humanos y se las mejora mecánicamente por medios artificiales, de la misma manera que el método humano de caminar pedestremente ha sido mejorado

por la bicicleta, el automóvil y la burbuja, de la misma manera la capacidad mental del hombre puede ser multiplicada por cien por medio de la introducción de extensiones de su cerebro producidas mecánicamente.

—Estoy seguro de que todos opinamos —dijo el Juez— que usted lo está expresando en palabras de un modo muy sucinto. Continúe, por favor.

—Debe quedar bien claro —continuó el especialista— que aquello a que voy a referirme como un super cerebro o x no es otro cerebro. Es una extensión del cerebro. Mejor aún, un auxiliar del cerebro. Durante los últimos cinco años, hemos estado simulando en nuestros laboratorios el tejido cerebral y los sistemas nerviosos, observando las ondas invisibles de pensamiento irradiadas por el cerebro, copiándolas y mejorándolas. Hace solamente unas cuantas semanas completamos por fin una extensión embrionaria del cerebro y estábamos preparados para conectarla a un cerebro humano.

—Nuestra primera oportunidad se presentó un par de días más tarde, cuando un técnico de gran habilidad resultó por desgracia mortalmente herido en un accidente y su cuerpo aplastado sin posibilidad de auxilio médico. Trabajamos rápidamente, sacamos intacto su cerebro mientras estaba aún en estado de ser reactivado, lo instalamos en el laboratorio y lo remotivamos a fin de que continuase viviendo.

El especialista permitió que una sonrisa de excusa cruzase sus labios.

—Ya sé que quizá alguno de ustedes pensará que fue una crueldad. Pero puedo asegurarles que no hubo crueldad ninguna. El desgraciado técnico no sufrió en absoluto. Antes de que su cerebro fuese revitalizado —de que volviese a vivir— se eliminaron todas las células de la memoria. Cuando el cerebro fue revitalizado no tenía recuerdos, ni experiencias, ni conocimiento de percepciones sensoriales. Podría decirse que era un cerebro que vivía, pero que no tenía experiencia. Entonces llegamos a la parte difícil de nuestro trabajo. Habíamos fabricado en nuestro laboratorio una extensión cerebral, el cerebro X. ¿Podríamos injertar con éxito el cerebro x a un cerebro vivo?

—Fue trabajo de muchos días. Nuestros cirujanos más expertos trabajaron hora tras hora con los más finos instrumentos, injertando y uniendo terminaciones nerviosas que solamente podían ser vistas con potentes microscopios. —El cirujano sonrió tristemente—. Me complazco en informarles de que tuvimos éxito al injertar CX a un cerebro humano, pero que no tuvimos en cuenta un factor: un factor muy importante.

El Juez se inclinó hacia adelante:

—Para referencia —dijo— explíquelo para referencia.

—Nuestro cerebro x era un embrión —explicó el especialista. Vivía junto al cerebro al que había sido injertado. Pero nuestras máquinas de medir el pensamiento mostraron que no funcionaba. Solamente después de muchos experimentos nos dimos

cuenta de la razón. Una razón muy natural. La extensión del cerebro es un embrión, necesita tiempo para crecer, tiempo para extraer alimento del cerebro y tiempo para alcanzar madurez.

La voz del Juez era tensa.

—¿Y cuánto tiempo necesita un cerebro x para madurar?

El especialista sacudió su cabeza tristemente y se encogió de hombros.

—De eso no tenemos ni idea —admitió—. El tiempo solamente puede demostrarlo. —Y nuevamente sacudió la cabeza tristemente—. Ahora... sin nuestro embrión tendremos que comenzar nuevamente el trabajo.

El Juez suspiró, se recostó en su silla y dejó que el silencio se esparciese por la sala.

Otro Juez se inclinó hacia adelante.

—Dígame —dijo suavemente—. Cuando Bannister se llevó aquel cerebro, junto con su extensión, ¿hay alguna probabilidad de que en su apresuramiento haya lastimado el cerebro, lo haya matado o quizá mutilado?

El especialista le miró, parpadeando con sus grandes ojos redondos.

—Bannister no es un joven desprovisto de inteligencia —dijo—. Bannister ha estado trabajando conmigo en este proyecto desde el principio. Sabía por lo menos tanto como cualquier otro ayudante sobre la teoría de nuestro trabajo, si bien, naturalmente, carecía de muchos conocimientos y de experiencia práctica.

—Entonces, en su opinión —prosiguió el Juez—, cuando Bannister llegó a un punto desconocido del Tiempo pasado, ¿sabía lo suficiente sobre el cerebro y el cerebro x para no dañarlo en absoluto?

—De eso puede usted tener la seguridad.

Y ahora el Juez se inclinó nuevamente hacia adelante. Su voz era tensa.

—¿Puede usted darnos sencillos detalles de la operación que cree que Bannister habrá llevado a cabo en el recién nacido?

—Me figuro que sé muy bien la clase de operación que habrá llevado a cabo —dijo confiadamente el especialista—. El cerebro humano, aquella parte del cerebro humano que realmente acciona nuestros cuerpos, es increíblemente pequeña. Es un núcleo microscópico profundamente incrustado en la masa de tejidos y materia gris que en un tiempo, hace muchos cientos de años, se supuso popular y erróneamente que era el cerebro y la base del pensamiento. No me cabe ninguna duda de que Bannister, con su habilidad y conocimientos elementales pudo operar, superponer nuestro cerebro experimental más el Cerebro x al cerebro de desarrollo más primitivo del tipo que uno esperaría encontrar por allá en el siglo xx.

El Juez no pudo evitar que la preocupación le arrugase la frente.

—Desde luego —dijo el especialista—. Yo opino que Bannister ha injertado nuestro muy desarrollado cerebro más su extensión cerebral a un tipo de cerebro

primitivo e inferior de un siglo pasado. El hecho de que escogió a un recién nacido para efectuar el injerto del cerebro y del cerebro x demuestra que sabía muy bien lo que hacía. El cerebro por formar de un recién nacido es sano, y está relativamente libre de los complejos y de los esquemas inhibitorios neurales que podrían hacer más difícil el trabajo del injerto.

La voz del Juez se hizo solemne.

—Entonces, en algún punto del tiempo, existe alguien que posee tres cerebros en uno: un cerebro de tipo primitivo, más un cerebro muy desarrollado, más un cerebro x. Dígame, ¿cuál cree usted que será el resultado de tal injerto? ¿Cuál será el resultado probable de superponer nuestro cerebro desarrollado y el cerebro x a un cerebro de tipo primitivo?

El especialista le contempló durante largo tiempo. Luego suspiró y dijo lentamente:

—Me es imposible expresar ninguna opinión. Nunca tuvimos tiempo de realizar ensayos prácticos con la extensión de cerebro y de aprender su funcionamiento.

El Juez dijo lenta y pensativamente:

—Puede significar que aparecerá en la historia un hombre con un cerebro superior, un hombre situado aparte y muy por encima del resto de su generación.

O bien —dijo el doctor proféticamente—, se habrá soltado al mundo un monstruo.

## Capítulo 12

CUANDO HAROLD Newman salió de la Estación de Agrupación Social sentía interiormente una placentera sensación de excitación. Había pasado en la Estación de Agrupación más tiempo de lo que había supuesto. No por el tiempo que necesitó para pasar los ensayos, sino por los formulismos a que tuvo que someterse más tarde; la reinspección de su ficha, su firma en los documentos Estatales y finalmente la preparación de su nuevo certificado de clasificación.

La mariposa de excitación que sentía en su estómago no tenía nada que ver con la facilidad con que había pasado las pruebas y llenado de estupor a los funcionarios. Su excitación era debida a la idea de encontrarse con Sally, a quien no había visto desde hacía tres días.

Nunca había llegado tarde a una cita con ella, y su placentera excitación estaba amortiguada por el temor de que llegase demasiado tarde y de que quizá no le hubiese esperado.

Llamó a un taxi, y permaneció incómodamente sentado en el asiento, impacientándose a cada demora debida a la circulación.

El taxi ronroneaba serena y silenciosamente, su motor de turbina marchaba sin ruido y avanzaba sin parecer apenas que tocaba al suelo.

Miró al pasar la esfera de un reloj y se sintió preocupado al darse cuenta de que llevaba ya seis minutos de retraso.

Me esperará, se prometió a sí mismo. Seguro que me esperará. Nunca he llegado tarde antes.

Y entonces le asaltó un pensamiento alarmante que le hizo agitarse nerviosamente y contemplar fijamente el cogote del conductor, como si sus ojos pudieran acuciarle para que condujese más de prisa. Nunca había llegado tarde a una cita con ella. Ni una sola vez. De modo que al no encontrarle esperándola creería que habría ocurrido algo desusado, o que se había olvidado de la cita. De modo que no se habría esperado. Se habría ido y esperaría que él la buscara más tarde.

Esa idea le preocupaba y trató de sacársela de su imaginación.

Trató de calmar su impaciente nerviosismo pensando en ella. Sí, no más pensar en ella le calmaba, y le hacía sentir más confianza en que le habría esperado. Y valía la pena de pensar en Sally. Era hermosa, realmente hermosa. Cuando ella le miraba había tal suavidad en sus ojos que la hacía diferente de todas las demás muchachas. Su cabello era largo y natural y caía por debajo de sus hombros; tenía un modo especial de erguirse, con su cabeza levantada de modo que el viento pudiese cogerle el cabello, y que al mismo tiempo dibujaba las finas y armoniosas líneas de su cuerpo.

Sally era la única muchacha que había conocido que significase algo para él.

Ambos sentían que habían sido destinados el uno para el otro por selección natural. Se comprendían mutuamente y habían llegado a esa comprensión mutua desde el primer momento en que se conocieron. No más estar con ella era un dulce placer y una satisfacción.

Era una lástima que a pesar de que su Clasificación de Grupo era la misma que la de él —o lo había sido hasta hoy—, ella estaba en una Escuadra Sanitaria y trabajaba en un hospital, a horas indeterminadas. Eso significaba que a veces pasaba hasta una semana sin que sus tiempos libres coincidiesen.

Pero ahora ya no estaban en el mismo Grupo. Rechazó ese pensamiento. ¿Qué importaba? Era natural que una mujer no tuviese una Clasificación tan elevada como su esposo natural. Lo contrario era lo intolerable, cuando el hombre era degradado a un Grupo inferior al de su esposa.

Al acercarse el taxi a su punto de reunión, se inclinó ansiosamente hacia adelante. Bajó el cristal de la ventanilla, miró angustiosamente, y su corazón casi saltó de alivio cuando la vio que esperaba en la esquina de la calle, de pie en su seductora actitud, con la cara levantada, el cabello ondulando en la ligera brisa y golpeando impacientemente el suelo con su lindo pie.

Saltó del taxi y puso el dinero en la mano del conductor casi antes de que se hubiese detenido el taxi. Se adelantó hacia ella rápidamente, con ojos de admiración, pronto a excusarse fervorosamente por su tardanza.

Ella le vio, se quedó muy quieta y le miró enojada mientras se acercaba.

Y entonces Harold Newman casi se tambaleó ante el impacto.

No era hermosa. Era como cualquier otra muchacha. Los críticos ojos de Harold vieron de un golpe todos los defectos de ella; la piel, obstruida de un modo malsano con crema química, los mortecinos ojos azules faltos de brillo, de animación y de viveza, y un cabello lacio que pendía tristemente a pesar del continuo cepillado y peinado.

Dijo ella con irritación y acusadoramente:

—Llegas tarde —y él vaciló al oír aquella voz que había perdido su calidad musical y argentina, y se había hecho áspera, dura y destemplada.

—Lo siento —se excusó confusamente—. Fui retenido y...

—¿Qué va a ser? —dijo secamente Ogden—. ¿Pasear por el parque o el cine?

—Me gustaría pasear —dijo—. Me gustaría tomar algo de aire fresco.

En realidad quería tiempo para reflexionar.

Ella se mordió el labio, se volvió y comenzó a caminar rápidamente mientras él se mantenía a su nivel.

—¿Qué has estado haciendo?-preguntó ásperamente. —¿Has sacado la lotería o qué?

Nuevamente vaciló bajo su voz, y se preguntó cómo se podía haber

comprometido con aquella criatura que apenas conocía, que era prácticamente un extraño para él.

Y entonces la explicación apareció bien clara. No era la muchacha la que había cambiado; era él quien había cambiado. Había estado pensando en ella y recordándola con la devoción, el entusiasmo y los valores del Harold Newman de ayer.

Pero era el nuevo Harold Newman que ahora veía a Sally. Y el nuevo Harold Newman poseía percepciones sensoriales que eran agudas y cortantes como una navaja.

—He visitado la Estación de Agrupación Social —le dijo, sabiendo que tenía que decir algo, y preguntándose por qué ya no le interesaba explicárselo. En el taxi había planeado excitadamente cómo se lo diría, jactándose como un orgulloso escolar, esperando que sus ojos azules se iluminasen de admiración y oír el asombro de su suave y dulce voz.

Ahora sabía que aquellos ojos no podían nunca iluminarse, que aquella voz no podía nunca ser la música que ansiaba oír.

Se volvió a medias hacia él y disminuyó su marcha. Sus ojos se abrieron anchos de alarma y consternación.

—No te habrán degradado a un grupo inferior, ¿verdad? —murmuró—. ¡No me lo digas! No me digas que has sido reagrupado.

Dijo él, escogiendo cuidadosamente sus palabras:

—Sufrí nuevamente el ensayo de mi grupo. Pasé el grupo quinto.

Ella lanzó un suspiro de alivio.

—No me asustes de esta manera, Harold —reprendió—. Sería terrible. Sencillamente, no podría soportarlo, si fueses degradado. Después de tanto tiempo; cuatro años, y nuestro matrimonio a sólo dos meses.

—No tienes nada de qué preocuparte —dijo cuidadosamente—. No he sido degradado.

—Magnífico entonces —dijo con alivio, y tomándole del brazo se puso a su paso.

Se preguntaba qué haría con ella. Todo hombre necesita una esposa, naturalmente. Pero se daba cuenta instintivamente de que aquélla no era esposa adecuada para él. Incluso sólo pasearse juntos era un engorro y un esfuerzo. La muchacha le irritaba. No tenía nada que decir que le pudiese interesar, y él tampoco tenía nada de qué hablar que ella pudiese comprender.

—Creía que podríamos haber ido al cine esta noche —dijo ella, despreocupadamente.

—Necesito ejercicio —dijo él. La idea de un cine le repugnaba. Un esfuerzo aburrido, tan deprimente como la compañía de la chica.

—Como quieras —dijo ésta secamente, y retiró el brazo, poniéndose a caminar

con expresión de enfado y enfurruñamiento.

Cada vez que nos encontramos ocurre lo mismo, pensaba. Nunca quiere ir al cine. Siempre quiere pasear. Está loco por pasear. Quizá es el dinero. Quizá es mezquino y no quiere gastar. Pero pronto veremos quién es el que maneja el dinero. Dentro de dos meses. Todo lo que tengo que hacer es aguantarme dos meses más, y entonces habrá un cambio. Tantas cosas que modificar. Su costumbre de pasear, por ejemplo. Después de casarnos ya no iré nunca de paseo. Sólo ver un parque me enfurece. Pasear dando vueltas y más vueltas, con los pies que siempre me duelen, de modo que es un alivio ir a un bar y tomar algo. Y ¡cómo me duelen los pies! Pero no puedo estar quejándome de los pies cada vez que salimos de paseo.

—¿Te gustaría ir a un bar y tomar algo? —dijo Harold. Podemos sentarnos un rato.

La chica le lanzó una mirada desconfiada.

—Lo que quieras —dijo con despego, no queriéndole hacer sentir que había hecho algo que a ella le gustaba.

—Hay un bar aquí cerca —dijo él.

Beberé algo flojo. Algo que quite la sed y que no sea alcohólico. Una de aquellas bebidas bonitas, de color verde —¿cómo se llaman?—, no puedo recordarlo...

—Vidoline —dijo él.

—Tienes razón —dijo ella—. Vidoline. No podía recordarlo.

Se imaginaba sentada sobre un alto taburete junto al mostrador, sacando furtivamente los pies de los zapatos que le apretaban, sin que nadie se diese cuenta.

«Eso es lo que todas las mujeres se figuran —dijo él—. Pero se equivocan siempre. Cuando una mujer se quita los zapatos, apenas si hay un solo hombre en derredor suyo que deje de notarlo. Es como si se desnudase».

«¿En qué piensa ahora?» —se preguntó ella—. «¿Por qué tiene que decir que es simbólico, como una mujer que se desnuda? Es que...».

—No sugiero nada —dijo él bruscamente.

La chica se paró de repente, dio media vuelta enfrentándose con él, le agarró fuertemente del brazo y le atrajo hacia sí, sin aliento.

—¿No te das cuenta de lo que estás haciendo, Harold Newman? Estás leyendo mi mente.

Se volvió hacia ella con una expresión de sorpresa.

—¡Leyendo tu mente! —repitió asombrado.

Podía haber sido una coincidencia o quizá había hablado en voz alta. Pensar era realmente lo mismo que hablar con sí mismo. Y él era en tantas cosas un necio...

Harold se enrojeció enojado.

—¿Por qué crees que soy un necio? —preguntó.

Ella se quedó mirándole con aprensión.

—Lo estás haciendo de nuevo —murmuró—. Estás leyendo mi mente.

—¿De veras? —Su voz era perpleja y expresaba curiosidad, como si la chica le estuviese sugiriendo una interesante teoría.

—No hice sino pensar —explicó ella—, pero tú me contestaste en palabras, en voz alta.

Se hallaban de pie en el centro de la acera, y los que pasaban les miraban sorprendidos. Dijo:

—Espera un momento —y la miró fijamente.

Era la sensación más extraña. Como si dentro de ella hubiese una sombra, un Censor, que filtraba sus pensamientos, los clasificaba y descartaba. Se sintió repentinamente humillada, como si le hubiesen desnudado frente a los ojos de una burlona muchedumbre, y le gritó asustada:

—Párate; deja de mirar en mi mente.

Una pareja que pasaba la miró sorprendida, y luego se miraron entre sí maliciosamente. Oyó cómo se reían al pasar.

Él dijo en voz baja:

—¿Cuántos años tienes, Sally?

—Deberías saberlo —respondió amargamente—, nos casaremos dentro de dos meses. Eso significa que me faltan dos meses para la edad del matrimonio.

Había tristeza en los ojos de Harold y tristeza en su voz.

—¿Y eso es todo, Sally? —preguntó—. En todos esos años, ¿eso es todo?

La chica le miró sin comprender.

—¿Es todo qué?

—No importa —dijo él.

«Le pasa algo raro esta noche» —pensó—. Un pánico loco se apoderó de ella. Ocurría a veces. Quizá sufría un colapso cerebral.

—No, Sally —dijo tranquilamente—. No estoy loco. No es más sino que...

«Entonces debo ser yo quien está loca —pensó—. Quizá esto no está ocurriendo. No puede estar sucediendo. La gente no anda por el mundo leyendo los pensamientos de los demás. Y Harold menos que nadie. Está bien como marido, pero como pensador no es gran cosa. Y ciertamente no podría...».

—Pero sí que puedo, Sally —dijo quedamente—. Puedo leer tu mente. Estoy haciéndolo ahora. ¿No te das cuenta?

Aquella sombra vaga estaba otra vez dentro de su cabeza, manipulando sus pensamientos. Instintivamente se apartó de él.

—¿Qué me estás haciendo? —dijo como ahogándose, empavorecida—. ¿Qué me estás haciendo?

Y entonces, de repente, tres o cuatro hombres se reunieron en derredor suyo, apartándola hacia un lado, para poder enfrentarse con él.

—Oiga, usted es Newman, ¿no es verdad?

Harold Newman se apartó de ellos retrocediendo y lanzó una ansiosa mirada a ambos lados de la calle.

—Seguro, éste es nuestro tipo —dijo el segundo hombre—. Vi su fotografía en la Estación de Agrupación. —Sacó un libro de notas de su bolsillo y aprontó una estilográfica—. ¿Qué tiene usted que decir de las pruebas, hermano? Ésta es la noticia bomba de los últimos meses. Los tipos de la Estación de Agrupación andan como locos, sin saber lo que les pasa. ¿Qué nos cuenta, eh? ¿Cómo se las arregló para cambiarlos?

Newman dijo tranquilamente:

—No sé de qué me hablan. Sin duda me toman por otro.

—De ningún modo —dijo un tercero, tratando de enfrentarse con Newman—. Un individuo del grupo cinco que se traga todas las pruebas hasta la más alta en una tarde, no es fácil de confundir.

Usted es Newman y la gente quiere saber cosas de usted.

Los ojos de Newman percibían más que los de los demás, y vieron el taxi antes que ellos. Y sus reacciones eran también más rápidas, mucho más rápidas. Había ya dado la vuelta alrededor de los demás, y se estaba desplazando por la acera, mientras ellos estaban aún contemplando el lugar donde se encontraba una fracción de segundo antes. El taxi pasaba por delante rápidamente y, sin embargo, fue casi sin esfuerzo que consiguió mantener la misma velocidad que aquél, corriendo paralelamente mientras abría la portezuela.

Los reporteros se dispersaron por la acera, tratando de encontrar otro taxi, furiosos consigo mismo y con Newman.

—¿Viste cómo se movía? —dijo uno que se ahogaba—. Era increíble; parecía un relámpago.

—No le vi moverse hasta que ya estaba subiendo al taxi —dijo otro—. Debe tener reflejos tensados.

—Esto nos plantea un problema —gruñó un tercero—. ¿Dónde vamos a encontrarle ahora?

Sally se metió entre ellos. Sus ojos azules les contemplaron sin malicia.

—¿Es Harold Newman quien les interesa? —dijo inocentemente.

Los demás la contemplaron con súbito interés.

—¿Le conoce usted?

—Supongo —dijo jocosamente. Bajó sus ojos modestamente—. Nos casaremos dentro de dos meses.

Se percibió una profunda aspiración de todos los reunidos, quienes a un tiempo la rodearon, y se la llevaron consigo.

—¿Adónde vamos? —preguntó desalentada.

—Adonde podamos hablar, hermana. —Le dijeron—. Y, señora mía, por cierto que tenemos mucho qué hablar.

## Capítulo 13

**E**N LA ALTA CÁMARA abovedada, bajo la mirada de los especialistas del Tiempo, Ogden subió al estrado.

Se sentó cómodamente en la máquina de Tiempo, lanzó una ojeada al tablero de mando y extendió tentativamente un dedo.

Lewis dijo ansiosamente:

—¿Está todo claro? ¿Lo comprende perfectamente? Si hay algún detalle que no entiende, pregunte ahora.

—Lo comprendo —dijo Ogden con determinación.

—Mucha suerte. —Dijo Lewis—. Y recuerde —añadió—. La máquina está regulada para regresar un minuto después de la partida.

—Lo comprendo —dijo Ogden, y oprimió el botón de puesta en marcha.

La cámara y los que observaban desaparecieron instantáneamente, tragados en la neblina gris que le oprimía en derredor. No se oía nada, pero percibía una especie de rugido silencioso, como si se deslizase a gran velocidad a través de las cavernas del tiempo.

¿Cuánto tiempo se tardaría, en retroceder todos aquellos cientos de años? ¿Y con qué exactitud podía Lewis juzgar por los aparatos registradores el punto exacto del Tiempo que Bannister había visitado?

No habían pasado más que unos cuantos segundos, pero una percepción interior le indicaba que la máquina iba decelerando, llegando a su destino.

Rápidamente oprimió con su dedo índice el botón del Ajustador de Posición, que le evitaría materializarse donde hubiese ya materia. Ahora la máquina se dirigiría automáticamente al espacio vacío más cercano.

La niebla gris se iba ahora convirtiendo en una serie de relámpagos blancos y negros, mientras los días y las noches pasaban en un abrir y cerrar de ojos.

Permitir que la máquina se fuese parando normalmente le dejaría expuesto a la vista de cualquiera que estuviese mirando cuando se detuviese.

Lewis le había explicado la sencilla solución de ese problema. Ogden oprimió otro botón, que le lanzó otra vez hacia adelante en el Tiempo, pero retardando progresivamente su velocidad hasta que ésta hubo disminuido considerablemente.

La esfera indicadora mostraba que si disminuía mucho más su velocidad llegaría a ser visible para los observadores. Siguiendo cuidadosamente las instrucciones que le habían sido dadas, detuvo el motor, y apretó un botón que instantáneamente redujo la velocidad de la máquina hasta igualar la del tiempo mismo.

Inmediatamente él, y el mundo en derredor, se materializaron.

Era un mundo extraño, silencioso y lleno de olores extraños y desagradables. Era una sala de hospital, con dos hileras de cunas blancas a lo largo de las paredes. Todas

las camas estaban ocupadas, y unas enfermeras vestidas de uniformes anticuados, antihigiénicos y portadores de gérmenes, estaban dispersas por la sala efectuando sus tareas.

O, para ser más exacto, estaban en equilibrio, como estatuillas, en el acto de efectuar sus tareas.

Miró en derredor, algo sorprendido por aquel fenómeno, a pesar de haberlo esperado. Aquí una enfermera se inclinaba sobre un paciente, con la mano levantada para sacudir una almohada, con los ojos vidriosos y los labios helados en el principio de una sonrisa. La cabeza de un bebé colgaba, con los ojos cerrados y la boca muy abierta, mientras gritaba enérgicamente, como una estatuilla helada.

En aquel silencio, roto solamente por el ligero zumbido de la máquina de Tiempo, Ogden era el único ser humano capaz de movimiento. Regulando la máquina de Tiempo de modo que igualase la velocidad del Tiempo mismo, Ogden podía entrar en un mundo inmóvil. Ése era el secreto que permitía a Ogden inspeccionar a su gusto aquel extraño mundo del pasado, sin que se sospechase su presencia y sin que su presencia afectase la cadena histórica de causa y efecto. Cuando volviese a su propia era habría estado presente en aquel punto del Tiempo durante una millonésima de segundo.

Nuevamente lanzó una mirada por la sala. Éste era sin duda aproximadamente el mismo punto material en el Tiempo que Bannister había visitado, pero podía haber sido a meses, semanas o incluso años de distancia en el Tiempo. Bannister podía haber visitado este lugar hacía un año, o bien podía tenerlo que visitar mañana.

Era una sala de maternidad. Las numerosas camas estaban ocupadas por mujeres que tenían sus bebés al lado. Al final de la sala unas cortinas ocultaban de la vista las mujeres que estaban dando a luz.

Con delicadeza y precisión Ogden observó la posición exacta de la máquina de Tiempo antes de accionar los mandos que la ponían en movimiento.

Era como si la máquina estuviese anclada con grandes bloques de plomo. Se movía lentamente, con penosa lentitud. Tardó cosa de una hora en recorrer los dos metros escasos que le separaban de la cama más cercana. Maniobrar la máquina para que flotase exactamente sobre la cabeza del niño que chillaba, fue un trabajo complicado, cansado y lento.

Pero finalmente se encontró suspendido en la posición que deseaba, lo bastante cerca para estirarse desde la máquina y meter un dedo en la boca del bebé.

Las teorías de los especialistas de la máquina de Tiempo resultaron ciertas. En tanto Ogden permaneciese dentro de la máquina de Tiempo viviría en un tiempo diferente al del mundo que le rodeaba.

Podía ver lo fácil que había sido para Bannister. Con su paquete plástico lleno de instrumentos de cirugía y su cerebro de laboratorio había trabajado a gusto. Un corte

neto y curvo, levantar el cuero cabelludo del bebé y luego los huesos tiernos del cráneo que ceden con facilidad. Abrir la materia gris, insertar el cerebro y la extensión cerebral, colocar nuevamente con rapidez el tejido, sellarlo con líquido de injertar instantáneo y luego volver a colocar el cuero cabelludo sobre el hueso y juntar los bordes de la herida. Sin perder ni una gota de sangre, y una solución cicatrizante que curaba la herida como si nunca hubiera existido. Una fracción de segundo más tarde en el Tiempo el niño volvería a estar chillando tan alegremente como antes, sin que nadie pudiese ni soñar que había sido efectuada una delicada y aterradora operación que podría cambiar el curso de la historia del mundo.

Podía incluso haber sido en este mismo niño que Bannister había operado. ¡Este mismo niño! Pero con más probabilidad era uno de los miles que habían ya salido del hospital o uno de los miles que aún no había nacido aquí.

Los dedos de Ogden volvieron al tablero de mando y oprimieron botones. Lentamente, con penosa lentitud, la máquina volvió a su posición primitiva en la sala y permaneció colgando inmóvil.

Ogden suspiró y golpeó con su índice el botón que debía devolverle a su propia era.

\* \* \*

*Ogden había desaparecido instantáneamente dejando tras sí un trémulo resplandor de colores que giraban vertiginosamente. El trémulo resplandor de colores se desvaneció hasta que pudo verse la silueta gris y vaga de un hombre encorvado sobre el tablero de mando.*

Un minuto después de haber desaparecido, Ogden se enderezó y salió de la máquina de Tiempo al estrado de madera.

Los hombres que esperaban le miraron con expectación.

Ogden respiró profundamente.

—No sirve —dijo suspirando—. Tenemos qué arriesgarnos. Tenemos que volver en el tiempo y salir de la máquina. Tenemos que vivir y trabajar entre gentes de aquella generación hasta que encontremos al hombre que buscamos. Siempre podremos usar la máquina de Tiempo para trasladarnos hacia adelante y hacia atrás en el tiempo. Pero buscar mientras la máquina iguala la velocidad del tiempo requeriría quizá cien mil años para encontrar solamente la pista del paciente de Bannister.

—Es peligroso —dijo Lewis moviendo la cabeza—. La proyección de solamente dos o tres personas de esta época a un mundo del pasado podría dañar gravemente la

cadena de causas y efecto.

—¿Y no está dañada ya?-preguntó Ogden tranquilamente. —¿No tenemos ya la alteración sobre nosotros? ¿No es justo que intentemos evitar lo que sabemos tiene que suceder inevitablemente?

Se hizo un pensativo silencio.

—Es cuestión del Comité Mundial —dijo Lewis—. Las consecuencias son demasiado importantes para que podamos decidir nosotros.

—El Presidente se da cuenta de ello —dijo Ogden—. Desea que le informe inmediatamente después de mi regreso.

## Capítulo 14

**H**AROLD NEWMAN estaba sentado en el banco de un parque, a la sombra de un árbol. Rayos de sol atravesaban el dosel de hojas que le cubría, y le espolvoreaban de motas de oro.

Era la hora del almuerzo, y las oficinistas aprovechaban el descanso para pasear garbosamente en vestidos delgados de brillantes colores. Sus agudas y jóvenes voces molestaban los oídos de Harold, y frunciendo el ceño ajustó sus percepciones auditivas ahogando el sonido hasta que no fuese más que un murmullo distante. Las paseantes apenas si le miraban al pasar junto a su lado, con zapatos que hacían crujir la gravilla, sin darse cuenta de que el hombre que estaba allí sentado tan quieto y recatado, era el hombre que había sido la noticia más importante de aquella mañana.

Newman decidió que no había manera de comprenderlo. Había ocurrido instantáneamente en el momento en que había sufrido aquel rayo final de dolor. Antes había sido común, uno de la masa, un grupo quinto medio.

Y ahora era diferente, muy diferente. Era como si aquel haz final de dolor hubiese sido el dolor del nacimiento de un nuevo cerebro en su interior. Un cerebro superior, capaz de vencer pensando a los hombres más inteligentes del día. Un ensayo de agrupación lo había probado. Había llegado fácilmente al nivel más alto, sin casi detenerse ante problemas intelectuales que habían constituido barreras casi infranqueables para los mayores pensadores de la época.

Y luego, la noche anterior, había descubierto una nueva calidad, su capacidad para leer mentes. Una habilidad que le alarmaba y que le hacía evitar el contacto con otros hombres, mientras pensaba seriamente sobre ella.

Oyó unos pasos suaves sobre la gravilla, y levantó la vista cuando llegó al extremo más apartado de su banco. Ella le miró con altivez, como desafiándole a que iniciase una conversación, y se instaló cuidadosamente; sacó un libro de debajo del brazo, y comenzó a leer.

La estudió cuidadosamente: era joven, pero no demasiado joven. Hubiese sido vagamente bonita si no hubiese dejado que su cara adquiriese aquella agudeza de avispa. Era el tipo de muchacha que probablemente poseía muchas buenas cualidades, pero a quien le sería difícil encontrar un compañero. Era el tipo complejo que había estudiado mucho, pero no con suficiente cuidado, y cuyas emociones estaban entremezcladas con una falsa sabiduría.

Mientras está ahí sentada, pensó él, podría leer su mente. Podría introducirme en su mente, manipular sus pensamientos, y saber lo que pensaba y lo que sentía.

La tentación era avasalladora. Se avergonzaba interiormente, como si estuviese a punto de cometer una acción despreciable. Era algo así como mirar por la hendidura de una cortina en un cuarto iluminado, y observar cómo una muchacha se cambiaba

de ropa interior.

Pero a ella no le haría ningún daño, pensó para tranquilizarse. No se enteraría. Y él tenía que ensayar su nueva habilidad, descubrir sus limitaciones.

Miró premeditadamente a través del camino de gravilla, hacia los distantes macizos de flores, y dejó que su mente alcanzase la de ella.

Era fácil penetrar; sorprendentemente fácil, y era también sorprendente que no hubiese barrera mental, ninguna lucha para evitar que examinase sus pensamientos.

No estaba leyendo. Las palabras no eran sino un borrón sin sentido en frente de sus ojos. Estaba pensando...

Newman suspiró. Ésos eran sencillamente sus pensamientos superficiales, los pensamientos fugaces e intrascendentes de la generación presente.

Quería profundizar más, aprender más sobre el pensamiento.

En cierto modo era como una operación quirúrgica. Levantó la capa superficial de los pensamientos y penetró más profundamente en su mente; en la capa superior de su subconsciente que no pensaba con palabras, sino en símbolos.

Era caliente allí, húmedo y pegajoso. Un deseo caliente y anhelante que era como un dolor. El dolor de un objetivo único, la amargura de la frustración, y un resentimiento inquieto para con una conciencia que mantenía una vigilancia demasiado estricta sobre básicos anhelos.

Newman se sonrojó, agitándose incómodo. Era peor que ser un espía. Porque lo que ahora entreveía eran emociones y deseos que la muchacha ni siquiera sabía que eran suyos.

Suspiró profundamente y se preparó para penetrar más hondo aún en su mente. Había tanto más que explorar, tantas capas y más capas de subconsciente que levantar, adentrándose más y más en el subconsciente.

Fue tanteando con su mente, levantando una capa tras otra, y su mente se encogió, como herida de un latigazo.

Miró a través del camino de gravilla, hacia los macizos de flores, con sudor en la frente y una sensación de incomodidad, al oprimirle la chaqueta bajo los sudorosos sobacos.

No se trataba de que no pudiese investigar los escondrijos más profundos de la mente de la chica. ¡Es que no quería! No quería profundizar ya más, lo mismo que un hombre normal no desea vadear, hundido hasta la barbilla, un lago de aguas residuales.

Aquel sencillo contacto le causaba náuseas. Había visto como la materia desnuda y básica del pensamiento humano hervía a semejanza de un caldero venenoso y maloliente, con los odios desatados y los deseos primitivos, y el burdo material del pensamiento que había surgido de las humeantes y hediondas marismas de la Tierra cuando la vida no era sino una sencilla célula.

Se permitió mirar de reojo a la muchacha, pareciéndole difícil creer que su joven cara de avispa pudiese ser una máscara que cubriese la hedionda y cancerosa obscenidad que era su subconsciente.

Y entonces, como si pudiese sentir los ojos de Harold sobre ella, dejó que el libro se le escapase de las manos.

Él se inclinó rápidamente para recogerlo.

—Muchas gracias —dijo paulatinamente—. No debía haberse molestado. —Pero estaba pensando.

—Espero que no habrá usted perdido el lugar —dijo.

—No importa —dijo descuidadamente—. No importa lo más mínimo.

Él se sentó nuevamente en el banco, pero esta vez más cerca de ella. La chica podía percibir su proximidad, mientras permanecía sentada contemplando, sin verla, la página impresa.

Y entonces ocurrió lo que ella temía. Sintió una tentación irresistiblemente avasalladora de volverse y sonreírle, de incitarle a hablar, con todas las consecuencias que seguirían inevitablemente a aquella sonrisa.

Harold se movió ligeramente y la mente de la muchacha gimió. Sollozó para consigo misma.

Newman la miró compasivamente, y extendió hacia ella un dedo mental de sondeo.

Inmediatamente quedó calma y serena, y sus emociones en lucha, atemperadas y armónicas. Era un día de sol, y a pesar de las emociones violentas que se agitaban en su interior, podía sentir la seguridad reconfortante del mundo, la paz de la verde hierba, la suavidad del aire, y el aura amistosa e inofensiva del joven que estaba sentado a su lado.

Newman vio como se modificaban sus facciones, como se posaban sobre ellas la calma y la paz, incluso hasta obliterar parcialmente su aspecto habitual de avispa.

Newman había descubierto otra cosa sorprendente sobre sí mismo. No solamente podía leer otras mentes, sino que podía influenciarlas. Había calmado a la muchacha, y había resuelto temporalmente la eterna batalla interior que se libraba entre su gazmoñería y sus deseos naturales.

«¿Cuánta influencia podía realmente ejercer sobre las mentes humanas?» —se preguntó.

Revoloteó una mariposa, roja y oro sobre las blancas páginas del libro. La muchacha levantó la vista, vio sus maravillosos colores y lanzó una breve exclamación de sorpresa.

La mariposa describió unos círculos y se posó sobre su libro, permaneció allí estremeciéndose, mientras sus bellas alas coloreadas vibraban ligeramente.

Con cara extática se inclinó hacia adelante y contempló fijamente la mariposa.

Trató de tocarla con el dedo, para sentir la textura de sus alas.

La mariposa perdió el equilibrio, cayó de costado y permaneció extendida, agitando una ala desamparadamente.

Alarmada, y temiendo que una criatura tan hermosa pudiese sufrir daño, la levantó cuidadosamente entre el índice y el pulgar, la dejó caer entre sus dedos, y observó con alivio cómo tomaba el vuelo, aleteaba vigorosamente, describía un círculo dos veces y se alejaba veloz hasta perderse rápidamente de vista.

Solamente Harold Newman la observaba.

Si hubiese habido alguien más presente, hubiese creído que la muchacha estaba completamente loca.

Porque la única mariposa que había existido era la mariposa mental que Newman había puesto en su mente.

## Capítulo 15

**H**HABÍA UNA LARGA COLA de hombres en pie, que esperaban en la alta cámara abovedada, junto al elevado estrado, por encima del cual vibraba una orgía de revoloteantes colores. Aquellos hombres llevaban traje de calle de color obscuro, al estilo del siglo veinte, y sonreían torcidamente a los dos especialistas de la máquina de Tiempo, que estaban cómodamente sentados y que vestían túnicas de alegres colores.

Los colores que giraban locamente sobre el estrado se confundieron formando la silueta esquemática de un hombre, que casi inmediatamente se convirtió en tangible realidad.

Vestido con un traje de lanilla, y llevando un sombrero de fieltro blando, Ogden bajó de la máquina de Tiempo y se apartó hacia un lado, mientras que el hombre que estaba a la cabeza de la fila se adelantó para ocupar su puesto en los mandos. Y nuevamente la máquina de Tiempo se precipitó retrocediendo en el Tiempo.

Ogden parecía cansado. Tenía ojeras bajo los ojos, y se notaba en sus hombros el cansancio.

Lewis preguntó con simpatía:

—¿No ha habido suerte?

—No ha habido suerte —confirmó hoscamente.

Ogden se encogió de hombros tristemente.

—No es fácil encontrar una pista. La mayor parte de los desplazamientos se han de hacer a pie o en máquinas anticuadas. ¡Y aquellos taxis a turbina! Son el sistema de transporte más lento y más maloliente que se ha inventado desde el coche de caballos. Y también uno se enreda. Tienen tantas costumbres extrañas que uno no sabe por dónde anda.

—¿Por ejemplo? —le animó Lewis.

—Aquello de fumar —dijo Ogden asqueado—. ¿Pueden imaginárselo? Todos, hombres y también mujeres metiendo deliberadamente humo en sus pulmones en lugar de aire fresco. Algo así como ponerse una bolsa sobre la cabeza y luego apretar la cuerda. No se puede respirar. En el aire hay más humo que oxígeno.

Lewis asintió con interés.

—Me gustaría probarlo —dijo—. Solamente una vez. Algo bueno debía tener cuando tantos millones de personas acostumbraban a fumar.

—Yo no lo probaría si fuese usted —le advirtió siniestramente Ogden—. Yo lo he hecho. —Sonrió melancólicamente—. No dejé de toser durante cinco minutos. No podía respirar. Creía que me moría.

—¿Y qué más? —preguntó ansiosamente Lewis—. Son los detalles los que me interesan. ¿Qué más hay?

—Estos trajes, por ejemplo —dijo Ogden con repugnancia. Se señaló a sí mismo—. Mi cuerpo tampoco puede respirar. Parece como si aquella generación hubiese odiado el aire fresco. Mire esto. —Tiró del cuello de su camisa—. Llevan un cuello estrecho, de modo que el aire no puede llegar a su cuerpo por arriba. Llevan camisas apretadamente abrochadas por los puños, y aquellos pantalones largos impiden que el aire les alcance las piernas. Es una manía. Le diré; parece como si quisiesen morir ahogados.

—Y las mujeres —preguntó Lewis.

Una luz más suave apareció en los ojos de Ogden, e incluso un pequeño resplandor.

—Eso es bastante diferente —admitió—. Sus cuerpos pueden respirar con más libertad.

La máquina de Tiempo resplandeció tras él haciéndose realidad, mientras el hombre que un minuto antes había salido hacia el tiempo bajaba del estrado, demacrado y cansado de una larga búsqueda, y el hombre siguiente en la cola tomaba su puesto en los mandos.

Ogden volvió su cara hacia el recién llegado.

—¿Ha habido suerte? —preguntó.

El hombre se sonrió torcidamente, se pasó la mano por la barbilla, ahora cubierta de un pelo que no había estado allí hacía un minuto.

—Ni señales —dijo—. Leí todos los diarios de hoy, revisé todos los informes de la radio, y todas las universidades. Ni señales.

Ogden frunció el entrecejo.

—Estamos haciendo todo lo que podemos —dijo a Lewis—. Cada minuto enviamos a un hombre hacia el pasado, por todo un día. Es decir, que cubrimos sesenta días en una hora. Un año en cinco horas. Hemos cubierto ya doce años y medio y aun no hay ni señales. Pero no podemos hacer otra cosa, sino ir comprobando sistemáticamente y esperar que ocurra algo.

El segundo especialista de la máquina de Tiempo, que había estado escuchando sin hacer ningún comentario, miró fijamente a Ogden.

—Quizá algo ocurrirá antes —dijo Ominosamente—. Quizá cuando encontremos un vestigio de lo que estamos buscando será demasiado tarde. Quizá entonces se habrá alterado ya la concatenación de causa y efecto.

Ogden no dijo nada. Ésa era la posibilidad que todos temían en lo más profundo de sí mismos.

La máquina de Tiempo resplandeció tras ellos, parándose: un hombre en un traje de sarga marrón bajó de ella, y otro ocupó su lugar.

—¿Qué más podemos hacer?—preguntó Ogden. —¿Qué más no es dable hacer?

## Capítulo 16

**H**AROLD NEWMAN se dirigió a la mesa de recepción, y sin decir palabra puso su tarjeta de Agrupación Social y la Tarjeta verde de trabajo bajo las narices del empleado.

Los ojos del empleado contemplaron despectivamente la tarjeta de trabajo, pasaron a la tarjeta de clasificación de la Agrupación Social, y se ensancharon.

Contempló a Newman con respeto y temor en sus facciones.

—Usted es el hombre que... —comenzó.

—Olvídelo —dijo Newman suavemente—. Vengo a trabajar. Por favor, ¿adónde tengo que ir?

Pero su Agrupación Social no le destinaba precisamente a trabajar.

Las autoridades sospechaban mucho de él. La facilidad con que había pasado las Pruebas de Agrupación, sobrepasando todos los candidatos anteriores, les había confundido, sorprendido y, finalmente, antagonizado. Si hubiese sido su primer ensayo, se hubiesen sentido abrumados de placer. Pero aquél había sido su sexto intento, y todos los anteriores habían demostrado que pertenecía al Grupo Quinto. Las autoridades habían decidido que era más probable que un incidente tan poco corriente se debiese a un fallo de su sistema de ensayo que al descubrimiento de un genio, y le estaban observando como gavilanes.

Podía haber fácilmente disipado sus dudas. Podía haber demostrado concluyentemente su super habilidad y su talento sobrehumano. Pero Newman se sentía aún poco seguro de sí mismo, incierto de su poder y de la mejor manera de emplearlo, y necesitaba tiempo para ejercitar su recién hallada capacidad, probar su fuerza, y poseer un completo conocimiento de sí mismo, antes de que la atención del mundo se concentrase sobre él.

El trabajo era sencillo, pero adecuado. Estaba aislado en la cámara de cálculos de un Laboratorio de Investigación Científica.

Todo en derredor suyo, monstruosos cerebros electrónicos murmuraban suavemente, máquinas complejísimas que podían absorber el trabajo mental rutinario de doscientos hombres. Hora tras hora tableteaban incesantemente sus respuestas a fórmulas matemáticas complicadas, y esas respuestas eran pasadas a otros cerebros electrónicos que las comprobaban una y otra vez.

Le habían indicado que el trabajo era importante. Tan importante que necesitaba un operador del grupo doce para alimentar con preguntas a las máquinas. Solamente un operador del grupo doce tendría la habilidad mental suficiente para desentrañar la montaña de fórmulas matemáticas que habían de ser tratadas, y pasarlas correctamente a los cerebros electrónicos.

Y mientras se lo estaban explicando sabía que mentían.

Y ahora, de pie en la gran cámara, alimentando de preguntas al cerebro electrónico, preguntas que con un ligero esfuerzo hubiera podido responder más rápidamente que el propio cerebro, sintió ojos que le observaban desde agujeros escondidos. Extendió un dedo mental de tanteo, y tocó mentes sospechosas que le observaban como águilas, tratando de descubrir la clave del método que le había permitido engañar con éxito a la Estación de Agrupación.

Le pareció más bien divertido. Y no tenía nada que objetar. Le dejaban solo, permitiéndole el tiempo que necesitaba para experimentar. Y los observadores mismos eran sus conejillos de indias, que no se daban cuenta mientras le espían, de que estaba manipulando la textura de sus cerebros, aprendiendo la manera de controlarlos y dominar sus mentes.

Y el trabajo era bastante interesante. Al principio había entrado muy rápidamente, y lo había ido pasando automáticamente a la máquina. Luego, a medida que el trabajo se fue haciendo más lento, comenzó a analizarlo y a comprenderlo parcialmente.

La dificultad era que le faltaban conocimientos científicos acerca de minerales y gases, y de química inorgánica en general. Sin embargo, podía darse cuenta del esquema que seguían las penosamente lentas fórmulas matemáticas. Consistía en la búsqueda sistemática y matemática de una sustancia inorgánica que podía ser una entre un millón de variaciones matemáticas. Se probaban todas y cada una de las variaciones, y el trabajo podría tardar meses, o podría tardar años.

Al final del día, Newman había explorado las mentes de catorce hombres y dos mujeres, había controlado sus cerebros y obligado a sus propietarios a que ejecutasen una acción sencilla, tal como sonarse las narices o rascarse la paletilla.

Y ahora comenzaba a considerar una nueva habilidad. La habilidad de calcular lógicamente, descartando unas diez mil variaciones de causa y efecto, y decidiendo correcta y lógicamente cuál sería la siguiente acción de una persona. Podía percibir esa habilidad en sí mismo, y cómo trataba de darse a conocer, jadeante por entrar en acción, como el instinto que un perro tiene de nadar cuando se le echa al agua.

No había sino una desventaja, pensó para sus adentros al salir del laboratorio, y mientras comprobaba mentalmente las mentes que le seguían y le observaban de forma constante. Estaba solo. La soledad de un hombre en un mundo de ciegos. No había nadie con quien pudiese compartir sus gustos, nadie que pudiese comprender sus pensamientos, y nadie que pudiese visualizar las verdades puras que eran parte de su ser.

Las mentes que le seguían se mantenían cerca de él. Una de ellas hasta le siguió escaleras arriba, a la sala de referencia de la biblioteca, y se ocultó tras las páginas de una revista, al extremo opuesto de la sala.

El bibliotecario miró fijamente a Newman, le reconoció y puso mala cara.

—No hemos adelantado más: —dijo secamente—. Por estos barrios, Tomkins es

aún lo más alto.

—Deseo los libros más avanzados que tenga sobre química inorgánica —dijo Newman con paciente tolerancia—. Todas las últimas notas de investigación, y todos los trabajos especiales que puedan haber sido descubiertos últimamente.

El bibliotecario puso aún peor cara. Salió lentamente de detrás de su tarima. Incluyó su cabeza hacia la mesa de lectura y gruñó antagónicamente:

—Tendrá que esperar mientras los voy a buscar. ¿Y quién diablos se figura usted que es, Harold Newman, el Cid Campeador de la Agrupación?

## Capítulo 17

**FACULTAD DE INVESTIGACIÓN HISTÓRICA**  
**MEMORÁNDUM AL SECRETARIO DEL CONSEJO MUNDIAL**  
**INFORME SOBRE LA EMERGENCIA**  
**PRESENTE**  
*Período quinquenal de 1975-1980*

*Durante este período destacan tres fechas vitales. Cada una de estas fechas, según se ha calculado lógicamente, constituye un punto de partida fundamental en la historia. La interrupción de la causa y efectos normales inmediatamente antes de esas fechas alteraría posiblemente todo el futuro.*

*El inventor Gibbs se acercó a la perfección con una máquina de movimiento perpetuo utilizando la red electrónica antifricción, ahora parte integral de nuestra indumentaria.*

*El Dr. Callous descubrió la existencia de una nueva galaxia con su lente visual tipo clóptica.*

*Leonard Ryder consiguió eliminar, por medio de cálculo matemático, las variaciones posibles ocasionadas por escisión nuclear, y sintetizó un nuevo elemento, conocido ahora como elemento de Ryder, que transformó la ciencia de los cohetes y constituyó la clave de los viajes interplanetarios. El elemento de Ryder es la base del combustible moderno.*

\* \* \*

El Presidente del Mundo se reclinó cómodamente en su blanda banqueta, sintió el suave calor del sol en sus morenos miembros, y trató de aliviar la preocupación que le había estado corroyendo durante los últimos días.

—Ya sé que puedo parecer estúpido, doctor —dijo suavemente—, pero tantas tragedias podrían haber sido evitadas si se hubiese tenido más cuidado con insignificantes detalles. Así, pues, le ruego que aclare la cuestión que acabo de plantear. ¿Cómo puede un cerebro de nuestra generación, un cerebro de uno de nuestros técnicos, ser asimilado por el cerebro de una generación anterior?

—No asimilado —corrigió el Doctor—. Absorbido, fundido en uno. Si usted quiere, ambos cerebros trabajan el uno junto al otro, en colaboración.

—Excúseme —dijo el Presidente Mundial—. Tenemos que asegurarnos de todo. Tenemos que conocer todos los hechos, a fin de que si se requiere una acción rápida no cometamos errores.

—Me hago cargo.

—Ahora explique las posibles reacciones de un ser humano que llega a ser poseedor de tal cerebro. Se hizo un discreto silencio. Por encima, el regulador del tiempo planeaba silenciosamente. Los verdes y tranquilos valles se extendían en sedante paisaje, y el agua fresca de las fuentes salpicaba y brillaba a la luz del sol.

, pensó el Doctor. Tan tranquilo que es difícil darse cuenta de que existe una Emergencia Mundial. Y, sin embargo, la suerte del mundo depende quizá de una pequeña acción. Una pequeñísima acción irreflexiva que desviaría el futuro hacia una vía diferente, alterando todo lo que existe, transformando quizá este pacífico mundo presente en un mundo de terror violento y de locura.

—No puedo estar seguro —dijo cuidadosamente el doctor—. Sólo puedo decirle lo que nuestros archivos de muchísimos años indican que probablemente debe suceder.

—Nos damos por enterados de su aclaración —dijo el Presidente Mundial.

El doctor respiró profundamente.

—Permítame que haga una analogía —dijo—. ¿Ha pensado usted alguna vez sobre el habla? ¿Pensado en lo que realmente es? Los seres humanos conversan entre sí, mueven sus labios y sus lenguas y emiten sonidos que pueden interpretarse de un millón de maneras diferentes. En el curso de la historia del mundo han existido no menos de tres mil lenguas y dialectos, y cada una de dichas lenguas ha persistido durante muchas generaciones y ha sido corrientemente hablada y comprendida por cientos de miles de personas.

—¿Le sería quizá más sencillo pensar sobre lo que desea explicar? —preguntó cortésmente el Presidente Mundial—. Tal vez podríamos seguir más cómodamente sus argumentos.

El doctor sonrió torcidamente.

—El habla es mi analogía —dijo—. Pensé que sería lo adecuado explicarlo por medio de la palabra hablada.

Los miembros del Consejo Mundial sonrieron amargamente.

—Una vez, en el pasado distante —prosiguió el doctor—, un antepasado nuestro de dos piernas y dos brazos señaló un objeto y emitió un sonido gutural. Su compañero señaló el mismo objeto, trató de imitar el mismo sonido, y en aquel momento nació el habla.

—Y, sin embargo, debieron transcurrir miles de años antes de que estuviese en uso corriente incluso el primitivo vocabulario. Fue necesario aprender y dominar el control de la lengua y de los labios. Cada generación sufrió las mismas penalidades al tratar de aprender a hablar. Luego, a medida que se fueron sucediendo las generaciones, el habla se convirtió en un instinto heredado. Finalmente, el habla llegó a ser una característica tan natural que hoy en día los niños nacen con la capacidad de

hablar, lo mismo que nacen con cinco dedos en cada mano.

—Nadie contradice la teoría de las características adquiridas —dijo secamente el Presidente Mundial—. Es una de las necesidades fundamentales de la evolución.

—Pero permítame que haga una pregunta —dijo el doctor—. ¿Aquellos primitivos y distantes antepasados nuestros, que comenzaron a hacer toscos ruidos con sus bocas, hubiesen podido jamás aprender a hablar durante su vida? ¿Incluso con la ayuda de todos los métodos educativos modernos?

—Lo dudo —dijo el Presidente Mundial.

—Eso es precisamente lo que quiero hacer resaltar —dijo el doctor—. Un adulto de una generación carece de la habilidad heredada que posee un niño de una generación muy posterior. Un adulto del siglo dieciocho ni siquiera sabía que tenía la capacidad de poder conversar telepáticamente. Su habilidad en ese sentido era nula. Y sin embargo, los niños de nuestra generación pueden conversar telepáticamente a la edad de diez años.

—¿No habrá olvidado mi pregunta original? —le recordó cortésmente el Presidente—. ¿Cuál sería el efecto sobre un hombre de una generación pasada que de improviso entrase en posesión del cerebro de un hombre de la actual generación?

—Muy aproximadamente el mismo que si un cerebro de un hombre de nuestra generación fuese injertado al cerebro de un hombre prehistórico. El hombre prehistórico no tendría conocimiento ninguno heredado de matemáticas, ciencia, ni medicina. Pero tendría el poder de comprender dichas ciencias si existiese algún medio por el cual pudiese hacerse con un conocimiento primitivo de ellas.

El Presidente del Mundo dijo lentamente:

—Quiere usted decir que un hombre del siglo veinte a quien se hubiese injertado un cerebro de aquella especie, no tendría necesariamente un recuerdo de las matemáticas de nuestro tiempo, pero que si estudiaba las matemáticas de su propio tiempo podría comprenderlas, y probablemente aumentaría sus propios conocimientos de matemáticas, por cálculo lógico.

—Probable no —corrigió el doctor—. Es exactamente lo que sucedería.

De repente flotó por el aire una voz suave y melódica, que hizo que el Presidente escuchase.

—El Oficial de Seguridad Ogden está a punto de aterrizar.

—Envíen una burbuja para que venga en seguida —ordenó el Presidente Mundial, y sus ojos mostraron ansiedad e interrogación.

Los miembros del Consejo se levantaron para recibir la burbuja, y giraron a su alrededor, mientras sus túnicas de alegres colores ofrecían un notable contraste con sus caras serias y preocupadas.

Abrióse la puerta de la burbuja y de ella salió Ogden. Llevaba un traje de calle; sus elegantes facciones aparecían contraídas, y sus ojos tensos y cansados.

—Le hemos localizado —dijo con determinación—. Queda una pequeñísima posibilidad de que nos hayamos equivocado, pero todas las comprobaciones que hemos efectuado indican que es el hombre que buscamos.

El Presidente respiró profundamente.

—Lo hemos discutido todo cuidadosamente. Parece ser que no hay otra alternativa, sino el plan que hemos adoptado.

Suspiró, y apartó los ojos de Ogden.

—No es un trabajo que pueda desear a nadie. Si lo quiere, Ogden, puede rehusar llevar a cabo mis instrucciones, y solicitaré voluntarios. Mis instrucciones son que ese hombre debe ser destruido.

Ogden miró lentamente en derredor, a las caras de los miembros del Consejo. Y dijo firmemente:

—No deseo matar a nadie. Pero si el futuro del Mundo depende de ello, y es necesario matar, creo que soy la persona que puede hacerlo con más eficiencia.

## Capítulo 18

**H**AROLD NEWMAN se sentía solo. Era una soledad áspera y amarga que le envolvía como una mortaja al cerrar el último libro y colocarlo a un lado junto con los demás.

Leer la ciencia acumulada de la historia y el progreso del hombre, tal como se resumía en unos cuantos libros, intensificaba su soledad, y le mostraba aún más claramente el inmenso abismo que yacía entre él y los demás hombres.

Esa soledad era una frustración, un dolor ante la percepción de su aislamiento.

Miró al reloj, y el bibliotecario le devolvió una mirada de malhumor.

La soledad era el precio que Newman tenía que pagar por su habilidad recién hallada. Sabía lo que era el bibliotecario; un necio idiota, duro de mollera, lento de ideas. En forma extraña el bibliotecario percibía la superioridad de Newman, la resentía y le odiaba sin causa ni razón.

Dondequiera que fuera, con quien quiera que se encontrase, siempre sería lo mismo; resentimiento subconsciente. Nadie reconocería su superioridad a menos de que la demostrase. Pero todos la percibirían, ciega e instintivamente. La percibirían del mismo modo que un perro percibe el movimiento durante la noche, y se eriza de miedo y rencor, doblando hacia atrás el hocico, enseñando sus feroces dientes, odiando aquello desconocido que no comprende.

Lentamente se levantó, y paseó sus ojos por las paredes de la biblioteca. Había allí tan poco para él, y lo que había le frustraba, como si se le hubiera abierto el apetito para el saber, y ahora ese saber no le fuese concedido.

Atravesó el piso de la sala de referencia, y saludó distraídamente al bibliotecario, que salió de detrás de su pupitre y le siguió hasta las puertas de cristal.

—Se marcha pronto esta noche. —Gruñó el bibliotecario—. Aún falta un minuto para cerrar. ¿Está seguro de que no quiere hojear las páginas de otra media docena de libros durante ese último minuto?

—Ya he visto todo lo que deseaba ver, gracias —dijo Newman, y sintió que le ahogaba la soledad, y que el anhelo por una cálida compañía humana se hacía intolerable.

—No se preocupe por mí —burlóse el bibliotecario—. Me gusta servir a tipos como usted. Me gusta trepar por las escaleras, carreteando montañas de libros para que pueda hojearlos. Vuelva, le estaré esperando con los brazos abiertos.

Fue un alivio agradable bajar las escaleras sintiendo que aquellos maliciosos ojos se quedaban atrás. Durante un instante sintió la tentación de extender una sonda mental, de tocar los pensamientos profundos de aquel hombre, qué clase de desórdenes psicológicos eran los que le producían tal amargura interior. Pero resistió la tentación, como si sintiese el peso de un código moral que le prohibiese escudriñar las mentes de los demás sin una causa justificada.

Llegó al pie del tramo de la escalera, dobló la esquina, y descendió el siguiente tramo. Oyó el ruido de los altos tacones de ella por los escalones de más abajo antes de que diese la vuelta y se precipitase contra él.

Se hizo a un lado para dejarle paso, pero en el último momento ella le sintió, vaciló, tropezó y se agarró a la barandilla para no caerse. El libro que llevaba bajo el brazo resbaló, cayó por la escalera, y acabó abriéndose sobre el rellano inferior.

Automáticamente la agarró del brazo para sujetarla, y ella le miró con sus claros ojos azules sonriendo tristemente; el impacto fue, sobre él, instantáneo. Porque la muchacha era realmente hermosa. ¡Realmente hermosa! Tan hermosa como Sally lo había parecido al inmaduro, atolondrado y estúpido Newman de hacía algún tiempo.

—Gracias —respiró, susurró musicalmente, mientras le brillaban los ojos—. Casi me caí.

—Le iré a buscar el libro —dijo, y mientras descendía los escalones y se inclinaba para recoger el libro recordó a la muchacha del parque, sus facciones de avispa y sus labios de solterona. También ella había dejado caer un libro, planeando la reacción de él con la deliberación estudiada del pescador que ceba su anzuelo de modo que se arrastre a la profundidad debida.

—Por favor, no se moleste —dijo—. Es mi culpa. Debería haber mirado adonde iba.

Estaba ya tras ella, cerrando el libro y ofreciéndoselo, y observando disimuladamente el título.

—No debía haberme apresurado tanto —dijo desalentada, y tomando el libro con dedos que eran largos y elegantes.

Newman escuchaba la voz de ella, musical y sonora, rica en dulces tonalidades que su sensible oído percibía y aprobaba.

—¿Va usted a la sala de referencia?-preguntó.

—Sí —dijo sencillamente, mientras sus ojos azules miraban hacia lo alto de la escalera—. Tendré que apresurarme.

—Puedo evitarle la molestia —le dijo—. El bibliotecario estaba cerrando cuando yo salí.

Su cara se entristeció, y sus ojos azules expresaron amarga decepción.

—Solamente necesitaba un cuarto de hora. Creí que llegaría a tiempo.

Había ya dado la vuelta, y comenzaba a bajar. Él descendió a su lado.

—La biblioteca se cierra pronto —dijo excusándose, como si tuviese la culpa. Al mismo tiempo pudo sentir que el dolor de la soledad cedía en su interior.

—Es una lástima —dijo la chica haciendo un mohín—. Deseaba mucho aclarar un punto.

—Perdóneme —dijo él, y supo que estaba maniobrando para continuar la conversación, pues solamente escuchar aquella voz era un placer desusado—. Es

posible que pueda ayudarla. Es quizá posible que sepa algo de lo que usted busca. Es filosofía —explicó ella, hablando rápidamente, de modo que las palabras fluían como un arroyo musical—. Soy una profesora del Grupo Seis, que educa adolescentes. El tema es Platón, y he extraviado mi copia. Quería citar textualmente de la Justicia de Sócrates.

—Da la casualidad —dijo lentamente, que he leído muchas veces aquel capítulo. Si puede servirle de algo, estoy seguro que puedo darle el esquema completo del argumento de Sócrates, cuando no las palabras mismas.

Los ojos de ella resplandecieron.

—¿De veras? —dijo—. ¿Podría usted hacerlo? ¿Podría encontrar tiempo para ello?

La República de Platón había sido uno de los muchos libros que había hojeado aquella tarde. Todas las páginas de la República estaban impresas en su mente con precisión fotográfica. Podía citar a Sócrates palabra por palabra con la misma facilidad y seguridad con que podía efectuar cálculos astronómicos mentales.

—Sería realmente maravilloso —gorjeó—. Sería una ayuda tan grande. —Sus ojos azules eran tan sinceros y suplicantes, su piel tan sana y clara, su cara tan hermosa en su simetría.

—Me complacería mucho hacerlo —le aseguró él sinceramente.

Fueron a la cafetería más próxima, donde él se encerró en un quiosco, metió unas monedas en la ranura de la caja, y habló rápidamente por el micrófono, mientras la máquina de escribir electrónica registraba exactamente sus palabras. Al cabo de diez minutos sacó de la máquina la última de las hojas mecanografiadas y se dirigió rápidamente hacia la muchacha.

—¿Qué tal servirá esto? —preguntó.

La chica echó un rápido vistazo a las páginas, y sus azules ojos examinaron velozmente las líneas. Y levantó los ojos hacia él con admiración.

—Tiene usted una memoria maravillosa —dijo—. Es exactamente tal como recuerdo haberlo leído. ¿Pero cómo lo hace usted?

Era consolador ver la admiración en sus ojos, y oírla en su voz. Sabía que era la debilidad del antiguo Harold Newman la que disfrutaba de aquella admiración, pero la sensación era tan agradable que no hizo nada por reprimirla.

—Es un don que tengo —admitió algo incómodo—. Hay ciertas cosas que recuerdo con mucha facilidad. Es una memoria fotográfica.

—Pero es un don maravilloso —dijo, y su voz era suave y melódica, como música distante sobre tranquilas colinas.

—He leído Platón muchas veces —explicó torpemente—. Si hubiese sido otra cosa lo que usted buscaba, probablemente no hubiera podido ayudarla.

—Bueno, lo cierto es que me ha ayudado usted apreciablemente —admitió ella.

Miró en derredor suyo, y de improviso él se dio cuenta de que no había ya razón para retenerla a su lado. Ahora ella le daría nuevamente las gracias, él respondería cortésmente, la muchacha desaparecería, siguiendo su camino.

Negra soledad se precipitó sobre él, siniestra sombra envolvente, y antes de que pudiese darse cuenta brotaron las palabras, tímidas, embarazosas, pero sinceras.

—Ya sé que es una impertinencia, y espero que no se ofenderá usted, pero ¿no quisiera usted tomar algo conmigo? Soy persona solitaria, y el haberla encontrado a usted así, y haberla hablado hace que desee seguir hablando. Por favor, ¿quiere beber algo conmigo?

Las palabras habían sido dichas. Sintió que las puntas de sus orejas se enrojecían, observó ansiosamente cómo los ojos azules de la chica se volvían serios y le miraban solemnemente.

—Por favor —dijo, tratando de evitar que la persuasión de su voz sonase demasiado suplicante.

Ella dudaba, pensándolo aún. Harold podía sentir aquella indecisión, sus dudas sobre él, y la tensión en espera de su respuesta le suspendió agónicamente entre las profundidades de la soledad y las cumbres de la felicidad.

—Muy bien —dijo al fin, un poco a su pesar—. Sólo por un rato.

Harold estaba animado y ansioso como un escolar que vuelve a su casa con el primer premio.

—¿Dónde querría usted ir? —preguntó ansiosamente.

—Depende de usted. Adonde quiera.

Escogió un tranquilo bar, no muy lejos, que una inteligente iluminación suave hacía cálido e íntimo. Se sentaron en una mesa, y un camarero se les acercó silenciosamente para tomar el encargo.

—¿No se ha ofendido usted porque la he invitado a beber algo? —preguntó, explorando sus ojos azules, y temiendo que pudiese haberse arrepentido de su decisión.

—Fue inesperado —admitió, mientras sus ojos azules contemplaban solemnemente los de él. Eran ojos honestos, y le retuvieron—. Pero usted es diferente de otros hombres. —Dijo—. Hay algo en usted. Algo que me gusta. Es como si... como si nos hubiésemos encontrado antes. Como si hubiese algo que nos separara de los demás. —Bajó los ojos, se ruborizó, y dijo—. Naturalmente, eso son tonterías. ¿No me doy a entender, verdad?

—Pero sí, desde luego —dijo ansiosamente, inclinándose hacia ella a través de la mesa—. Porque eso es precisamente lo que siento por usted. Usted es diferente. No es como las demás personas. Usted es... Usted es...-Censuró las palabras que acudían a su mente y deliberadamente escogió una frase de uso corriente. —Usted es de los míos.

Los ojos azules se alzaron, contemplándole tímidamente, mientras en lo profundo de ellos brillaba una tenue chispa.

—¿Sabe usted lo primero que me llamó la atención? ¿La primera cosa que noté?

—Dígamelo.

—Su voz —dijo ella—. Es tan distinta de las demás. Es clara. Tiene tonalidades resonantes y sutiles de que carecen la mayor parte de las demás voces.

Continuaron mirándose a los ojos, como si aquel sencillo contacto fuese una maravillosa unión. Él sintió repentinamente la tentación de extender una sonda mental hacia la mente de la chica, pero un censor mental movió su dedo amonestador.

—¿Le gusta la filosofía?-preguntó Harold.

—Mucho —contestó la chica—. Es aventura. La realidad siempre me ha parecido irreal. El estudio de lo que aparece ser realidad es algo que me fascina.

Newman olvidó su soledad, olvidó el abismo que se abría entre él y el resto de la humanidad. Solamente sabía que en ella encontraba amistad y compañía.

El camarero se encontraba de pie junto al mostrador, sosteniendo la bandeja y los dos vasos, mientras el barman vertía la bebida.

La puerta se abrió admitiendo a dos nuevos clientes. Eran hombres altos y bien plantados, de altas frentes y ojos despiertos. Sin vacilar se dirigieron al bar y mientras uno de ellos hacía su pedido con voz firme y autoritaria, el otro apoyaba los codos sobre el mostrador, junto al camarero.

Él asintió con la cabeza, dándose por enterado de su pedido, mientras terminaba de servirlo.

—Dos whiskies a la antigua —repitió.

—En seguida.

Él se enderezó y se volvió para devolver la botella a su estante. El camarero cogió su bandeja y se volvió para dirigirse a la mesa donde Newman estaba hablando.

Durante una fracción de segundo los ojos del camarero se fijaron en el lugar a donde se dirigía, apartándose de la bandeja. Aquella fracción de segundo fue suficiente. El hombre que estaba junto a él se movió rápidamente, tan rápidamente que sus movimientos no eran sino un centelleo. Su mano planeó sobre la bebida ambarina destinada a Newman, y un pequeño comprimido cayó en el líquido, disolviéndose instantáneamente.

—Nunca he sentido antes una cosa así —dijo la muchacha—. No con un completo extraño. Es como si fuésemos viejos amigos, a pesar de que solamente hace unos minutos que nos conocemos.

—Espero que continuaremos siendo amigos —dijo Newman—. Espero que llegaremos a ser verdaderos «viejos amigos».

—Brindemos para que así sea —dijo ella, y se miraron a los ojos mientras levantaban los vasos.

## Capítulo 19

**FACULTAD DE INVESTIGACIÓN HISTÓRICA  
DEL PRESIDENTE MUNDIAL  
DESPACHO URGENTE**

*Registro de Inspección de Nacimientos y Defunciones. Informes recortes periódicos y archivos estación de Agrupación proporcionan información siguiente acerca sujeto FX / 7562 / FWTZ / Harold Newman.*

*Sujeto alcanzó considerable prominencia, repentina al pasar con facilidad todos los ensayos estación agrupación existentes.*

*Clasificación de empleo sujeto fue extraoficialmente degradada cuando se presentó trabajo en un laboratorio investigación científica.*

*Informes demuestran trabajo sujeto era con cerebro electrónico y fórmulas matemáticas bajo supervisión Ryder.*

*Momento empleo sujeto en este contacto relativamente íntimo con Ryder fue unos días antes. Ryder descubrió elemento de Ryder.*

*Informes indican claramente íntimo contacto sujeto en con este punto y fecha cambio vital.*

*Sugerimos respetuosamente todas precauciones para evitar acción violenta que pueda interrumpir equilibrio entre causa y efecto.*

*Sujeto ha pasado formar parte integral medio ambiente Ryder; podría afectar vitalmente todo el proyecto Ryder.*

*Continúa examen documentos históricos y otra información sobre Newman a medida es descubierta.*

\* \* \*

**DESPACHO URGENTE**

**Presidente mundial a oficial de seguridad Ogden.**

*Orden previa anulada. No se debe matar a Newman. Repito. No se debe matar a Newman. Otorgamos poderes discrecionales. Tómense todas las precauciones necesarias para evitar funcionamiento cerebro x. Pero no se debe matar a Newman.*

## Capítulo 20

—**B**RINDEMOS PARA QUE ASÍ SEA dijo la muchacha, y se miraron a los ojos mientras levantaban los vasos.

Sucedió con tan asombrosa velocidad que le cogió por sorpresa, a pesar de sus afinadísimas reacciones nerviosas.

Sintió, sin verlo, al hombre que apareció a su lado, vio los ojos azules de la chica orientarse hacia el recién llegado, y abrirse de par en par con alarma y sorpresa. Una fracción de segundo más tarde el vaso le era arrebatado violentamente de la mano, proyectado por el aire, y derramado su contenido por el pulido suelo antes de hacerse añicos.

La mano le dolía, y la sorpresa le paralizó de tal modo que no hizo sino contemplar los hombros del intruso que se alejaba, y no hizo movimiento alguno para impedirlo.

El vio todo lo que había ocurrido y quedó paralizado por la sorpresa. Permaneció de pie inmóvil, con la boca abierta, congelado en el momento de pulir un vaso con su trapo blanco.

Cuando se habían abierto las puertas, el barman había visto entrar al extraño, y dirigirse como una flecha a la mesa de Newman.

Había habido una rapidez y una decisión extrañas en los movimientos de aquel hombre. No había dudado ni mirado hacia el bar. Entró por las puertas oscilantes, silenciosa y felinamente, atravesando la sala a largas zancadas, antes de que el barman se diese cuenta de que había entrado. La mano del extraño había aparecido como difusa al dar el golpe, y casi antes de que el vaso llegase al suelo el extraño se había nuevamente abierto paso hacia afuera a través de las puertas oscilantes.

Reinó en el bar un silencio de asombro. Los dos hombres bien plantados que estaban sentados junto al bar, y que lo habían presenciado todo, se miraron, como si conversasen silenciosamente. Newman contemplaba estúpidamente las puertas que aún oscilaban, y él seguía de pie, como congelado.

La muchacha rompió el tenso silencio. Respiró brevemente con sorpresa, se reclinó hacia atrás en su silla, y miró con abiertos y espantados ojos, de Newman a los agudos y quebradizos fragmentos de cristal que brillaban sobre el suelo.

Newman dijo en voz alta, y en la que empezaba a sentirse su enojo:

—¡Qué diablos! Qué se ha figurado aquel loco... —Y comenzó a levantarse.

Uno de los hombres que estaban junto al bar dijo rápidamente:

—Está bien, hermano, nosotros estamos más cerca. Vamos tras él —y mientras tales palabras resonaban aún, los dos hombres pasaban ya las puertas oscilantes con rapidez y determinación.

Harold Newman se sentó, inseguro. Miró a través de la mesa, a la muchacha, y

notó que sus mejillas habían palidecido, y sus ojos azules expresaban preocupación.

—¿Qué le ha parecido?-preguntó él. —¿Qué le pasó a aquel tipo? ¿Estaba loco, o qué?

Los ojos azules contemplaron los fragmentos de cristal sobre el suelo, se detuvieron sobre ellos, y pareció como si se estremeciese.

—¿Le conocía usted?-preguntó. —¿Tenía alguna relación con él?

—Ni siquiera le vi —dijo, con mayor furia en su voz—. ¿Puede concebirse algo semejante? Estoy aquí tranquilamente sentado, y un tipo entra, me arranca el vaso de la mano y...

La chica recogió su bolso de encima de la mesa, se lo puso bajo el brazo, y se levantó.

—Por favor —dijo, con voz suave y suplicante, mientras en sus ojos se percibía claramente la preocupación y la alarma. Él se levantó rápidamente.

—No —dijo—. Por favor, no se vaya. No deje que una cosa así destruya nuestra amistad. Se lo aseguro, no tengo la menor idea de lo que se trata.

Las mejillas de la muchacha estaban pálidas, y sus ojos azules evitaban los de él.

—No es lo que ha sucedido —dijo débilmente—. Es que... no me encuentro bien. Ha sido la conmoción que me ha alterado. Por favor, excúseme.

Comenzó a moverse con decisión a través del bar, y como él se dio cuenta de que era inútil discutir, se dirigió rápidamente al mostrador y entregó unas monedas al encargado.

—Pago los desperfectos, también —dijo, y sin esperar el cambio, la siguió rápidamente.

Una vez fuera la muchacha se volvió, con una excusa en sus ojos.

—Perdóneme —dijo—. Estaré perfectamente cuando haya descansado. Por favor, llámeme un taxi.

Bajó del bordillo, llamó al primer taxi que pasó, y abrió la puerta para que entrase ella.

—¿Adónde debo decirle que nos lleve? —dijo.

La chica le alargó la mano en forma que no dejaba lugar a dudas.

—No quiero causarle tanta molestia —dijo.

—No sería una molestia, sería un placer. Estaría mucho más tranquilo si la acompañase a su casa.

La elegante mano de la muchacha seguía extendida. Pero, a pesar de la firmeza de su negativa, había una promesa en su voz.

—Esta noche, no —dijo dulcemente—. Esta noche, no.

Se consoló con la música de su voz. A desgana, pero con ilusión y esperanza, tomó la mano de la chica y se la apretó. Y dijo, ansioso:

—¿Cuándo volveré a verla?

Ella vaciló, dejando que sus finos dedos permaneciesen quietos en la mano del hombre, sin intentar retirarlos, como si también ella sintiese la magia sutil de aquel leve contacto.

—¿Está ocupado? —preguntó—. ¿Tiene trabajo?

—¿Mañana? —dijo él ansiosamente—. Mañana por la noche. Trabajo a horas normales, y podría encontrarme nuevamente con usted en la biblioteca de referencia.

La muchacha vaciló dubitativamente, pero el contacto de sus dedos en la mano de Harold persistió.

—No estoy segura...-dijo lentamente.

—Por favor —suplicó él con sinceridad—. Me he sentido tan solitario. Solamente media hora con usted ha sido para mí un maravilloso placer. Le ruego que me vea mañana.

Aquellos ojos azules se fijaron en los suyos; ojos azules, profundos, que a pesar de su inocente amplitud eran extrañamente impenetrables.

—Bueno —concedió con un murmullo—. Mañana, pues. En la biblioteca.

Y se fue antes de que él se pudiera dar cuenta, cerrando la puerta tras sí y dando al chofer una dirección que ni siquiera su agudo oído alcanzó a percibir.

Se quedó contemplando el taxi que se alejaba, mientras la fea sombra de la soledad comenzaba nuevamente a rodearle. Podía recordar perfectamente a la muchacha, la música de su voz, la suavidad de su piel y la pura simetría y belleza de sus facciones. Sabía, sin posibilidad de error, que era quizá la única mujer capaz de proporcionarle la compañía que anhelaba.

¿Qué iba a hacer ahora?

¿Qué podía hacer? La biblioteca de referencia estaba cerrada y ni siquiera aquellos miles de libros eran capaces de darle la recreación mental que necesitaba. La soledad se cerró en derredor suyo como fría neblina. Para él no había sino un placer: aquella muchacha. Y ni tan sólo sabía su nombre. De un modo u otro tendría que pasar las largas horas hasta la noche siguiente; comer, dormir, trabajar y esperar impacientemente el momento en que pudiese volver a mirar en lo hondo de aquellos ojos azules.

Decidió comer solo, acostarse temprano, y tratar de ahogar en sueño su soledad. Al día siguiente ocuparía su mente con el trabajo, de modo que el tiempo que tenía que transcurrir antes de volverla a ver no pasase demasiado despacio.

Sin prisa comenzó a caminar hacia su piso, mientras las mentes rastreadoras le seguían fielmente. Proyectó un dedo mental de sonda para investigar sus pensamientos, y descubrió que se preguntaban quién era la muchacha. Ignoraban el desconcertante incidente ocurrido en el bar.

Miró rápidamente por encima del hombro, y se rio consigo mismo al identificar a uno de los que le seguían a cierta distancia.

Siguió caminando sin apresurarse, y envió una sonda mental hacia la mente que le seguía, tirando delicadamente de los microscópicos centros nerviosos.

El hombre de negocios, de mediana edad, pasó rozando al niño vendedor de diarios que le metía por los ojos el boletín de la tarde, siguió andando otros cuatro pasos, y se detuvo abruptamente. Luego se volvió lentamente, se dirigió de nuevo hacia el muchacho, sacó del bolsillo un billete de banco de elevado valor, y se lo entregó.

Los ojos del muchacho se abrieron, y dijo, algo molesto:

—Oiga, señor. Ya sabe usted que no tengo cambio para una cosa como ésta.

—Está bien, muchacho —dijo el hombre de negocios con aire paternal—. No quiero el cambio.

Los ojos del muchacho brillaron de incredulidad.

—¿No quiere usted ningún cambio?

—Y ahora que lo pienso, tampoco necesito el boletín —dijo el hombre de negocios, y girando repentinamente sobre sus talones, se apartó apresurado.

El muchacho le contempló alejarse con ojos de asombro. Luego volvió a mirar el billete de banco, se lo metió rápidamente en el bolsillo, ajustó firmemente los boletines bajo el brazo, y salió en dirección de la calle siguiente tan rápido como podían llevarle sus piernas.

Veinte metros más adelante el presunto hombre de negocios tuvo la extraña sensación de que acababa de hacer una tontería, pero le fue imposible recordar qué era lo que había sido.

Newman, que continuaba caminando delante de él, se sonrió con amargura, al percibir la perplejidad en la mente de aquel agente de Seguridad que le seguía.

# Capítulo 1

**H**ABÍA TRES AGENTES de Seguridad de paisano, esperando a la entrada de la cámara donde Newman trabajaba con los Cerebros Electrónicos.

Se adelantaron hacia Newman, a la par que éste detenía su paso.

—¿Qué hace usted aquí, compañero?—preguntó uno de ellos.

—Trabajo aquí —explicó sencillamente.

—¿Se llama usted Newman?

—Efectivamente.

—Muestre sus credenciales.

Examinaron cuidadosamente sus documentos, y arquearon las cejas cuando presentó su certificado del Grupo Doce. Era el primero que veían en su vida.

—Puede usted pasar, pero no debe tocar nada —le advirtieron.

No estaba solo en la cámara con aquellos Cerebros Electrónicos. En el interior esperaban otra media docena de agentes de Seguridad. Le miraron con sospecha, pero también con interés, y supo, sin necesidad de utilizar la sonda mental, que habían sido instruidos acerca de él.

Se desplazó hacia su escritorio, donde las fórmulas con que tenía que alimentar el Cerebro pasaban a través de él a la máquina teleimpresora. Pero no le esperaba ningún trabajo, y uno de los agentes de Seguridad le advirtió con voz opaca:

—No hay nada que hacer hasta que lleguen los peces gordos, de modo que siéntese y espere.

Esperó una hora, ajetreándose inquieto e impaciente ante tal pérdida de tiempo, irritado por la indiferencia de los agentes de Seguridad, que permanecían sentados alrededor de la cámara, fumando descuidadamente, como si les encantase pasarse así la vida.

Finalmente se abrió la puerta, que los agentes de Seguridad mantuvieron abierta, mientras un grupo de hombres severos, de aspecto serio, entró en la cámara. Con ellos entraron secretarios y subsecretarios, seguidos de ayudantes que llevaban cartapacios de papel y carteras de aspecto oficial.

Se dirigieron directamente al escritorio de Newman, y un hombre ya mayor, de aspecto serio, cuya estrella de plata prendida de la solapa indicaba que era un administrador de elevada graduación, dijo con voz perentoria:

—¿Es usted Newman?

—Así es —concedió Newman. Se reclinó cómodamente hacia atrás en su silla, rehusando dejarse impresionar por la importancia del momento, y sin siquiera interesarse en indagar en la mente del Administrador.

El Administrador dijo severamente:

—El trabajo de hoy es de la mayor importancia. Hemos llegado al punto

culminante del trabajo en que Ryder ha estado ocupado durante estos últimos meses. Hoy no debe haber ningún error. Hay que hacerlo todo con extremo cuidado y exactitud. Como hombre del Grupo Doce, se le considera muy adecuado para efectuar estos ensayos finales.

Un hombre de amplios hombros y negra barba, que se encontraba detrás del Administrador, se adelantó y miró cuidadosamente a los ojos grises de Newman.

—¿Es éste el hombre de quien me han hablado? —preguntó—. ¿Es éste el individuo que pasó al Grupo Doce en un día?

—Él es —dijo el Administrador con determinación, y Newman percibió cómo las mentes que le observaban le espiaban mientras se sentaba cómodamente, analizando cada una de sus acciones con ojos de águila, con sospecha y vigilancia.

Barbanegra preguntó a bocajarro:

—¿Fue una trampa? ¿Consiguió usted enterarse de las respuestas?

Newman le miró fijamente.

—Me presenté a las pruebas, y las pasé —dijo fríamente—. ¿No es eso bastante?

El hombre de la barba negra dijo:

—Yo también soy un Grupo Doce. Al final de una hora solamente había resuelto las tres cuartas partes de los problemas. Pasé muy justo. Según me han dicho, usted respondió correctamente todos los problemas en menos de diez minutos. Esto permite solamente dos conclusiones: o bien ha encontrado usted la manera de burlar los ensayos, o es usted un tipo más listo que yo.

—¿Y quién es usted? —preguntó Newman.

—Soy Ryder —dijo el hombre de la barba negra—. Soy director de investigación en este laboratorio. Usted ha estado trabajando en las eliminaciones finales de mis variaciones matemáticas.

Newman inclinó la cabeza, mientras una sonrisa irónica se dibujaba en sus labios.

—Me siento muy honrado —dijo.

Ryder le miró con furia, y dijo con voz áspera:

—Ayer estuvo usted pasando mis fórmulas al cerebro. Tuvo una oportunidad de ver parte de mi trabajo. ¿Dedujo algunas observaciones?

—Sí —admitió Newman con precaución—. Deduje algunas conclusiones.

—¿Qué conclusiones? —preguntó bruscamente Ryder.

—Está usted trabajando por un sistema de eliminación —dijo Newman—. Está usted desmenuzando todas las variables matemáticas para encontrar una nueva combinación de escisión. Por lo menos eso está bien claro.

Ryder le contempló con sospecha, miró intencionadamente hacia los agentes de Seguridad, y preguntó ferozmente:

—¿Con quién ha estado usted hablando?

—¿Puedo permitirme sugerir que dirija usted esa pregunta al Administrador? —

dijo suavemente Newman—. Los hombres que me han estado siguiendo día y noche desde que pasé la prueba del Grupo Doce, podrán dar un informe más completo y más detallado acerca de las personas con quienes he conversado, que lo que yo mismo pueda recordar.

El Administrador se sofocó, sacó apresuradamente un pañuelo de su bolsillo y se sonó ruidoso. Luego dijo duramente:

—Creo que no debemos perder más tiempo, Ryder. Vamos a ello, ¿no le parece?

—En seguida —asintió Ryder, e hizo una señal a sus ayudantes.

Se abrieron los cartapacios y las carteras, y su contenido fue extendido sobre el escritorio de Newman. Cuando las complicadas fórmulas matemáticas estuvieron en orden, Ryder contempló a Newman con ojo acerado.

—Ahora llega el punto culminante de todas nuestras investigaciones —dijo severamente—. Aquí tenemos...-y esgrimió un archivador de complicadas fórmulas matemáticas —... el resumen de nuestro trabajo de investigación hasta la fecha. Si mi teoría es correcta, las respuestas a estas últimas fórmulas nos darán los nuevos electrones de escisión y el neutrón que he estado buscando. La etapa final de este trabajo es de importancia vital. Quiero que ustedes se den cuenta de lo importante que es. De modo que usted y yo juntos, Newman, suministraremos estas fórmulas a los cerebros electrónicos, y cada uno de nosotros comprobará al otro. ¿Comprendido?

—Como usted desee —dijo Newman.

Se desplazaron todos conjuntamente al primer cerebro electrónico. Newman tomó las páginas de la primera fórmula matemática, y después de ojearlas comenzó a teclear, transformando los símbolos de infinitas ecuaciones matemáticas en impulsos eléctricos.

—Espere un momento. Espere un momento —saltó Ryder violentamente. Inspeccionó su copia de las fórmulas, consultó el tablero de control del cerebro electrónico y asintió mansamente con la cabeza—. Está bien —admitió de mala gana—. Está bien. Pero vaya más despacio. No hay prisa. Vaya más despacio.

Newman ni tan sólo sonrió condescendiente. Se limitó a aparecer aburrido, mientras lenta y pacientemente tecleaba las fórmulas matemáticas, observando constantemente a Ryder, a fin de asegurarse de que no iba demasiado de prisa para que el científico pudiera comprobarle.

Al cabo de una hora el primer cerebro electrónico daba los resultados de las primeras fórmulas, que eran entonces transferidas por Newman a un segundo cerebro electrónico, el cual analizaba la respuesta y la reagrupaba en términos de la fórmula original. Al cabo de tres horas el Administrador estaba aburrido como una ostra, y los ayudantes, los secretarios y los secretarios de los secretarios se habían cansado de observar las relampagueantes luces, y se habían sentado formando grupos alrededor de la cámara. Ryder se instaló entre Newman y una cinta de fórmulas impresas que

salía del último de los cerebros electrónicos, y arrancó un pedazo de papel con un gesto de triunfo. Se volvió, enfrentándose con los demás y anunció con voz vibrante y satisfecha:

—Señoras y caballeros: tengo que anunciar algo importante. El trabajo en que hemos estado ocupados durante los últimos meses se ha visto coronado por el éxito. El análisis final de hoy demuestra de forma concluyente que la hipótesis sobre la cual hemos estado trabajando es fundamentalmente exacta.

El Administrador no se iba a dejar desplazar de su importante posición sin intentar desesperadamente mantener su autoridad. Se adelantó rápido, y tomó la cinta de papel de las manos de Ryder.

—¿Es esto? —preguntó sin aliento—. ¿Está seguro?

—Los cerebros electrónicos no pueden equivocarse —dijo Ryder con satisfacción—. Lo hemos comprobado y vuelto a comprobar. No queda ya ninguna duda.

Hubo una oleada de aplausos, y algunos de los ayudantes más inmediatos de Ryder se precipitaron a estrecharle la mano.

El Administrador dijo en voz alta y vibrante:

—Estoy seguro de que todos nos damos cuenta de que éste es un momento histórico. Encontrar la manera de descomponer la base de escisión de los elementos ordinarios de la vida cotidiana ha sido desde hace tiempo la ambición de los científicos. Con laborioso esfuerzo y decidida determinación, Ryder ha conseguido una gran victoria sobre la naturaleza. Una victoria, no para sí mismo, sino para la Humanidad. Una victoria, no solamente para los que hoy vivimos, sino para todos los que vengan detrás de nosotros. Los pocos que estamos hoy aquí reunidos hemos visto cómo se hace la historia. El nombre de Ryder y el de todos los asociados a su trabajo pasará a la historia como los de aquellos vitalmente relacionados con uno de los puntos cruciales del progreso del hombre.

Se escuchó otra oleada de aplausos, y mientras Ryder sonreía con satisfacción, el Administrador levantó la mano para hacerse oír nuevamente.

—Nuestro Gobierno no ha sido remiso en darse cuenta de la laboriosidad del señor Ryder. Ahora que su teoría ha sido demostrada, puedo asegurar a ustedes, y puedo asegurar a la Prensa, que el Gobierno ofrecerá al señor Ryder toda su colaboración. Se encuentran ya instalados laboratorios científicos modernos, provistos de plantas modernas de separación por escisión, que esperan conocer los resultados del ensayo final del señor Ryder. En cuanto me ponga en contacto con mis superiores inmediatos se procederá a actuar. Se experimentará inmediatamente. La fórmula del señor Ryder se pondrá en acción. —La voz del Administrador se hizo más sonora—. Lo que hoy es teoría será mañana realidad. Hoy el señor Ryder ha demostrado sus teorías en forma abstracta. La semana próxima, quizá incluso mañana, nuestros laboratorios demostrarán el valor práctico del trabajo del señor

Ryder.

Se produjo otra oleada de aplausos, y mientras el Administrador y Ryder se dirigían hacia la puerta, sofocados de excitación, y con sus hordas de secretarios y ayudantes tras ellos, los agentes de Seguridad se acercaron a Newman.

—No se meta usted en eso —le advirtieron.

Newman se encogió de hombros, se dirigió a su escritorio y se sentó tranquilamente. Sentía una sensación extrañísima de aislamiento, como si todo aquello no tuviese nada que ver con él. El egotismo mezquino del Administrador y la alegría infantil de Ryder se asemejaban tanto a las reacciones de los niños que no quiso preocuparse de sus ideas.

Pero antes de desaparecer a través de las puertas, rodeado por un rebaño de admiradores, Ryder se volvió y contempló frente a frente a Newman.

—La carpeta verde —dijo— contiene mis fórmulas subsidiarias. No le ocasionarán ninguna dificultad, pero con fines de archivación, hágalas pasar por el cerebro, compruébelas y confirme que son correctas.

Cuando todos se hubieron ido, la cámara del cerebro electrónico quedó tranquila. Los agentes de Seguridad también se habían ido, lo que proporcionó a Newman una sensación de alivio. Tomó el archivador verde, lo ojeó distraídamente y pensó en la muchacha.

No sabía ni su nombre, pero era como si la hubiese conocido desde hacía muchos años. Podía representársela claramente, cada detalle de su cara, cada semitono de su voz musical y cada faceta de sus hermosas facciones.

Llevó la carpeta verde al cerebro electrónico más cercano, tomó la hoja superior de fórmulas y comenzó a transcribirla al tablero. Y entonces vaciló, mientras un rayo de dolor agónico rojo blanco le abrasaba el cerebro.

Se llevó las manos a la cabeza y gimió mientras luchaba para evitar que sus sentidos se desvaneciesen en lo gris.

Y entonces volvió, esta vez mucho más fuertemente, un haz grande, penetrante, agónico, que le quemó su mente con una fuerza tal que le arrojó de rodillas al suelo, mientras en un paroxismo de dolor arañaba con destrozadas uñas la superficie del suelo.

Cinco minutos más tarde, pálido, y con sudor en la frente, se levantó, se apoyó sobre el cerebro electrónico y escuchó el golpeteo frenético de su corazón.

Había vuelto. La amenaza de que había escapado una vez había vuelto con renovado rigor. Aquellos dolores interminables de cabeza volvían a comenzar de nuevo.

El dolor era más intenso, más extremado. Ahora sus centros nerviosos eran mucho más sensibles que antes. Podía sentir el dolor de un modo cien veces más agudo, podía distinguir gradaciones de padecer agónico, del mismo modo que podía

distinguir las sutilezas de tonalidad de una voz musical.

Pálido, esperó que el siguiente rayo agónico viniese a atravesar su cerebro y, cuando no llegó, se fortaleció para poder soportar el monótono dolor del interior de su cerebro.

Debe ser una enfermedad crónica, se dijo a sí mismo. No era ni un tumor ni una presión sobre un nervio lo que producía esas jaquecas, pues el examen médico lo hubiese revelado. Debe ser una característica inhibida, sus jaquecas deben ser una parte integral de sí mismo, lo mismo que su sentido del tacto.

Trató de no hacer caso del dolor, procuró concentrarse en su trabajo de modo que el dolor fuese secundario, existiendo en su interior sencillamente como una parte de sí mismo que aceptaba. De nuevo tomó las fórmulas matemáticas de Ryder, y esta vez más lentamente, comenzó a transcribirlas sobre el tablero del cerebro electrónico. Y al terminar su día de trabajo estaba escribiendo la última fórmula sobre el tablero del último cerebro electrónico y efectuando la comprobación final.

## Capítulo 22

SE ENCONTRARON EN LA ESCALERA de la biblioteca exactamente dos minutos antes de la hora, y el corazón de Newman latía ilusionado cuando tomó la mano de la chica y miró en sus azules ojos.

—He tenido miedo todo el día —confesó—. Todo el día he temido que quizá no la volvería a ver.

Los ojos de ella estaban serenos y reposados.

—Pero le dije que vendría —dijo, y él supo inmediatamente que debía haberla creído, no debía nunca haber dudado de que estaría aquí para encontrarse con él.

—¿Quiere usted cenar conmigo?—preguntó ansiosamente, queriendo, ahora que ella estaba cerca de él, asegurarse en alguna forma de sus derechos, cerciorarse de que no se le volvería a escapar.

Se dibujó una sonrisa al extremo de la boca de la chica y arqueó coquetamente la ceja izquierda.

—Es un poco temprano para cenar, ¿no es verdad? —dijo suavemente.

—Primero aperitivos, naturalmente —dijo él apresurado—. Aperitivos y una oportunidad de conocernos mejor.

—Me parece buena idea —dijo suavemente, y la sangre comenzó a pulsar rápidamente a través de las venas de Newman, quien al mismo tiempo perdía el aliento sin saber por qué.

La llevó a un bar de moda, y se sentaron en una mesa, tan lejos como pudieron de la muchedumbre desocupada, parlanchína y elegante.

Discutieron filosofía mientras sorbían sus Martinis. Ella le dijo que la ayuda de él le había sido de un valor inapreciable. Explicó algunas de las dificultades que encontraba al explicar filosofía a adolescentes realistas, de sentido común, que sentían una resistencia naturalmente inhibida a aceptar un punto de vista objetivo.

Por ser un Grupo Seis poseía una intuición asombrosa para la filosofía y discutía sobre ella con animación; sus ojos azules brillaban al esbozar algunas de sus propias teorías filosóficas y un tratado que había preparado recientemente para la Facultad de Pensamiento Filosófico.

Newman descubrió que podía hablar con ella, escuchar sus teorías, estar de acuerdo con algunas de ellas y contradecir otras, mientras que al mismo tiempo podía criticarla y admirarla como si fuese un observador desapasionado.

Era su voz lo que más le entusiasmaba. A su alrededor resonaban las voces de las demás gentes, las voces ásperas, raspantes de los hombres, y las voces agudas, monótonas, hirientes, de las demás mujeres. Por contraste, su voz sonaba como música. ¡Y la textura de su piel! No tenía fallo. Era absolutamente perfecta. La camarera que les servía era considerada bonita. Podía darse cuenta por la forma en

que otros hombres la miraban con ojos de aprobación que expresaban admiración, o bien lanzándole miradas lascivas. Y sin embargo no encontraba belleza en la camarera, ni simetría en sus facciones. Un ojo era medio milímetro mayor que el otro, y el color de sus pupilas era diferente, de modo que sus ojos no hacían juego. Y su piel era terrible. Los poros de su cara estaban obstruidos por crema facial, y gruesos puntos negros se escondían bajo la superficie de su piel. Cuando se encontraba cerca, el olor natural de su cuerpo le parecía insoportable.

Pero la muchacha que estaba frente a él era diferente. Era la simetría personificada, su piel resplandecía de salud y su íntimo aroma casi imperceptible, dulce y femenino.

Fue entonces cuando percibió la penetrante influencia de la chica en su sangre, y cuando empezó a pensar en ella así, como mujer.

Fue fundamentalmente eso lo que hacía su soledad más aguda. El darse cuenta de que las mujeres que otros hombres encontraban fascinadoras, atractivas y estimulantes, le parecían a él nauseabundas y repugnantes.

Pero en ella todo era diferente. Su feminidad y la textura de sus dedos, largos y elegantes. El suave subir y bajar de su busto, claramente dibujado bajo su vestido de plástico sedoso, tirante y revelador. Y también su olor, la íntima fragancia sutil de su cuerpo, que le prendía los sentidos y le hacía respirar más rápidamente.

Y de improviso dijo ella:

—Hasta que no le dejé anoche, no me di cuenta de que no nos habíamos presentado.

—Soy Tony Martin —dijo él en seguida, no deseando ver en los ojos de ella el principio del descubrimiento de quien era en realidad.

Sus ojos azules eran asombrosamente suaves y líquidos.

—Soy Mary Brown —dijo sencillamente.

—Mary —dijo él, como si solamente pronunciar su nombre le proporcionase un exquisito placer—. ¡Mary!

La muchacha se ruborizó ligeramente y sus ojos brillaron.

—Por favor —le advirtió—. Los demás le oirán.

—¿Y qué importa si me oyen?

Se ruborizó aún más.

—No es solamente mi nombre —dijo suavemente—. Es la manera como lo dice.

—Si pueden deducir tanto solamente por el sonido de mi voz, es una suerte que no haya telépatas en derredor.

—¿Cree usted en telepatía? —preguntó ella soñadoramente.

—Nadie ha proporcionado aún una demostración convincente de ello —dijo con indiferencia.

—En la ciencia nadie niega la posibilidad de la telepatía —dijo la chica

pensativamente.

—Absolutamente nadie —asintió él—. Pero también hay muy poco en su apoyo.

La chica levantó su vaso y bebió. Al depositarlo nuevamente sobre la mesa, delante de ella, aquel ligero movimiento tensó el corpiño de su vestido de tal manera que su silueta se dibujó aún más claramente.

Harold trató de no mirarla de aquel modo, y sin embargo se sintió irresistiblemente fascinado. Las palmas de sus manos se humedecieron y la chaqueta le oprimió.

—No creo que la telepatía sea imposible —dijo pensativamente, y sus ojos azules miraron repentinamente los de Harold, dominándolos, sujetándolos, impidiendo que la acariciasen.

A él le avergonzaron sus pensamientos, haciéndole decir con sinceridad.

—Piense lo embarazoso que sería si hubiese por aquí télépatas, gente que pudiese contemplar la mente de uno cuando quisiesen, y poner al descubierto nuestros pensamientos más íntimos.

—Todo depende del conocimiento y de la comprensión —dijo la muchacha seriamente—. Si todo el mundo tuviese un fondo adecuado y la experiencia social correcta no tendrían pensamientos inarmónicos, no tendrían ideas desagradables y no temerían que nadie mirase en sus mentes.

—¿Podría usted ser una de esas personas?

—Así lo creo: —dijo serenamente.

—Supongamos que hubiese aquí un hombre que fuese télépata —continuó—. Supongamos que estaba sentado allá. Supongamos que ahora mismo pudiese leer su mente. ¿Se opondría usted?

—No creo —dijo pensativamente—. No; estoy segura de que no me importaría —añadió con confiado impulso—. No creo que haya nada en mi mente que me importe que todo el mundo sepa.

—Es usted diferente de mí —dijo, y a pesar suyo sus ojos se deslizaron por ella, entreteniéndose acariciadoramente.

—¿En qué sentido? —preguntó con firmeza. Harold levantó los ojos lentamente, y dijo despacio y sosegado:

—No quisiera que todo el mundo supiese lo que estoy pensando ahora. ¡Lo que estoy pensando de usted!

La muchacha le contempló sin expresión durante dos largos segundos. Y abruptamente se levantó y cogió su bolso.

Él también se levantó.

—Por favor —suplicó—. Estábamos hablando francamente. Entre dos personas que se sienten tan cercanas como nosotros no se puede justificar la ceguera. En algún momento tendrá usted que saber lo que siento.

—Quiero irme —dijo la chica, con voz ahogada y entrecortada.

Fue una repetición de la noche anterior. Pagó a la camarera y salió tras la muchacha. Llegaron a la acera juntos, pero ya ella había llamado un taxi. Cuando se detuvo junto a la acera, él abrió la puerta y la chica subió, se sentó en el fondo y le miró con ojos de expectación.

Harold permaneció sujetando la puerta, sintiéndose avergonzado y preguntándose qué podía hacer para arreglarlo.

Y ella dijo en aquella misma voz ahogada y entrecortada:

—¿No viene usted?

Como en un sueño, subió al taxi y cerró la puerta tras de sí. Se sentó junto a ella, mientras la chica se inclinaba hacia adelante y daba una dirección al conductor. Una dirección particular.

Y ella estaba sentada junto a él, y sus largos y elegantes dedos tomaron los de Harold, anidando en su húmeda palma.

—¿No está usted enojada conmigo? —preguntó con voz seca Harold.

—No parece que acabe de conocerle —dijo ella—. Parece que nos hayamos conocido desde hace años.

—Quise ser sincero con usted —trató él de explicar—. Quería que usted supiese lo que siento. No quise ofenderla y...

—Ahora habla como si todo fuese diferente —dijo ella, con voz casi violenta—. No siga hablando de ello.

—Pero quiero explicarme —contestó Harold.

Y de repente ella se lanzó contra él con violencia inesperada. Harold sintió el violento latir del corazón de la muchacha y la presión salvaje de su cuerpo.

—¡Mary! —exclamó, comprendiendo repentinamente.

Trató de dominarse, sabiendo que nunca había habido nada como aquello antes, que nunca habría nadie como ella en su vida.

—¿Qué me estás haciendo? —exclamó anhelante—. ¿Qué tienes que me haces sentir de este modo?

—Somos nosotros —susurró ella—. No es sino nosotros dos, juntos.

Harold pagó al conductor del taxi con trémulos dedos, algo asustado ante la violencia de su propia emoción. Se habían detenido ante un pequeño bloque de pisos que carecía de ascensor. Era al anochecer, y no habían encendido aún las luces de la escalera. La atracción que la muchacha ejercía sobre él era tan irresistible que al pie de la escalera la atrajo hacia sí.

Pudo sentir cómo el corazón de la chica aleteaba violentamente.

—Espere —suplicó desesperadamente—. Por favor, espere. —Parecía como si no tuviese fuerzas para resistir—. Ahora no. Espere un poco más aún.

Fue esa falta de resistencia en ella que dio a Harold la fuerza de voluntad

necesaria para soltarla. La chica se apartó de él, asió el pasamanos de la barandilla de la escalera y comenzó a subir lentamente.

—Vivo ahí arriba —dijo con voz cálida y ahogada.

Harold la siguió, sintiendo en sus rodillas la misma debilidad que ella. Y en aquel momento quiso saber más de ella. No solamente deseó conocer su cuerpo, sino también su mente.

Recordó las palabras de la muchacha. No le importaba que nadie contemplase su mente y casi antes de que él mismo se diese cuenta extendía ya su sonda mental, tocando con suavidad y amor.

Entrar en aquella mente era entrar en algo bueno y puro. Algo tan diferente de las demás mentes en que había entrado. Todo lo que había en ella era honrado y limpio, sin pensamientos mezquinos ni amargos.

Era agradable entretenerse en aquella mente. Era una experiencia calmante, un santuario tranquilo, pacífico. Y sin embargo también vagamente extraña, pues aquella mente no tenía la profundidad que había supuesto. Y entonces, mientras se preparaba para calar más hondo en el subconsciente de ella, la chica se volvió a medias y dijo por encima del hombro:

—Cuidado con el último tramo, Tony. Hay una barra suelta.

—¿Queda mucho aún?

—Éste es el último tramo —dijo ella con alivio. Y rebuscó en su bolso, mientras tanteaba la escalera con sus altos tacones.

Ya se veía el fin de la escalera y la puerta que debía ser la de su piso. Aquella puerta que tanto iba a significar para él.

Harold se preguntó si el deseo que sentía era puramente físico, o si era también parcialmente una afinidad mental que existía entre ellos dos. ¿Sentía ella también una afinidad mental?

Y otra vez proyectó una sonda mental. Y la sonda estaba allá en la mente de ella, entrando suave y dulcemente, para no perturbarla. Y entonces, de repente, la chica tropezó, perdió el equilibrio y se agarró desesperadamente con una mano al pasamanos para evitar caer. Y en aquel mismo momento fue como si una puerta se hubiese abierto de par en par en su mente, como si se hubiese descorrido un cerrojo mientras estaba distraída. Durante una fracción de segundo Harold pudo contemplar lo que había tras la puerta antes de que se cerrase nuevamente de un portazo.

En aquel momento se encendieron las luces, y la muchacha se volvió desde lo alto de la escalera y miró hacia donde estaba él. En los labios de Harold había una amarga sonrisa y dolor en sus ojos.

—¿No vienes? —murmuró ella, sin aliento.

—No, Mary —contestó quedamente—. No voy.

La muchacha continuó mirándole, mientras su modesto rubor y el brillo de sus

ojos se iba desvaneciendo lentamente.

—¿Qué te pasa, Tony? —dijo entrecortadamente—. ¿Por qué no vienes? —Había ahora ansiedad en su voz, como si tuviese miedo de él.

—Aquel momento en que resbalaste —le dijo—. Estabas desprevenida.

Imperceptiblemente pareció como si sus facciones se endurecían.

—¿De qué estás hablando?

Harold la contempló durante largos segundos. Y luego lentamente le volvió la espalda y se dirigió al pie del tramo. Allá se detuvo y miró hacia arriba, hacia ella.

—Hay un bar al otro lado de la calle. Te esperaré allá —dijo—. Baja y tráelos contigo. A los tres.

La chica no respondió y siguió contemplándole mientras humedecía sus labios con la punta de su sonrosada lengua.

—En un bar no tendré miedo —dijo él amargamente—. También vi eso en tu mente. Tenéis que cazarme a solas, ¿no es verdad? Nadie más tiene que saberlo, ¿verdad?

La muchacha continuó contemplándole y sintió cómo su mente trataba de alcanzar la de él, sintió el contacto de la sonda mental y corrió una barrera a través de sus propios pensamientos. Y al mismo tiempo proyectó su sonda mental hacia la muchacha, pero la sintió retroceder, incapaz de penetrar la barrera que aquélla había levantado.

—Estaré esperando, Mary —dijo en voz baja.

La chica quedó allí en pie, tristemente, escuchando los pasos que se dirigían hacia el pie de la escalera, a través del rellano.

## Capítulo 23

**E**L DOLOR LE HIRIÓ nuevamente antes de que hubiese alcanzado la calle. Esta vez no fue inesperado y por lo tanto más soportable. Se apoyó contra la pared, flaqueándole las rodillas, y con el corazón desbocado, esperando que las oleadas de dolor retrocediesen y haber recogido sus fuerzas para enfrentarse con el siguiente haz de dolor agónico.

Pero no llegó. En su lugar era como si algo se dilatase en su cabeza, destrozando la estructura de su cerebro. El dolor sordo era una expansión continua, que crecía y se hinchaba sin cesar, hasta el punto en que volvía a destrozar los tejidos que se oponían.

Enjugó su rostro del sudor producido por el dolor, se metió el pañuelo en el bolsillo y siguió andando con paso vacilante hasta la acera.

El aire fresco hizo que se sintiese mejor, cruzó cuidadosamente la calle, entró en el bar de enfrente y se sentó en una mesa bien a la vista de los demás consumidores y de cara a la puerta.

El dolor sordo y persistente era ahora más agudo. Y mientras estaba allí sentado esperando pacientemente se iba dando cuenta de muchas cosas. Los agentes de Seguridad seguían vigilándole. Había cuatro de ellos ahora, dos al otro lado de la calle, uno de pie junto a la puerta del bar y otro estaba entrando.

Newman continuó observando mientras el hombre se dirigió a una mesa cerca de la puerta, y se sentó con sus hombros en dirección de Newman, de tal modo que podía observarle de reojo, sin que la vigilancia resultase demasiado obvia.

Seguía teniendo mucho dolor de cabeza; levantó la mano a la frente, y encontró de nuevo que su piel estaba empapada de sudor. Se enjugó, fatigado dio su encargo a un camarero que pasaba y sintió cómo nuevamente se posaba sobre él el peso de su soledad. Esta vez la soledad era mayor, y estaba mezclada con la amargura de la traición.

Había sido un golpe muy amargo, enterarse de la verdad tan repentinamente, y en momento tan cercano a la culminación de su felicidad. Y era también un rudo golpe saber que, al fin y al cabo, no era el único. Ella también poseía por lo menos algunos de sus poderes, y ya había aprendido algo de ella. Cuando él había cerrado de un golpe su mente para esquivar la sonda mental de la muchacha, había sentido su saber. Una vez había bajado su barrera mental, no era posible abrirla a la fuerza. ¡Si es que estaba completamente cerrada!

La muchacha había ensayado su barrera mental, buscando un punto débil, una pequeña abertura a través de la cual insertar su sonda mental y forzar la entrada.

Era algo que valía la pena de ser sabido. Y más ahora cuando eran cuatro los aliados en contra de él. Mentalmente corrió el postigo sobre sus pensamientos, y

comprobó todos los puntos para asegurarse de que estaba cerrado herméticamente.

También ellos debían haber cerrado sus mentes, porque no los sintió venir. Lo primero que supo de ellos fue cuando los vio entrar tras Mary, a través de las puertas oscilantes.

La muchacha se dirigió directamente a la mesa de Harold, y los demás la siguieron, altos, fuertes, hombres de facciones inteligentes, frentes altas y ojos que eran como los de Mary, ojos tan diferentes de los del hombre medio, pero de una diferencia tan sutil que solamente aquéllos que poseían poderes de percepción muy desarrollados eran capaces de reconocerla.

Se sentaron a la misma mesa sin decir palabra, y cuando sus sondas tantearon las defensas mentales de Harold y abandonaron la esperanza de penetrarlas, percibió la consternación del agente de Seguridad que estaba de vigilancia.

La chica dijo con sinceridad, mientras le contemplaba seriamente con sus ojos azules:

—Lamento todo esto, Newman. No había querido que fuese así. Mi procedimiento hubiese sido mucho mejor, te lo prometo. No creas que ha sido una traición.

Harold apartó de ella sus ojos, temeroso de no poder ocultar el desprecio que sentía. Miró uno tras otro a todos los hombres, y su sonda rebotó en sus corazas mentales, de la misma manera que las sondas de ellos habían rebotado en la suya propia.

Y preguntó con voz tensa, incierto de sí mismo, ahora que podía reconocer la superioridad de aquellos hombres.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren de mí?

El hombre que estaba sentado enfrente de él dijo despacio:

—Mi nombre es Ogden, pero no significará nada para usted. A María ya la conoce. Éste es Nash y aquél Richards. Lo que queremos no es fácil de explicar. Levante su coraza mental, déjenos entrar en su mente, y se lo explicaremos claramente.

El labio de Newman se plegó.

—Eso es un ardid mezquino —contestó con desprecio—. Cuatro de ustedes con sondas mentales en mi mente, controlándome y dominándome, teniéndome; por completo a su merced. —Y luego, dirigiéndose a la muchacha—: Mary, tu método era mejor, aunque fuese más primitivo. Por poco más me trago el anzuelo.

El hombre a la izquierda de Ogden dijo con indignación:

—Ni que lo diga. En el lugar de donde venimos piensan que Mary es un plato suculento...

Ogden le interrumpió con firmeza:

—Entonces, Newman, nos fuerza usted a una pesada comunicación por medio de

la palabra hablada.

—Así es —concedió, y se sintió aprensivo. Aquellas gentes no eran corrientes. Incluso eran superiores a él. Y no necesariamente en poder cerebral, ni en habilidad, sino en saber. Sabía instintivamente que tenían conocimientos que él no había tenido ocasión de adquirir.

Newman preguntó otra vez:

—¿Quiénes son ustedes y qué quieren de mí?

—Somos amigos que hemos venido a ayudarle —dijo Ogden, y había sinceridad en sus ojos.

Newman gruñó despectivamente.

La muchacha se inclinó hacia él con ojos suplicantes.

—Estamos aquí para ayudarte. Tienes que creernos.

Harold no le hizo caso y miró a Ogden a los ojos, con audacia y desafío.

—¿Cómo pueden ayudarme?

—Podemos ayudarle de muchas maneras —dijo Ogden—. Sabemos muchas cosas que usted no sabe. Sabemos la alteración profunda que le ha afectado en estos últimos días. Y es más, sabemos la naturaleza de esa alteración, que es lo que usted no sabe. ¿Por qué no piensa en nosotros como en médicos que han venido a ayudarle?

Harold les contempló calculadoramente.

—¿Y cómo intentan ayudarme?

—Tiene usted que ponerse en nuestras manos —dijo Ogden—. Otórguenos toda su confianza y se lo prometemos —dijo, mientras sus ojos resplandecían de sinceridad—. Haremos por usted lo que usted no puede hacer para sí mismo.

—¿Y qué les hace creer que necesito su ayuda? Por ahora me las arreglo muy bien.

—¿Es eso cierto? —preguntó dubitativamente Ogden.

—¿Hay alguna razón para que no lo sea?

—Puedo pensar en muchas razones —dijo Ogden pausadamente, mientras la muchacha le seguía contemplando con ojos suplicantes.

—¿Tales cómo? —dijo Newman con precaución.

—La forma en que se siente ahora —dijo Ogden con penetración—. Está muy solo. Terriblemente solitario. A medida que vayan pasando los días, su soledad se irá haciendo mucho más intensa. Está apartado del resto de los hombres. Los extraños y maravillosos poderes de que se encuentra poseído le han separado de la humanidad. No puede compartir la vida de los hombres porque está por encima de su vida. No puede compartir sus pensamientos, porque los de usted están por encima de los de ellos. Está condenado a la soledad y a la amargura, a una frustración constante, y muy probablemente al martirio, porque la humanidad se une frente a los que son diferentes.

—No creo que vaya a estar tan solitario —dijo Newman—. Ahora mismo hay cuatro de ustedes que son gente de mi clase. Tienen ustedes la misma clase de poderes que yo tengo. Piensan como yo pienso, y tienen percepciones tan agudas como las mías. Con seguridad hay otros como ustedes, y yo los encontraré. Y no será difícil encontrarlos, porque si son como yo, también estarán buscando compañía.

—No hay otros como usted dijo solemnemente Ogden. —Usted está solo. Terriblemente solo.

—¿Y cómo lo sabe? —preguntó Newman—. ¿Por qué medios puede usted saberlo?

—Sencillamente, lo sé —dijo Ogden quedamente.

—Pruébemelo —le retó Newman—. Abra su mente, déjeme sondear y descubrir la verdad por mí mismo.

—La verdad no puede saberla.

—Entonces estamos perdiendo el tiempo —dijo con fuerza Newman, y se reclinó bruscamente hacia atrás en su silla, como si ya no tuviese interés en la discusión.

Los demás continuaron sentados contemplándole en silencio. Había algo pavoroso en la forma en que estaban allí sentados contemplándole. Y entonces se le ocurrió una idea verdaderamente cómica. Eran como cuatro gatos sentados alrededor de una pecera, observando cómo el cebo se jactaba delante de ellos, pero incapaces de hacer nada, sabiendo por experiencia que el grueso cristal era una barrera impenetrable entre ellos y su presa.

—Están perdiendo el tiempo —dijo descuidadamente—. Abran sus mentes y permítanme saber quiénes son y qué es lo que quieren de mí, y entonces estaré dispuesto a considerar cualquier proposición que quieran hacerme.

—No le hacemos proposiciones —dijo Ogden suavemente—. Le ofrecemos la oportunidad de que se ponga en nuestras manos, para curarle de su soledad y de su frustración.

—¿O bien?-preguntó.

—O bien tendremos que hacerlo sin su cooperación, lo cual será bastante más desagradable para usted.

—Y más difícil para ustedes —respondió.

Ogden asintió con la cabeza.

—Y más difícil para nosotros —admitió.

—¿No hay nada más que desee decir?

—¿Y qué más puede haber que decir?-preguntó Ogden, extendiendo sus manos. Newman se levantó.

—La próxima vez ni siquiera olfatearé el cebo —dijo, y sin volverlos a mirar salió rápidamente del bar, dejando que las puertas oscilasen hacia atrás en las narices del agente de Seguridad que le siguió.

## Capítulo 24

**N**O LE PERMITIERON apartarse mucho.

Sintió como las mentes de los agentes de Seguridad seguían de cerca su pista, pero no sintió a los otros hasta que Ogden y Nash le alcanzaron, uno a cada lado, ajustando su paso al suyo.

—Estoy seguro entre la multitud —se aseguró a sí mismo—. No se atreverán a hacer nada hasta que me cojan solo.

Y dijo en voz alta:

—¿Supongo que debería sentirme adulado?

—Solamente queremos que sea razonable —dijo Ogden.

—Díganme quiénes son —dijo Newman—. Díganme de ustedes y por qué son diferentes de los demás. ¿Por qué soy yo diferente? Díganme eso, y quizá cooperaré.

—Esas cosas no son para que las sepa usted.

—Entonces déjenme tranquilo —dijo con cansancio. Ahora el dolor pulsaba más violentamente en su cerebro, y quería descansar. Y entonces vio por la esquina del ojo el coche particular que marchaba junto al bordillo junto a ellos, reduciendo su velocidad hasta igualar la suya, y los ojos de Mary que le miraban suplicantes.

—Dejadme tranquilos —dijo ásperamente—, es todo lo que pido. Dejadme en paz —y sintió la advertencia en las mentes de los agentes de Seguridad que seguían la pista, mientras Ogden y Nash se acercaron a él y le asieron suavemente por los brazos.

—Demos un paseo juntos —dijo Ogden suave—. Discutámoslo tranquilamente.

Ya sabía que los reflejos de los otros eran rápidos, más rápidos aún que los suyos, pero no se había dado cuenta de que la fuerza física de aquéllos era mucho mayor que la suya.

—Por aquí —dijo Ogden, y a pesar de que su voz era amable, su presa en el brazo de Newman era como de acero, cuando le atrajo hacia el automóvil.

Unos dedos como garfios de hierro se cerraron en torno de sus brazos, haciendo imposible la resistencia. En aquel momento de pánico alcanzó a ver la mente de uno que pasaba, y supo que parecía como si dos amigos estuviesen persuadiendo a un tercero para que entrase en el automóvil, mientras sonreían suave y persuasivamente. La mente que pasaba perdió inmediatamente interés en el incidente, y Newman vio que se abría la puerta del auto, mientras Richards sonreía animándole, en tanto que se acercaba y clavaba otra esposa de hierro alrededor de su muñeca y lo arrastraba hacia el sombrío interior.

Todo iba sucediendo muy rápido y suavemente. Las alegres expresiones en las caras de los raptores acallaban las sospechas de los transeúntes, y supo que al cabo de un momento el automóvil aceleraría con él a la merced de aquellos hombres, y sujeto

a su determinada voluntad, cualquiera que esa fuese.

Hizo un último y desesperado esfuerzo para escapar. Al abrirse la puerta del automóvil frente a él, apoyó la suela de su zapato contra el marco de la puerta y empujó hacia atrás con sus hombros tratando de resistir la irresistible y despiadada fuerza de los otros. En aquel momento dejó caer hacia atrás su cabeza, llenó sus pulmones de aire y gritó pidiendo auxilio.

Las reacciones de Ogden fueron instantáneas. Un golpe rápido y preciso al cuello de Newman ahogó el grito casi antes de nacer, y mientras gemía tratando de recobrar el aliento, otro preciso golpe bajo la rodilla le aterió la pierna, privándola de su fuerza de resistencia.

Entonces comenzaron a meterle en el automóvil rápida y expertamente, mientras los tensos músculos crujían al resistirse él automáticamente. No le quedaba sino una leve esperanza. La vio mientras la rápida y despiadada tracción ejercida sobre sus brazos le arrastraba hacia el interior del automóvil.

De repente dejó de resistir e invirtió sus esfuerzos, empleando su fuerza para ir con ellos, en vez de contra ellos. Se lanzó como una bala contra el pecho de Richards, rebotó, se lanzó al mismo tiempo hacia un lado y extendiéndose sobre el asiento sus frenéticos dedos trataron de asir la llave del contacto. Fue un milagro. Sus dedos tocaron la llave, la hicieron girar y, mientras se detenía el motor, la sacaron y la tiraron por la ventana.

Por lo menos, tal fue su intención. Pero los reflejos de la muchacha fueron casi tan rápidos como los suyos. Su mano se alzó, alcanzó la llave a mitad de camino, casi la cogió y la dejó caer.

Le tenían firmemente sujeto, asido de los brazos, oprimiéndole fuertemente entre todos, mientras Ogden cerraba la puerta y daba la vuelta para ir a sentarse junto al conductor.

Pero los preciosos segundos iban pasando. La llave había caído sobre el suelo del automóvil, resbalando hasta ir a parar a una oquedad tras el asiento del conductor; Ogden y Mary la buscaban, mientras los segundos iban pasando sin tregua.

—No pueden hacer esto —jadeó Newman—. No pueden salirse con la suya. —Seguían sujetándole con férrea mano, mientras los dedos iban tanteando los centros nerviosos y extrayéndole la fuerza de los miembros.

—Ya la tengo —jadeó Mary. Su cara estaba sofocada, cuando se enderezó e insertó la llave en el tablero de mando.

El silencioso motor de turbina produjo una vibración casi imperceptible, y el automóvil se puso en marcha. A medida que iba adquiriendo velocidad, un pánico ciego se apoderó de Newman, revolviéndole el estómago. Se sintió mareado y supo instintivamente que aquellos hombres iban a hacerle algo terrible...

Si solamente tuviese la fuerza necesaria. Si solamente pudiese moverse. Si

solamente...

Las mentes estaban allí, siguiéndole aún, pero ahora estaban ansiosas y alarmadas. Las mentes se movían rápidamente hacia él y, al mismo tiempo que se daba cuenta de ello, sus raptos también se apercebieron. Miraron, sorprendidos y alarmados, al ver que un coche particular requisado les alcanzaba y les iba arrinconando hacia el bordillo. Mary se mordió los labios, apretó los frenos y se detuvo, quedando el coche requisado cruzando por completo su camino.

Casi inmediatamente rodearon al coche media docena de agentes de Seguridad de paisano y otros cuatro de uniforme.

Newman sintió cómo el alivio le inundaba, mientras la dolorosa presa se fundía en sus brazos, y la sensación volvía a sus miembros. Se abrió bruscamente la puerta del auto y una cara enérgica los contempló.

—Newman, ¿está usted bien?

—No —respondió jadeante, sin aliento por su alivio—. Quiero..., sáqueme de aquí.

Bajó apresuradamente y descubrió que estaba temblando, ante su escapada por los pelos. Jadeó acusadoramente.

—Esos hombres. Están tratando de...

—Lo vimos —dijo severamente el agente de Seguridad—. ¿Intentaban raptarle?

—Efectivamente —dijo Newman. Pasó sus ojos de Mary a los otros, tratando de encontrar señales de alarma o consternación en sus facciones.

Ogden descendió del asiento delantero del automóvil e ignoró a los agentes de Seguridad que se le acercaron rodeándole amenazadoramente. Y sonrió agradable y placentero.

—Estoy seguro de que se trata de un error, agente.

—Me han forzado —jadeó Newman—. No quería ir. Me han metido en su coche a la fuerza.

—Newman es un viejo amigo nuestro —explicó Ogden sencillamente—. Le estábamos convenciendo para que viniese a tomar un trago. Ya se sabe lo que ocurre con los amigos; a veces es necesario persuadirlos. —Su sonrisa seguía siendo encantadora—. Es ridículo decir que le forzamos.

—Nosotros opinamos que sí —dijo el agente de Seguridad secamente. Miró a Newman, y luego nuevamente a Ogden—. Iremos todos juntos a la Central, y ya veremos lo que hay en el fondo de todo esto —dijo con determinación.

Ogden se encogió de hombros y sonrió con aprobación.

—Como usted quiera, agente. Mis amigos y yo estamos plenamente de acuerdo.

La seguridad y la confianza de Ogden preocuparon al agente de Seguridad. Pero siguió decidido.

—Ustedes cuatro, al fondo —ordenó—. Dos de mis hombres enviarán el coche a

la Central.

—Naturalmente —accedió Ogden en seguida, como si la sugerencia del agente de Seguridad fuese lo más lógico. Hizo una seña a Mary para que le siguiese, y apretándose un poco se metieron en el fondo del coche, junto con Nash y Richards.

Dos agentes de Seguridad uniformados subieron al asiento delantero y esperaron mientras Newman era escoltado al coche requisado, donde se sentó detrás, con un agente de Seguridad a cada lado. El agente de Seguridad que mandaba subió al asiento de delante junto al conductor, y el automóvil comenzó a rodar.

Newman miró por encima del hombro y vio que el otro coche les seguía de cerca. Pero no estaba convencido. Se inclinó hacia adelante, y dijo en son de advertencia:

—Quizá sería más seguro si les siguiésemos en vez de que sean ellos quienes nos sigan.

—¿Quiere usted decir que Thomas no sabe el camino de vuelta a la Central? —preguntó el agente de Seguridad.

Newman suspiró, se instaló cómodamente en el asiento, y no se tomó la molestia de seguir discutiendo. Realmente, no importaba las precauciones de que pudiese persuadirles, pues de nada servirían. Con los poderes que poseían, ni siquiera un ejército de agentes de Seguridad conseguiría sujetar a Ogden, si no quería que le sujetasen.

La prueba llegó unos minutos más tarde, cuando el agente de Seguridad junto a Newman dijo con un tono de interés en su voz:

—Thomas ha dado la vuelta, se va por el camino largo alrededor del bloque.

—A por un vaso de cerveza de paso —dijo cínicamente el agente que mandaba.

En la Central condujeron a Newman a la sala de investigaciones, y se dieron instrucciones para que Thomas se les juntase en cuanto llegase. El oficial de guardia se sentó al borde de la única mesa de que disfrutaba la habitación, y miró fijamente a Newman.

—Usted pasa, por ser especial —dijo en tono de charla—. Muy especial. Le hemos estado observando continuamente. Ya lo sabe, ¿verdad?

Newman sonrió torcidamente.

—Tenía esa impresión —admitió.

—¿Quién es ese fulano, Ogden?

—No lo sé.

El hombre frunció el entrecejo.

—¿De modo que no quiere hablar, eh?

—No sé quién es Ogden —dijo Newman con fatiga, y sintió el insistente dolor en su cabeza, que latía a cada pulsación de su sangre.

—Tan pronto como aquellos otros tres lleguen, pronto averiguaremos lo que hay en el fondo de todo esto —dijo el agente de Seguridad. Su voz expresaba

determinación, y sus ojos eran duros. Esperaron en silencio. Esperaron cinco minutos. Esperaron diez minutos.

El agente de Seguridad estaba de pie, paseándose intranquilo por la habitación, cuando por fin Thomas y su compañero abrieron la puerta de la sala de investigaciones, y entraron. El agente de guardia los contempló asombrado. Los otros le sonrieron, confiados y alegres.

—Vinimos directamente, Jefe, tan pronto como recibí su mensaje —dijo Thomas. Y miró de reojo a su compañero—. Fuimos demorados camino de la Central. Encontramos un coche abandonado en la carretera cuarenta y cinco, y lo trajimos. El Departamento de índices está ahora averiguando su propietario.

En el largo segundo de sorpresa y alarma que siguió a sus palabras, Newman comprendió inmediatamente lo que tenía que hacer. Con la delicadeza de un puñal, su sonda mental les hirió uno tras otro.

La sorpresa desapareció de sus facciones, se relajó su tensión, y el agente de guardia se volvió a Newman con una sonrisa de excusa.

—Siento que le hayan molestado, Newman —dijo—. Nuestros hombres encontraron un coche abandonado en la carretera cuarenta y cinco, y por un error estúpido pensaron que era usted. Realmente siento haberle causado tanta molestia.

—No importa —dijo suavemente Newman—. No fue molestia ninguna. —Y se dirigió hacia la puerta—. Supongo que ya no me necesitan.

—No. Naturalmente que no. Y lamento la equivocación. —El agente de Seguridad vaciló, con ansiedad en los ojos, y preocupación en sus facciones—. Teóricamente no tenemos que cometer errores.

—Todo el mundo puede equivocarse —dijo Newman—. Es humano.

Pero los ojos del agente expresaban todavía preocupación.

—No se preocupe —le tranquilizó Newman—. Le prometo que me olvidaré de todo, si es que así lo desea.

El agente sonrió de alivio.

—Puede estar seguro de ello —dijo—. Lo olvidaremos.

—Adiós agente —dijo Newman, con leve sonrisa en sus labios, y al cerrar la Puerta tras sí no dudaba de que lo olvidarían.

¡Lo olvidarían por completo!

## Capítulo 25

**F**UE LA CAZA del hombre.

Podrían estar esperando en cualquier lugar, y ahora no habría ya los agentes de Seguridad para protegerle.

Salió de la Central por la puerta trasera, y utilizó sus agudos poderes de percepción para descubrir si le estaban esperando. Durante diez minutos permaneció de pie junto a la puerta, hasta haberse asegurado de que estaba a salvo.

Luego, cuando pasó un taxi a su nivel, le llamó, corrió a través de la calzada, subió a él, y dio la dirección de un buen hotel.

Observó constantemente a través de la ventanilla trasera, cambió de dirección cuatro veces, y cuando finalmente se convenció de que no le seguían, volvió nuevamente a dirigir al conductor a un conocido y popular hotel.

El hotel estaba, por suerte, bastante lleno. Cenó en un comedor atestado, sintiéndose seguro, sabiendo que incluso si habían conseguido seguirle la pista, no se atreverían a emplear la violencia en un local tan concurrido.

Luego, mientras sorbía su café, su dolor de cabeza fue empeorando cada vez más. Era insoportable. El tejido que rodeaba su cerebro se iba rasgando, y el dolor le robaba la fuerza de sus miembros. De repente sintió la necesidad de vomitar, salió a trompicones del comedor, tomó el ascensor hasta su habitación y se arrojó sobre la cama.

Más tarde, cuando las oleadas de dolor se hubieron retirado, se dirigió al cuarto de baño y metió la cabeza bajo el chorro de agua fría. El dolor se había reducido ahora a una punzada persistente, pero soportable. Se aseguró de que la puerta de su dormitorio estaba cerrada con llave, comprobó los cierres de las ventanas, y se arrojó una vez más sobre la cama.

No podía descansar. No podía dormir, ni tan siquiera dormitar. Sabía que tenía que dormir, sabía que tenía que dar descanso a su cerebro. Pero el sueño no quería venir a él, a pesar de que sabía que la falta de sueño le era peligrosa.

Su dolorido cerebro necesitaba descanso. Tenía que dormir, o algo se quebraría en su interior.

Pero ¿cómo puede uno forzarse a dormir?

Hay quienes cuentan corderos. Pero él de una sola mirada sabía cuántos corderos había en el rebaño. No era para él un contar monótono, que indujese el sueño. Para inducirse a dormir necesitaba hacer cálculos astronómicos, matemáticos.

Cerró los ojos y revisó mentalmente una por una las fórmulas matemáticas que había pasado al Cerebro Electrónico aquel mismo día, bajo la mirada vigilante de Ryder.

Las recordó todas, una por una, en todo su detalle, las comprendió, y se fue

sintiendo cada vez más soñoliento.

Pero, de repente, se sentó derecho en la cama, sacudido hasta despertarse completamente, con miedo en el corazón. Una vez más revisó mentalmente una de las fórmulas matemáticas, y sintió que le agarrotaba el horror, y que el sudor humedecía su frente.

Se olvidó del sueño. Se olvidó de Ogden y de su propio peligro. Pasó al cuarto de baño, enjugó con una toalla su frente sudorosa, contempló la pálida cara y los ardientes ojos reflejados en el espejo, y con feroz resolución se precipitó hacia la puerta.

Los agentes de Seguridad le contemplaron con curiosidad cuando bajó del taxi, pagó al conductor, enseñó su tarjeta de empleo, y subió corriendo la escalera del Laboratorio de Investigación Científica de Ryder.

El empleado de la recepción era un Grupo Seis y había oído los inevitables rumores de que Newman había hecho trampa en las pruebas, y que, en consecuencia, estaba bajo la constante vigilancia de los agentes de Seguridad.

Se echó hacia atrás en la silla y se permitió el lujo de ser oficiosamente obstructivo.

—¿Tiene usted permiso para entrevistarse con Ryder? —preguntó con ironía.

Los ojos de Newman abarcaron los suyos.

—Esto es realmente importante —jadeó—. Tengo que ver a Ryder. ¿No comprende? Se juega todo. Tengo que verle. ¡Y pronto!

—Naturalmente —dijo el empleado sonriendo tranquilo—. Es natural que tiene usted que verle. Todos los que quieren ver a Ryder quieren verle para asuntos de gran importancia. Naturalmente, Ryder está a punto de recibir a todos a cualquier hora.

—Suspiró burlonamente, y se encogió de hombros. —Pero es una lata— dijo despacio. —Burocracia, sabe. Usted que quiere ver a Ryder porque es tan importante, y yo que no puedo hacer nada hasta que me haya usted enseñado su permiso de entrada.

Newman respiró hondo, pero se esforzó por permanecer tranquilo. Dijo lenta y claramente:

—Tengo que ver a Ryder. Tengo que verle ahora mismo. Cuando Ryder se entere de lo que tengo que decirle, la burocracia no contará para nada. De modo que si usted no tiene autoridad suficiente, póngame en contacto con un superior que tenga autoridad para concertar una entrevista.

El empleado se echó hacia adelante en su silla, abrió el cajón de su escritorio, con cara de preocupación, rebuscó por su interior, y mientras Newman le observaba con curiosos ojos, sacó un cortaplumas.

Lenta y cuidadosamente, como si todo dependiese de su precisión, el empleado abrió la hoja de su cortaplumas, y comenzó a limpiarse la porquería de sus uñas.

—Muy interesante, señor Newman —dijo—. Muy interesante. Debería usted someter un tratado sobre Burocracia al Administrador. Estoy seguro de que le interesaría mucho saber cómo pretende usted eliminar la burocracia.

Newman pudo apenas reprimir su furia, pero hizo un esfuerzo final.

—Soy un Grupo Doce —dijo— y sé de qué estoy hablando. Hay un error en los cálculos matemáticos de Ryder. Tengo que ponerme en contacto con él antes de que comience experimentos prácticos basados en matemáticas erróneas.

El empleado ni tan sólo levantó los ojos, y continuó arreglándose las uñas.

—Me interesa usted —dijo con indiferencia—. Imagínese usted un hombre del Grupo Doce. ¡Vaya! ¡Qué cerebro debe usted tener!

Era un caso desesperado. Aquel hombre ni tan sólo trataba de ser razonable. Con el extraño pesar que siempre experimentaba, Newman envió su sonda mental a la mente de aquel hombre, y su furia se acrecentó.

El empleado estaba deliberadamente jugando con él. Sabía que Ryder no estaba en el edificio, y la verdad era que no tenía ni idea de dónde estaba. No hacía sino divertirse a costa de Newman.

Newman giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta.

El empleado le miró, se sonrió, y dijo tentadoramente:

—¿Quiere usted que haga pasar un mensaje al señor Ryder?

El paso de Newman ni tan sólo se alteró mientras salía de la oficina, pero su sonda mental de enojo se proyectó hacia afuera, lamiendo ligeramente la mente del empleado, y tocando y ajustando delicados equilibrios mentales.

El empleado siguió observando hasta que la puerta se cerró tras Newman. Entonces, con cuidado y precisión, recogió los papeles que había sobre su escritorio y los metió pulcramente en el cajón. Cuando su escritorio estuvo completamente arreglado, se levantó y se dirigió, sin prisa, pero con determinación hacia el ascensor.

Subió hasta el último piso, donde estaban instaladas las oficinas de los empleados superiores.

Con paso firme, sin prisa, fue pasando oficina tras oficina, sin hacer caso de las sorprendidas miradas y de las protestas de Secretario tras Secretario, hasta que llegó a la última puerta de todas, la cual lucía el nombre del Jefe más importante y más influyente del turno de noche.

Se desprendió de las manos que intentaban detenerle, abrió la puerta, la cerró tras sí de un portazo, y se dirigió hacia el gran escritorio emplazado en el centro de la habitación.

El Jefe importante e influyente le contempló con asombro, con la boca y los ojos abiertos de sorpresa. Sus ojos y su boca se abrieron aún más, cuando con tranquila precisión el empleado barrió documentos del Gobierno, carpetas y despachos de un limpio movimiento de su brazo, haciéndolos caer al suelo.

—Qué...-exclamó el Jefe, sin aliento.

La cara del empleado aparecía tranquila y serena; puso una mano sobre la mesa, volteó con ligereza y se quedó de pie sobre el escritorio, recobrando el equilibrio.

Luego, con la misma serenidad imperturbable, el empleado se clavó los codos en los costados, se aguantó sobre una pierna, y gritó a toda voz: «Estoy loco como una cabra».

La voz del empleado resonó por toda la oficina del Jefe, pareciendo repetir hasta el infinito las palabras.

La sorpresa del Jefe, que se había quedado mudo, solamente fue igualada por la del propio empleado, quien de repente e instantáneamente supo la espantosa e inexplicable cosa que acababa de hacer.

## Capítulo 26

**E**RA TARDE, demasiado tarde para visitas de sociedad. Pero tan pequeño detalle no preocupó a Newman. Oprimió firmemente el timbre de la puerta, esperó impaciente y decidido hasta que fue abierta, y aparecieron las facciones cortésmente indignadas del mayordomo.

—¿El señor Price, el Administrador? —requirió Newman—. Tengo que verle. Es asunto de gran importancia.

—¿Tiene usted cita?

—Le digo que es importante —rechinó Newman.

—Nadie visita al señor Price, si no es por previa cita —dijo con firmeza el mayordomo—. Y además —añadió con reproche—, es muy tarde.

—¿Está en casa el señor Price? —preguntó Newman.

El mayordomo asintió.

—El señor Price está en casa, pero como ya le he dicho antes, no recibe a nadie sin previa cita.

Newman estaba cansado de tantas discusiones y tantas dificultades. Esta vez no vaciló.

De repente el mayordomo se puso a sonreír amablemente, abrió la puerta, y esperó que pasase Newman para cerrarla tras él.

No dijeron ni una palabra. Parecía como si todo hubiese sido cuidadosamente ensayado; el mayordomo iba delante, a lo largo de pasillos, alfombradas escaleras y, finalmente otro pasillo, hasta que se detuvo ante unas puertas firmemente cerradas.

El mayordomo llamó.

La voz del Administrador sonó irritada desde dentro.

—¿Quién es?

—Jenkins, señor.

—¿Qué quiere?

—Es cuestión de cierta importancia, señor. ¿Podría verle un momento, por favor?

Se oyó el ruido de una silla que se desplazaba, y unos instantes más tarde una llave giraba en la cerradura. La puerta se abrió, y al momento de entrar Newman, el Administrador le contempló primeramente a él, y luego a los hombros en retirada del mayordomo.

—Jenkins —dijo con voz dura y severa.

El mayordomo no le oyó.

—Jenkins —aulló.

Los hombros del mayordomo continuaron retirándose con la serenidad y la confianza de un hombre que ejecuta sus deberes bien y con eficiencia.

—Jenkins —aulló el Administrador, y miró impotente, mientras el mayordomo

continuaba avanzando imperturbable y desaparecía tras un recodo del pasillo.

—No se preocupe —dijo Newman con indiferencia—. Puedo salir solo. —Estaba de pie en el centro de la habitación, observando al Administrador con solamente un vestigio de buen humor en sus ojos.

El Administrador hinchó sus carrillos.

—¿Qué significa esto? —preguntó—. ¿Por qué se mete usted de esta manera a estas horas de la noche en mi casa, Newman?

—Tengo que ponerme en contacto con Ryder —dijo Newman—. Es un asunto de la mayor importancia.

—¿Qué quiere usted decir? ¡Un asunto de gran importancia! —rugió el Administrador, pero al mismo tiempo sus ojos se hicieron astutos y cautelosos, pues recordaba que Newman era hombre lo suficientemente hábil para haberse burlado de los ensayos de Grupo.

—Las fórmulas matemáticas sobre las que estábamos trabajando esta mañana. —Explicó rápidamente Newman—. Hay un error fundamental en la teoría matemática básica. Tengo que explicárselo a Ryder antes de que comience a hacer experimentos prácticos. Es un error serio, y en consecuencia Ryder está sobre una pista completamente falsa. Si no le encontramos pronto, quizá inicie una explosión de reacción en cadena que no podrá ser reprimida.

—¿Qué le hizo usted a Jenkins?—preguntó imperativamente el Administrador. —¿Por qué le hizo pasar aquí en contra de mis órdenes?

—Nos ocuparemos de eso más tarde —dijo Newman con cansancio—. Todo lo que necesito saber ahora es dónde puedo encontrar a Ryder. ¿Cómo puedo ponerme en contacto con él?

El Administrador dejó cuidadosamente abierta la puerta de la biblioteca, y pasó al centro de la habitación.

—No puedo probarlo —dijo con enojo—. Pero usted debe de haber hipnotizado a mi mayordomo. Eso equivale a una entrada por la fuerza. De modo que a menos de que me dé una explicación adecuada de su presencia aquí, tendré que llamar a los agentes de Seguridad.

—Haga usted lo que le plazca —rugió Newman—. Pero primeramente dígame dónde puedo encontrar a Ryder. Tengo que entrar en contacto con él antes de que cometa un terrible error.

—Y además, si persiste usted en esa subversiva tontería sobre que el trabajo de investigación de Ryder es erróneo, no tendré más remedio...

Newman dejó escapar un suspiro de exasperación, y no se detuvo ya más. Durante una fracción de segundo el Administrador le contempló como si estuviese congelado, y en seguida Newman se dirigió hacia la puerta sabiendo con certeza el paradero de Ryder.

El Administrador le vio marchar, sintiendo al mismo tiempo algo muy raro en su interior. Por un instante le pareció como si una mano invisible le hubiese sondeado el cerebro, y hubiese extraído un pensamiento.

Frunció el entrecejo, preocupado por la salida inesperada de Newman, se dirigió a su escritorio, y conectó el vizafono.

—Déme la Central de Seguridad —dijo con voz preocupada.

Durante años Ryder había vivido alimentando su sueño de aislar variaciones moleculares por exclusión matemática. Era un hombre que, después de pacientes años de ansioso y enervante trabajo, había descubierto que el premio a que aspiraba estaba al alcance de su mano.

Ryder estaba impaciente por poner sus teorías en práctica, y a Newman no le sorprendió enterarse por el Administrador de que Ryder se había ido a vivir al Centro de Investigación Práctica, a fin de estar a mano en cualquier momento, y en el supremo de todos, cuando el resultado práctico final sería comprobado en su laboratorio.

El Centro de Investigación Práctica estaba en las afueras de la ciudad, y Newman tardó quince minutos en llegar allí, en un taxi conducido por un chófer inspirado por la propina.

Pagó el taxi, y cuando los agentes de Seguridad de servicio le cortaron la entrada y le pidieron su certificado de empleo, metió su mano en el bolsillo y sacó el primer pedazo de papel que encontró.

Durante una fracción de segundo su sonda mental penetró en las mentes de aquéllos, quienes asintieron complacidos y le permitieron entrar en el edificio, convencidos de que era un investigador de elevada graduación.

También aquí el empleado de recepción era un Grupo Seis, pero se trataba de un hombre joven, de inquisitiva mente y que verdaderamente deseaba ayudar. Newman dijo desalentado.

—Quizá ha oído usted hablar de mí. Mi nombre es Newman. Soy un Grupo Doce, y necesito ver inmediatamente a Ryder.

El empleado asintió.

—He leído acerca de usted —dijo—. Pasó las Pruebas de Agrupación en un tiempo récord.

—Necesito ver a Ryder.

—Nadie puede verle sin razón —explicó—. Y tiene que ser una buena razón.

—Tengo una buena razón —dijo Newman con decisión—. Esta mañana estuve trabajando con Ryder en los finales de sus fórmulas matemáticas. —Aspiró profundamente—. Hay un error. Un serio error. Tengo que ver a Ryder antes de que prosiga, basándose en una suposición falsa. Si no se avisa a Ryder a tiempo, el resultado puede ser desastroso.

El empleado deseaba ayudar, pero estaba perplejo.

—No lo comprendo —dijo—. Los resultados fueron comprobados por los Cerebros Electrónicos.

—Los factores básicos estaban equivocados —explicó Newman.

La frente del empleado se arrugó, perpleja.

—Pero todas las etapas del proceso fueron comprobadas por los Cerebros Electrónicos.

—Los Cerebros Electrónicos habían absorbido el error —dijo Newman con impaciencia.

Por vez primera la cara del empleado reflejó una duda.

—Pero se empleó más de un Cerebro.

—Cuatro —confirmó Newman.

—Un Cerebro podría cometer un error. Es incluso concebible que dos Cerebros cometiesen por casualidad el mismo error. Pero no cuatro Cerebros Electrónicos. Sería demasiada coincidencia.

Newman respiró profundamente.

—Es el concepto matemático que está equivocado —explicó—. Se necesitaría un ejército de Cerebros Electrónicos para calcular los fundamentos de] error, de modo que voy a proporcionarle una analogía. Si usted divadiese diez por tres, ¿cuál sería el resultado?

—Tres coma tres, tres, tres, hasta el infinito —dijo prontamente el empleado.

—Eso es un ejemplo evidente de lo que quiero decir —dijo Newman—. Divida diez por tres, y tendremos la respuesta tres coma tres, tres, tres, hasta el infinito. Pero los matemáticos no pueden trabajar con números que se extienden hasta el infinito. De modo que, por comodidad, los matemáticos se han puesto de acuerdo para llamarla tres coma tres, cuatro, o tres coma tres, tres, cuatro.

—Naturalmente —accedió el empleado, arrugando la frente mientras trataba de comprender a dónde iba a parar Newman.

—Ahora procure imaginar lo siguiente —dijo Newman—. Usted construye un Cerebro Electrónico. Ese Cerebro es tan capaz y eficiente como los que lo construyeron, sabe tanto, y solamente tanto, como los que le dieron la capacidad de pensar. Si usted incorpora a tal Cerebro Electrónico la información de que diez dividido por tres es tres coma tres, tres, cuatro, entonces el Cerebro Electrónico no tiene otra alternativa sino considerar eso como un hecho básico.

El empleado comenzaba a percibir vagamente lo que quería decir Newman. Pero sólo vagamente. Asintió dubitativo.

—Y ahora supongamos que en un momento dado —prosiguió Newman—, se pide al Cerebro que resuelva un problema que requiere el empleo de diez dividido por tres hasta el infinito, hasta el puro infinito. El Cerebro Electrónico cometerá el

sencillo error de suponer que tiene que dividir diez por tres con cuatro o cinco decimales.

El empleado frunció el entrecejo.

—Pero no se habrá construido un Cerebro Electrónico con una limitación matemática tan sencilla.

Newman suspiró pacientemente.

—Naturalmente que no —dijo—. Pero puede haber errores fundamentales en conceptos matemáticos que usted no comprendería aunque me pasase una semana explicándoselos. Le he dado una analogía. He tratado de hacerle comprender cómo puede ocurrir un serio error. Pero si hablo a Ryder se lo puedo explicar y hacérselo comprender.

El empleado dudaba aún. Y sin embargo, se daba cuenta de la agitación de Newman y deseaba ayudar.

—Espere un momento —dijo—. Veré a ver si puedo ponerme en contacto con el secretario de Ryder.

El secretario quedó impresionado por la importancia que el empleado de recepción daba a la visita de Newman. El secretario se puso en contacto con el hombre que era secretario de otro secretario más importante. Siguieron una serie de conferencias por el vizafono, las cuales dieron por resultado final que el mismo Ryder fuese llamado al vizafono.

—¡Cómo! —rugió—. ¿Newman aquí? Que lo echen.

—Parece ser urgente —dijo su secretario personal con frialdad.

—Ese hombre está loco —gritó furioso Ryder—. Que lo echen.

—Asegura que se trata de una cuestión de gran importancia. Algo que solamente usted puede comprender.

Unos momentos antes Ryder había conferenciado durante diez minutos con el Administrador. Se había enterado de la visita de Newman a casa del Administrador, y de la actuación por completo inexplicable del mayordomo.

Ryder respiró profundo, y dijo lenta y distintamente:

—Que salga Newman de este edificio. Échenlo. No lo quiero ni a un kilómetro de aquí. Y si no es capaz de comprender una orden cuando la recibe, váyase usted también.

El empleado de recepción, del Grupo Seis, regresó a su escritorio desde la oficina anterior, y sonrió torcidamente a Newman.

—Lo siento —dijo—. Ryder no quiere verle —y bajó la voz confidencialmente—. Entre usted y yo, parece estar enojado con usted por alguna razón u otra.

Newman frunció el entrecejo.

—Apenas conozco a Ryder —dijo—. Esta mañana le vi por vez primera.

El empleado miró rápidamente en derredor de la habitación.

—Creo que debería usted marcharse, Newman —le aconsejó—. Ryder ha dado instrucciones de que no se le permita la entrada al edificio. Creo que en este momento están vitafonizando a los agentes de Seguridad para que le escolten a usted afuera.

Newman le contempló un instante, y luego, dándose cuenta de la imposibilidad de todo, dijo tristemente:

—De todos modos, gracias por tratar de ayudarme. —Y mientras giraba sobre sus talones, los agentes de Seguridad entraban por uno de los corredores.

Newman se desplazó rápidamente, mucho más rápidamente de lo que hubiera parecido posible. Había salido por la puerta mucho antes de que los agentes de Seguridad pudieran verle ni alcanzarle.

Cinco segundos más tarde, cuando el eco de las botas de los agentes de Seguridad se había desvanecido, dejando al empleado de recepción encorvado culpablemente sobre su mostrador, se abrió la puerta.

El empleado de recepción no se dio cuenta de la presencia del hombre, ni de su aguda mirada, pero se agitó levemente, levantó la vista y miró en derredor suyo, como si esperase ver a alguien.

Pero eso fue después que el hombre alto y bien conformado había salido tan silenciosamente como había entrado.

## Capítulo 27

### COMUNICADO

*Newman hace esfuerzos desesperados para enfrentarse con Ryder. Ha comunicado abiertamente a empleado de Ryder su intención de convencer a Ryder de que altere su fórmula.*

*Debe evitarse a toda costa que Newman entre en contacto con Ryder. Informe y explique si hay dificultades.*

*Esperamos nueva información sobre Newman y Ryder. Informan Newman hace esfuerzos desesperados para encontrarse con Ryder el diez junio 1975. Firmado: Presidente Mundial.*

*Gravemente dificultado por necesidad de no interferir con causa y efecto. Precaución extrema limita nuestros movimientos. No pueden exhibirse paralizadores en ciudades siglo xx.*

*Carecemos nueva información sobre Newman. Referencias del día impresas papel abultado, pesadas e incómodas para extraerlas archivos. 1975 es punto crucial en determinación futuro. Esfuerzos Newman por entrevistarse con Ryder parecen indicar conocimiento de tal punto. Imposible expresar palabras gravísima opinión este Departamento acerca posibilidad de que Newman obstruya planes de Ryder. Firmado: Jefe Departamento Investigación Histórica.*

*Tiene poderes discrecionales totales. Utilícelos y arriéguese. En último recurso mate Newman. ¡A toda costa evite Newman entreviste Ryder!*

*Firmado: Presidente Mundial.*

## Capítulo 28

NEWMAN CONSIGUIÓ EVADIR a los agentes de Seguridad. Ahora podía sentir sus mentes, que se alejaban mientras él regresaba nuevamente al Centro de Investigación Práctica.

Las paredes eran altas, y las ventanas más cercanas bastante por encima de su cabeza y provistas de alarmas electrónicas que avisarían por todo el edificio cualquier intento de entrada ilegal.

En algún punto de aquel edificio estaba Ryder. En algún punto de aquel edificio estaba el único hombre que podía evitar el desastre que se cernía más cercano a cada momento. De un modo u otro, cualquiera que fuese el costo, tenía que entrar en contacto con Ryder y hacerle comprender el peligro en que estaba sumiendo al mundo.

Newman sintió más bien que oyó el murmullo de las huellas del automóvil que se detuvo junto al bordillo, detrás de él. Se volvió, dirigió una mirada sorprendida a los ocupantes del auto, y comenzó a correr alocadamente.

Oyó cómo se cerraba la puerta del auto, oyó el ruido de pies que corrían tras él, y aceleró su marcha.

Enfrente de él había una carretera muy concurrida. Sabía que si conseguía mantenerse enfrente de los otros, y mezclarse con la muchedumbre, Ogden no se atrevería a meterse con él.

Newman no se arriesgó. Corrió como un loco atrayendo deliberadamente la atención sobre sí mismo, y llegó a mezclarse con la muchedumbre antes de detenerse y volverse para sonreír a sus perseguidores.

Pero éstos no vacilaron. Se dirigieron directamente hacia él, y sus manos extendidas le sujetaron los brazos inmovilizándole con acerada presa.

Un momento más tarde le hacían caminar entre ellos, y su automóvil daba la vuelta en la carretera, dirigiéndose al grupo.

El pánico le dominó, y echando hacia atrás la cabeza gritó pidiendo auxilio.

Las caras asombradas de las gentes que les rodeaban expresaron súbita alarma. Un hombre de anchas espaldas se plantó en la acera directamente enfrente de ellos, y preguntó:

—¿Qué ocurre, Mac? ¿Está en dificultades?

—Ayúdenme —jadeó Newman—. Estos individuos me están raptando. ¡Ayúdenme, por amor de Dios!

El hombre de las anchas espaldas hizo una señal a dos compañeros de espaldas igualmente anchas, y dijo con cierta satisfacción en la voz:

—Vamos, muchachos. Este hombre necesita ayuda.

Ogden no esperó a que se le acercase el peligro, sino que fue a su encuentro. Se

dirigió rápidamente hacia el hombre de anchas espaldas y sus muy desarrollados reflejos le permitieron actuar tan velozmente que ninguno de los asombrados presentes se dio cuenta de lo que ocurría hasta que el hombre de las anchas espaldas rodó por el suelo. Para entonces, Ogden había vuelto a desplazarse como una mancha en movimiento, y los dos otros hombres vacilaron retrocediendo, derribados como muñecos.

Todo sucedía con tal rapidez, que parecía haber sido ensayado una docena de veces. Los presentes lo contemplaban estúpidamente con la boca abierta, cuando el auto se aproximó silenciosamente, se paró y Ogden subió instalándose tras el volante. La puerta trasera del auto se abrió, y Newman que protestaba y forcejeaba desesperadamente, fue izado hacia adentro, mientras los testigos seguían contemplándolo todo con gran perplejidad, incapaces de comprender que todo aquello estaba sucediendo bajo sus propios ojos.

No tenía escapatoria posible. Sus brazos estaban sujetos con acerada presa, y unos dedos sutiles oprimían los delicados centros nerviosos vitales, privando sus miembros de la capacidad de movimiento.

Ogden puso el auto en marcha, y Mary miró a Newman por encima del hombro, con ojos tristes y pensativos.

Nash dijo quedamente:

—Hay cuarenta y siete personas que lo han visto.

—Yo me concentraré al salir de aquí —dijo Ogden—. Tomad un tercio cada uno, y haced raspaduras mentales.

Newman sabía que no había esperanza. Por la razón que fuese no estaban ya obligados a guardar el secreto de su captura. Sus muy desarrollados poderes eran demasiado para que él pudiese luchar solo, y lo único que le quedaba era esperar y conocer su siniestro propósito.

Ogden conducía espléndidamente, mientras que Mary y los dos hombres que flanqueaban a Newman cerraban los ojos y se concentraban.

Nash fue el primero en terminar, y dijo casi con desprecio:

—Con esa gente se podría hacer cualquier cosa.

Ahora Ogden conducía rápidamente. Y dijo con una nota de curiosidad en su voz:

—¿Quién se ocupó de los hombres a quienes tuve que golpear?

—Fui yo —dijo Richards riéndose en voz baja—. Uno cree que tropezó, el segundo se figura que se desmayó, y el tercero supone que perdió el equilibrio al tratar de evitar que su compañero se rompiera la cabeza sobre la calzada.

—¿Adónde me llevan? —preguntó Newman con desesperación en su voz.

—No se preocupe —dijo Ogden—. No tiene por qué preocuparse por nada. Eso es lo mejor que podía haberle sucedido.

Mary volvió nuevamente sus ojos hacia Newman. Ojos azules que estaban tristes

y eran sinceros.

—Es cierto —le aseguró—. Es lo mejor que podía sucederte. Créeme. ¡Lo sé!

—Bueno —dijo Newman entre dientes—. Hagan lo que quieran conmigo. Tortúrenme, mátenme, o háganme pedazos. Pero concédanme cinco minutos primero. Quédense conmigo todo el tiempo, pero denme esos cinco minutos.

—¿Cinco minutos para hacer qué? —preguntó Ogden.

—Tengo que ver a Ryder —dijo con desesperación—. Si no veo a Ryder y le advierto, hará saltar el mundo en pedazos.

Sintió su repentina rigidez. Nash dijo quedamente:

—Ésta es la razón por la cual está usted aquí. No tiene que interferir con Ryder.

La frustración era tan amarga que le hizo querer retorcerse. De un modo u otro era necesario que les hiciese comprender.

—Escuchen —jadeó ferozmente—. Ustedes son hombres inteligentes. Tienen la capacidad de comprenderlo por sí mismos. Ryder ha cometido un error fundamental en sus cálculos. Se le tiene que hacer presente para que pueda ajustar su fórmula.

Ogden dijo con determinación:

—Usted no va a entrar en contacto. Nadie va a entrar en contacto con Ryder. Queremos que siga adelante y que complete su trabajo.

—Entonces llévenme al Centro del Laboratorio de Investigación —exclamó Newman—. Pasen diez minutos conmigo revisando las fórmulas matemáticas sobre las cuales ha estado trabajando Ryder. Tienen la inteligencia necesaria para verlo por sí mismos. No tienen sino que concentrarse un rato y todos verán claramente dónde se ha equivocado Ryder.

—Lo siento —dijo Ogden firmemente.

Newman miró a Mary.

—¿No puedes convencerles? —suplicó—. Haced lo que queráis conmigo, pero primero comprobad aquellas fórmulas.

Ogden dijo pacientemente, como si estuviese tratando con un niño pesado:

—No hay nada a hacer, Newman. Ha sido lo bastante difícil echarle mano. No vamos a empezar a jugar y arriesgarnos a que se nos escape.

Había resolución en las palabras de Ogden. Una resolución absoluta.

Ya no quedaba esperanza. No se podía hacer nada para evitar el desastre. Newman se hundió en el asiento y abandonó toda esperanza.

Y entonces le hirió de nuevo; un haz de dolor que le partía el cerebro, de modo tal que el impacto y el dolor agónico le hicieron alzarse en el asiento, a pesar del peso conjunto de Nash y de Richards.

Aquel espasmo de dolor pasó en pocos minutos, pero le dejó pálido, tembloroso y débil.

Ogden dijo, con una nota de simpatía en su voz:

—Ciertamente está sufriendo. Yo mismo he percibido una bocanada de dolor.

## Capítulo 29

**L**A HABITACIÓN ERA GRANDE y estaba brillantemente iluminada, las ventanas selladas y las persianas cerradas. No había muebles, excepto la larga y sencilla mesa sobre la cual yacía.

Y solamente otra vez más envió un impulso regulador de su cerebro a su cuerpo, y conoció la amargura de su derrota total.

Eso era lo peor de todo, la inmovilización de su cuerpo y la pérdida de toda sensación, de modo que pudiera haber sido una cabeza decapitada.

Había sucedido en el automóvil, antes de que se detuvieran al exterior de la casa. El pinchazo agudo de una aguja, un segundo de rigidez mientras todos los músculos y todos los nervios de su cuerpo aullaban su protesta, y luego la pérdida instantánea de toda sensación.

Su cabeza y su cuello era todo lo que todavía le pertenecía. Su cabeza podía moverse, y su cuello sentía la fricción de la camisa. Pero por debajo de su cuello carecía de existencia, era como una cabeza cortada pero viviente, equilibrada sobre el filo de un cuchillo.

No les había sido difícil entrarlo en la casa. Sus músculos eran de acero, y mientras lo sujetaban ligeramente, unos dedos acerados que no podía ver ni sentir sondaban su carne, presionando y estirando centros nerviosos, de modo que cuando miraba hacia abajo veía que sus piernas se movían con las de los otros, en una parodia del caminar, ejecutando las acciones y subiendo las escaleras, si bien a veces parecía que sus pies no tocaban el suelo. Una vez en el interior de la casa, todo había sido diferente. Richards y Nash le habían llevado a aquella habitación, extendiéndole sobre la mesa. «Cuánto tiempo había estado allí», se preguntaba. Parecían horas, pero podían haber sido minutos.

Levantó la cabeza. Era difícil porque solamente podía dominar los músculos de su cuello, y necesitaba toda su fuerza para levantar la cabeza unos cuantos centímetros por encima de la mesa.

Podía ver a lo largo de su cuerpo, sus brazos y sus piernas extendidas, nacidas y deshuesadas.

El esfuerzo le hizo sudar cuando forzó la vista, mirando lentamente alrededor de la habitación, con la vana esperanza de ver algo que le diese esperanzas.

No había nada. Solamente la lisa pared pintada al temple, que le contemplaba.

Débil con la desesperanza de todo, dejó que la cabeza cayese nuevamente sobre la mesa, oyó el leve ruido que su cráneo hizo al chocar con la madera, sintió el leve impacto de dolor y de irritación, mientras el sudor corría por su frente.

Automáticamente alzó una mano para enjugar las gotas de sudor, y se estremeció internamente al no hallar respuesta. Fue entonces cuando conoció la desesperación

avasalladora.

La gota de sudor se arrastraba lentamente. La irritación que le producía era diez veces mayor porque no podía hacer nada para aliviarse.

La gota de sudor se adhería enloquecedoramente vibrando a su piel, y el área de irritación, al extenderse lenta y constantemente, hacía que sus nervios se contrajesen y saltasen violentamente.

¡Qué agonía! ¡Qué dolor quebrantador de los nervios!

Con gran esfuerzo, tensando violentamente los músculos en su cuello, volvió la cabeza hacia un lado.

Aquel movimiento hizo que la gota de sudor se canalizase rápidamente a lo largo de su sien y se detuviese sobre su mejilla. Su mejilla era diez veces más sensible que su sien, y el área de irritación irradiaba hacia afuera, de modo que una y otra vez crispó la boca, sufriendo silenciosa agonía.

Yacía con la cabeza hacia la puerta, porque no oyó como se abría. Oyó el suave movimiento de la muchacha, el dulce susurro de su falda, y ya estaban mirándole, sus ojos azules tristes y ansiosos por su suerte.

—¿Estás bien? —dijo.

Los músculos de sus mejillas se contrajeron, y sus dientes rechinaron, mientras la contemplaba con desprecio en los ojos. La irritación era enloquecedora, y de nuevo se contrajo el músculo de su mejilla.

La muchacha se inclinó rápidamente sobre él.

—Lo siento —dijo sinceramente—. No creía...

El olor sutil e íntimo de la chica estaba prendido de su fino pañuelo. La fragancia le atormentó los sentidos cuando enjugó suavemente su cara, calmándole aquella irritación enervante. Pero él seguía mirándola con odio y frustración. Los despiertos ojos azules de la chica estaban extrañamente húmedos. Y dijo con aquella voz musical, que aún ahora, le recordaba amargamente sus primeros momentos de placer con ella:

—Dime si hay algo que necesites.

Volvió hacia un lado su cara, no queriendo ver la dulce de ella, porque el dolor de los recuerdos se hizo repentinamente amargo. La fragancia de la muchacha estaba prisionera en su pañuelo; la música de su voz, y la suavidad de sus ojos azules, todo ello le recordaba las horas pasadas, tan diferentes de sus breves momentos de ilusionada felicidad.

—Yo tampoco quería que sucediese esto —dijo ella, y el tono de tristeza de su voz le afectó tanto que quiso llorar de dolor, con pesar y desesperanza.

—¿Puedes hablar, verdad? —preguntó melancólicamente.

Harold mantenía su cara apartada de ella, contemplando la pared con los labios herméticamente cerrados.

—Lo siento tanto todo —dijo con voz entrecortada.

Harold volvió su cara hacia ella y la contempló con ojos duros.

—¿Qué es lo que sientes? —preguntó brutalmente.

Había mucho en los ojos de la chica que Harold no había visto nunca antes.

—Lo siento porque, porque...-Era como si estuviese repentinamente censurando sus ojos y sus palabras. Sus ojos se velaron, su cabeza se irguió imperceptiblemente, y su voz perdió casi su tono emocionado.

—Siento que hayamos tardado tanto —dijo—. Siento que hayas tenido que esperar así.

—¿Quién eres? —preguntó—. ¿Quiénes son esos hombres que están contigo? ¿Qué va a sucederme?

Los ojos de la muchacha miraron por encima de la cabeza de Harold hacia la puerta, y luego le miraron a él.

—Ésas son cosas que no debes saber. Harold comprendió la finalidad de su voz, y que era inútil suplicar.

—¿Cuánto tiempo he estado aquí?

—Solamente un corto rato —dijo ella—. Solamente un rato. Ya no hay que esperar mucho.

Harold pudo sentir cómo la muchacha se dominaba, tensando las riendas de sus emociones y de sus pensamientos.

—Mi cuerpo —dijo él, su garganta seca—. ¿Qué le pasará a mi cuerpo? ¿Volverá a la vida?

Ella le contempló largo rato, como si estuviese debatiendo internamente cuánto debía decirle.

—La sensación volverá a tu cuerpo, si decidimos que vuelva —dijo—. No se había comprometido, y ni siquiera estaba dispuesta a proporcionarle el más mínimo indicio de lo que iba a ocurrirle.

Oleadas de enojada amargura le inundaron. Todo ello era tan injusto y tan sin razón. No había hecho daño a nadie. Había tratado de hacer el bien con sus nuevos poderes. Había hecho todo lo posible para evitar que Ryder cometiese un terrible desatino, cuando podía, en lugar de ello, haberse ocupado de su seguridad personal.

—¡Por favor! —jadeó—. ¿No eres humana? ¿No puedes decirme lo que van a hacer conmigo? ¿No me puedes decir de qué se trata? ¿No comprendes la agonía que sufro, al no saber lo que va a sucederme?

En los ojos de ella se percibía el dolor.

—Es mejor que no lo sepas —murmuró—. Hasta eso puedo decirte. Es mejor que no lo sepas.

—¿Cuánto tiempo me queda? —jadeó—. ¿Cuánto tiempo antes de lo que vayáis a hacer?

—Solamente unos cuantos minutos —contestó la muchacha.

Harold respiró profundamente, proyectó una sonda mental para calmar su pánico interior. Y repentinamente se sintió poseído de extraño sosiego.

—No temas por mí, Mary. —Dijo quedamente—. Quiero saber lo que va a sucederme. Incluso si crees que es mejor que no lo sepa, tú no puedes juzgarlo. Dime lo que vais a hacer.

Los ojos azules estaban perdiendo, sin querer, la fuerza de resistencia.

—¿Es eso lo que verdaderamente quieres? —preguntó la muchacha con voz apagada—. ¿Quieres realmente saberlo?

—Todos los hombres quieren saber su destino, y tratar de encontrar la razón —le dijo.

La muchacha se inclinó sobre él, acercando la cara, y con decididos ojos.

—Si es lo que realmente quieres —susurró—, lo haré por ti.

—Hay otras cosas que deseo aún más —le dijo Harold amargamente—, pero esas cosas no me las concederás.

—No puedo decírtelo con palabras —dijo la chica—. Tendrás que abrir tu mente y dejarme entrar.

Los ojos y la voz de Harold expresaron desprecio.

—Confíe en ti una vez —dijo amargamente, y el recuerdo de cuando ella se arrojó sobre él en la escalera, el latido salvaje de su sangre, y su deseo desbocado, le producía una sensación agónica—. ¿Crees que me volveré a fiar de ti jamás?

Lució la vergüenza en los ojos azules de la muchacha, como si no pudiese soportar la amargura en los de él.

—Tienes que confiar en mí —murmuró ella—. Estoy dispuesta a hacer lo que quieres, pero tienes que confiar en mí.

—Otro ardid —dijo con rabia Harold—. Persuadirme para que abra mi mente, sondear en su interior, y llamar a tus amigos para que esté a la merced de vosotros cuatro.

—Por favor, créeme —dijo con sinceridad—. Ahora soy sincera. Te estoy diciendo la verdad.

—Tonterías —dijo con rabia—. Mentiras. —Y se asombró de sí mismo, de su propia presencia de ánimo, ahora que yacía allí, a la merced de sus raptores.

—Confía en mí —dijo ella suplicante—. ¿No vas a confiar en mí?

—¿Hasta qué punto confías tú en mí? —preguntó él intencionadamente.

La chica le contempló largo rato. Y finalmente dijo suavemente:

—Abriré mi mente, si tú abres la tuya. Tú estarás en el interior de mi mente, al mismo tiempo que yo estaré en el interior de la tuya. Estoy preparada a confiar en ti. Accedo a confiar en que conozcas; en que te enteres de más de lo que he acordado decirte.

Harold proyectó una sonda, tocó ligeramente la pantalla mental que la muchacha había corrido sobre su mente. Mary sintió su movimiento, y casi inmediatamente Harold la sintió a ella que planeaba, tocando delicadamente su pantalla mental.

—Estoy dispuesta a abrirme a ti —musitó, con los labios entreabiertos—. No debería hacerlo porque hay tanto que está en juego. Pero estoy dispuesta a confiar en ti. ¿Puedo fiarme de ti?

Harold la contempló largo rato, profundamente en los ojos.

—Puedes fiarte de mí —dijo, y realmente lo decía de veras.

La pantalla que cubría la mente de Mary se alzó casi imperceptiblemente, e inmediatamente la sonda mental de Harold la penetró como una cuña, forzándola hasta abrirla. Y en el mismo momento él aflojó su propia pantalla mental, y sintió que la sonda mental de ella se insertaba delicadamente. Se detenía en el umbral de sus pensamientos, pudiendo entrar en ellos, pero sin llegar a hacerlo.

—Estoy abierta para ti —pensó ella—. Aprende lo que quieras de mí. No resistiré porque confío en ti.

La sonda mental de Harold parpadeó sobre la estructura neural de la muchacha, vio lo que iba a sucederle, y comprendió por qué era mejor que no lo supiese.

Yacía inmóvil sobre la mesa, con vida solamente en sus ojos y su cara. Entraron los tres hombres y se quedaron de pie junto a la mesa, contemplándole. Entonces Ogden rebuscó por la cartera de plástico que llevaba, sacó una pequeña jeringa hipodérmica, la clavó profundamente en el cuello de Newman, y oprimió el émbolo.

Al entretenerse en la mente de la muchacha, al leer sus pensamientos y conocer el destino que le aguardaba, Newman pudo contemplarse a sí mismo, tal como ella podía contemplarle.

Y vio como su propia cara se alteraba, sus mejillas se hicieron flácidas y sus ojos se fundieron. Y todo él yacía allí, inerte y aparentemente sin vida.

Entonces los tres hombres se pusieron a trabajar rápidamente. No sintió dolor cuando le cortaron con pequeños y agudos escalpelos, describiendo un círculo alrededor de sus sienes, y arrollaron el cuero cabelludo, dejando al descubierto el hueso.

Pequeños taladros operaban con una fuerza que no podía adivinar. Cortaron limpiamente a través del hueso, sacaron un segmento blanco de su cráneo, y descubrieron el área caliente, gris y pulsante de su desnudo cerebro.

Se agruparon a su alrededor con instrumentos quirúrgicos delicados, de los cuales no tenía conocimiento, ni comprendía, brillando en sus manos. Cortaron y sondaron, más y más profundamente, el acero en dirección del núcleo que era su cerebro.

Harold no sabía lo que estaban haciendo, y no podía comprender su objeto. Y de repente, a través de los pensamientos de ella, se encontró nuevamente en el interior de sí mismo. Los cuchillos cortaban y separaban sin dolor, eficientemente. Pero

aunque no experimentaba dolor, supo lo que le estaba ocurriendo.

Primeramente fue su muy desarrollado sentido del olfato, aquella percepción tan desarrollada que le permitía percibir la proximidad y la fragancia de ella. ¡Zas!, saltó un nervio, y su percepción se embotó, capaz de apreciar solamente los olores más fuertes, el áspero aroma de las flores, o la acritud de los excrementos.

¡Zas!, saltó otro nervio y la sordera se cerró sobre él. El sonido dejó de existir, salvo por un único tono. Incluso la voz de Mary, que tanto le deleitaba oír, se hizo desafinada y limitada a unas cuantas notas. ¡Zas!, continuó el despiadado cuchillo quirúrgico, y se quebró otro nervio, sus reflejos se retardaron instantáneamente, desapareciendo la gracia, la rapidez y la poesía de su movimiento, dejándole solamente las lentas y pesadas reacciones del hombre medio.

Los despiadados cuchillos cortaron nuevamente, se partió otro nervio, y el vasto mundo de concepción matemática que conocía y comprendía se redujo instantáneamente a sencillos logaritmos que le eran difíciles de comprender.

Nuevamente entró en acción el cuchillo quirúrgico, y su mundo quedó instantáneamente restringido a su pequeño y aislado cerebro, donde el pensamiento mental era limado, y el alcanzar otras mentes una posibilidad ni tan sólo soñada.

Zas, zas, zas, y a cada cuchillazo se sentía despojado de sus nuevas cualidades. Fueron cortando pequeños nervios hasta que solamente quedó uno, pensó la muchacha.

Zas, saltó el último nervio, y con él desaparecieron todos los últimos recuerdos de sus recientemente adquiridas facultades. Harold Newman era nuevamente un Grupo Cinco, despojado de sus extraordinarias habilidades.

, pensó la muchacha para él, quien obedientemente retiró su sonda mental, sintió que la pantalla mental de la muchacha se cerraba herméticamente de la misma manera que él había cerrado la suya en el mismo instante en que la chica retiró su sonda.

Siguió yaciendo y contemplando los ojos azules, y una vez más el sudor humedeció su frente.

—Ya te advertí que era mejor no saberlo —dijo la chica, con tristeza en los ojos; y nuevamente su delicado pañuelo con su tentadora fragancia enjugó la frente de Harold.

Se sintió mareado. Haber experimentado y sabido tanto, y ser nuevamente lanzado a la obscuridad de la ignorancia era una sentencia de muerte viviente.

—El olvido es tu única compensación —le dijo Mary—. Ampárate en ese pensamiento. Después será como si nunca hubiese sucedido. No tendrás recuerdos de lo que ahora sabes, y no habrá nada que lamentar. —Su voz parecía ligeramente quebrada—. Tendrás a Sally, y será nuevamente todo para ti.

Pareció como si Harold se ahogase cuando la miró con desesperación.

—¿Por qué? —suplicó—. ¿Por qué, por qué, por qué?

—Lo siento —dijo Mary sinceramente, y brillaron las lágrimas en sus ojos.

—Tienes que ayudarme —jadeó Harold—, tienes que ayudarme. Ryder. Hay que detenerle. ¿No lo comprendes? ¡!

—Por favor —suplicó ella—. No me dificultes aún más las cosas.

—Pero Ryder...-jadeó. —No compren...

Un haz inmenso, brillantísimo, abrasó su cerebro como el fogonazo cegador de una explosión de magnesio. El dolor agónico destructor, tajante, desgarrador, diabólico, le hendió la cabeza de tal forma que aulló estremecedoramente.

El mundo se convirtió en cien millones de fragmentos resplandecientes de cegadora luz, y pudo contarlos todos y cada uno de ellos mientras se deslizaban a través de la bóveda de la inexistencia.

Y entonces, repentinamente. Repentinamente se sintió vivo. Repentinamente.

Contempló los ojos azules de Mary, oyó como la puerta se abría tras él, percibió que los tres hombres se movían junto a él, y se quedaban de pie contemplándole.

Las lágrimas de Mary se deslizaban ahora por sus mejillas sin que ella se avergonzase.

—Hacedlo de prisa —les instó—. Está sufriendo. No le dejéis que sufra más. Por favor, no dejéis que sufra más.

## Capítulo 30

### COMUNICADO

*Hemos descubierto nueva información sobre Newman. A pesar de vigilancia constante de agentes de Seguridad por supuestas prácticas fraudulentas en pruebas de Agrupación, Newman evadió los agentes que le seguían.*

*Newman desapareció 10 junio 1975, mismo día que Ryder demostró matemáticamente su teoría. Búsqueda de Newman continuó muchos meses sin éxito. No se volvió a oír hablar nunca más de Newman.*

*Sin embargo, se comprobó un hecho extraño. Newman desapareció sin dejar ninguna señal excepto por un traje que le hubiese sentado perfectamente, el cual fue más tarde descubierto: los bolsillos contenían certificados, documentos y formularios inscripción, indicando traje, pertenecía a Newman.*

*Aquella ropa fue descubierta en Centro Investigación Práctica. Fue hallada en el suelo del despacho particular de Ryder.*

*Repetimos: fue hallada en el suelo del despacho particular de Ryder.  
Firmado: Director de Investigación Histórica.*

*Archivos históricos indican Newman desapareció sin dejar señal el mismo día que Ryder confirmó su investigación teórica. Otros datos indican Newman estableció contacto con Ryder.*

*No interferir causa y efecto. Vigilar a Newman. Descubrir razón de su desaparición. Permitirle visitar oficina Ryder bajo estricta vigilancia. Firmado: Presidente Mundial.*

*Ogden y tres ayudantes no han regresado durante las últimas cuatro horas. Tienen máquina Tiempo y es imposible comunicar su último despacho.*

*Firmado: Oficial de Seguridad, Neal.*

\* \* \*

***Despacho urgente.  
Prioridad máxima***

*Ogden deberá comunicarse conmigo inmediatamente regrese.*

*Firmado: Presidente Mundial.*

\* \* \*

*Despacho urgente.*

*Prioridad máxima.*

*Adviértase a todos los hombres clave estén preparados afrontar emergencia categoría uno. Se Desconoce la verdadera naturaleza de la emergencia.*

*Existen razones creer giro importante en la Historia puede ser afectado violentamente. Si Historia fuese así alterada deberemos esperar repercusiones violentas que afectarán nuestra existencia.*

*¡Estén preparados a todo!*

*Firmado: Presidente Mundial.*

## Capítulo 31

UN INSTANTE DE NEGRURA, y luego..., como nunca la había conocido. Una Existencia amplia, omnisciente, que abarcaba todos los conocimientos.

Un momento de cegadora agonía, y al instante siguiente una y una, como si la se hubiese liberado de una prisión.

Les contempló, mientras se movían por encima de él, vio los ojos azules de ella, y las lágrimas que brillaban en sus mejillas. Vio las facciones burdas y pesadas de los hombres, y supo instantáneamente todo lo que había en sus sencillas mentes.

El pensamiento era instantáneo. Lo sabía todo al mismo tiempo, en la misma fracción de segundo. Sabía exactamente cuántas moléculas vibraban en la mesa sobre la que yacía, y podía absorber mentalmente la energía eléctrica que unía aquellas moléculas. Supo quiénes eran aquellas cuatro personas y de donde venían, y supo que Ryder estaba a punto de destruir el mundo.

Miró a Mary, y se preguntó cómo podía haberla encontrado atractiva. Su inteligencia era escasa, sus emociones baratas y primitivas, su piel, de grano áspero y su figura carecía de estética. Los brutos que eran sus compañeros, eran lentos, de inteligencia embotada, y olían mal.

Ryder era la persona importante. Ryder, que estaba infernalmente dispuesto a destruir el mundo, satisfecho en su pequeñez con su errónea convicción de que era su salvador.

Tenía que llegar rápidamente a Ryder.

La droga que le habían inyectado en el cuerpo, entumeciéndole y robándole su fuerza, estaba localizada en el área de la glándula pituitaria.

Instantáneamente supo donde estaba localizada la droga, lo que era, cómo operaba, su fuerza y sus puntos débiles.

Y al instante siguiente su mente había apresado la droga, anulado sus efectos, ajustado su estructura molecular, y la había absorbido en su cuerpo en forma de sustancia de desecho.

Su cuerpo era nuevamente fuerte, cargado de sensación, pero al mismo tiempo un cuerpo decepcionante, una cáscara, un vehículo totalmente inadecuado para conducirlo de un lugar a otro, inepto, y tristemente deficiente en muchos aspectos.

—No le dejéis sufrir —sollozó la muchacha—. Hacedlo ya. Hacedlo rápidamente. No le dejéis que siga sufriendo.

La cara embotada y estúpida de Ogden reflejó sus lentos procesos reflexivos al desplazarse lentamente a la cabecera de la mesa, y rebuscar torpemente en un envoltorio plástico, tratando de encontrar una jeringa hipodérmica.

Y en aquel momento fue cuando Newman entró en acción.

Penetró instantáneamente en sus delgadas corazas mentales, helándolos alrededor

de la mesa, sus músculos tensos, sus ojos vidriosos, e incluso con la sangre detenida en su pulsante camino a través de las venas.

Harold Newman se irguió, echó las piernas hacia afuera, se estiró, ensayando la fuerza de su cuerpo, dándose cuenta de sus debilidades y de los numerosos y desgraciados puntos flacos de su construcción.

Durante unos cuantos segundos movió los brazos y tensó sus músculos. Y luego, sin ni siquiera mirar a las cuatro figuras heladas que quedaban tras él, se dirigió hacia la puerta y se precipitó escaleras abajo hasta salir a la calle.

Mientras llamaba a un taxi y dirigía al conductor al Centro de Investigación Práctica, la vida retornó a las cuatro figuras inmóviles del cuarto superior.

La vida, volvió instantáneamente. Contemplaron las tablas desnudas de la mesa sin barnizar con asombrada consternación en sus ojos.

—Se... se...-dijo Mary tragando saliva.

—Ha desaparecido —exclamó Nash ahogándose.

Ogden echó una mirada incrédula alrededor de la habitación.

—No pudo suceder —dijo con incredulidad en la voz—. Desaparecer así. No pudo suceder. Desaparecer bajo nuestros ojos.

Nash se inclinó rápidamente e inspeccionó debajo de la mesa. Se incorporó nuevamente con palidez en el rostro y asombro en los ojos.

—La gente no puede desaparecer cuando quiere. Es contra todas las leyes naturales.

—Yo no le perdía de vista —murmuró Mary—. Desapareció sin más. —Hizo chasquear sus dedos—. Así. Como un relámpago.

\* \* \*

*Cinco mil cuatrocientas treinta y siete personas trabajaban en el turno de noche en el Centro de Investigación Práctica.*

De pie en la obscuridad, junto a la pared exterior del edificio, Newman supo instantáneamente los pensamientos de cada uno de ellos con la misma certidumbre con que sabía que tenía cinco dedos en su mano izquierda.

Ryder estaba en aquel momento en su oficina particular del piso séptimo, estudiando ansiosamente las instrucciones finales que estaba a punto de transmitir a los Científicos Prácticos.

Newman sabía lo peligrosas que las actividades de Ogden habían sido durante los últimos días. Solamente por un pelo, y por una suerte asombrosa, había Ogden evitado perturbar el fino equilibrio entre la causa y el efecto, y trastornar la línea del

futuro.

Había algunos riesgos que Newman no se atrevía a tomar. Un asalto frontal al edificio, y una entrada forzosa a la oficina de Ryder, con todo y ser fácil para un hombre con su poder para dominar mentes, estaría llena de peligros.

Se detuvo unos segundos pensando en la mejor manera de establecer contacto personal con Ryder. Quedó sumido en profunda reflexión. Luego aspiró profundamente y concentró todo el poder de su mente en sus cuerpos y en sus vestidos. Su cuerpo y sus vestidos estaban formados por moléculas, pequeñas partículas giratorias de materia, las cuales, a su vez, podían ser divididas en átomos.

Cada átomo era una partícula microscópica de materia compuesta de cargas eléctricas, electrones protones y neutrones, donde los electrones giraban alrededor de los neutrones de la misma manera que los planetas giran alrededor del sol.

Newman se concentró hasta que tuvo conciencia de cada uno de los electrones protones y neutrones de su cuerpo y de su ropa. En cada instante sabía exactamente la posición de cada uno de aquellos millones de elementos y los conocía a todos individual y precisamente. Del mismo modo conocía la pared de ladrillo enfrente de la cual se hallaba, tenía conciencia de todos sus millones de millones de partículas giratorias que daban a la pared su apariencia de solidez.

Era un ardid. Necesitó unos cuantos segundos para dominarlo, pero entraba de sobras dentro de sus posibilidades. Tentando extendió un dedo y lo introdujo lentamente en la pared de ladrillo.

Su completa consciencia de los electrones y protones y neutrones giratorios de su dedo era tan total como su conocimiento de los de la pared. Su mente era fuerte y dominadora, y ejercía una influencia directriz sobre las alocadas partículas rotatorias. Las partículas de materia que constituían la pared se encontraron con las de su dedo. Pero su rápido y director cerebro, guiaba influía y mezclaba, conociendo un millón de combinaciones en el mismo instante, filtrando hábilmente las pequeñas partículas de la pared a través de las minúsculas partículas que constituían su carne.

Cuando su dedo se hubo mezclado con la pared hasta la muñeca, dominaba ya el ardid, y no dudó más. Su mano, su brazo y su cuerpo siguieron con facilidad, mientras se concentraba en evitar que los electrones protones y neutrones de la pared de ladrillo chocasen con los de su cuerpo.

Se filtró a través de la pared de ladrillo, como agua a través de un colador, se detuvo un momento al otro lado, en un pasillo iluminado, y aliviado ahora de la tensión de haberse de concentrar para filtrarse, supo instantáneamente la dirección que tenía que tomar.

Caminaba con una velocidad y un silencio que le hacían casi invisible. Aquellos trabajadores que le vieron apenas se dieron cuenta de su paso. Los que estaban sentados en las oficinas externas que defendían de intrusos la oficina de Ryder no

percibieron sino un momento de letargo mental.

Newman cerró tras de sí la puerta de la oficina de Ryder, echó la llave y permaneció de pie contemplando a lo largo de la habitación hasta donde el hombre de la negra barba estaba sentado reflexionando sobre su escritorio. Pasaron segundos, y finalmente, sin levantar la vista, Ryder gruñó con irritación:

—¿Qué quiere?

—Usted y yo tenemos que hablar —dijo quedamente Newman.

Ryder levantó la vista y sus ojos resplandecieron de furia. Se echó hacia atrás apartándose del pupitre, rugiendo de rabia.

—¿Qué diablos hace usted aquí? ¿Quién le ha dejado entrar?

—Usted Ryder, es una persona importante —dijo Newman con calma—. Es ya famoso, y llegará a ser aún más famoso en años venideros. Pero entre usted y su fama se levanta un pequeño factor. Un pequeño error que actualmente escapa a su comprensión. Usted y su Tiempo no han adquirido aún la habilidad de comprender cómo ha errado. Por lo tanto, yo le proporciono una oportunidad de corregir el error que ha cometido y de asegurar su fama.

Ryder le contempló, tan asombrado por el impudor de Newman, que había momentáneamente enmudecido.

—Usted tiene aquí sus fórmulas —dijo Newman—. Mirémoslas un momento. — Se adelantó hacia el escritorio, con la mano extendida, sonriendo alentadoramente.

La mano grande y carnosa de Ryder cayó sobre sus papeles, como para protegerlos por la fuerza, si era necesario. Su negra barba se erizó, y su cara se enrojeció de enojo.

—¿Cómo se atreve? —rugió. Su voz vibraba con la violencia de sus emociones—. ¿Cómo se atreve a interrumpirme en este momento?

Newman vaciló, con la mano extendida, y la alentadora sonrisa desvaneciéndose en sus labios. Dijo suplicante:

—¿No quiere ni tan sólo intentarlo? ¿No quiere usted ojear conmigo el trabajo?

Ryder emitió un ruido que era a medias gruñido de exasperación, y rugido de rabia, y su dedo fue a pulsar una fila de botones dispuestos sobre su escritorio.

Mucho antes de que su dedo alcanzase el botón, la mente de Newman irradió radios mentales que ensordecieron los atentos oídos de la oficina externa.

—Por fin. —Gruñó Ryder, respirando fuerte, y con la cara resplandeciente de satisfacción—. Por lo menos, ahora le tenemos. Veamos cómo esquivas a los agentes de Seguridad esta vez.

—Esos papeles —dijo Newman suavemente—. Repasémoslos juntos. ¿Por qué cerrar su entendimiento a la razón? ¿Por qué no estar preparado para aprender algo?

Ryder miró hacia la puerta por encima del hombro de Newman, preguntándose por qué nadie contestaba su urgente llamada. Se inclinó hacia adelante y oprimió

nuevamente los botones, sintiéndose intranquilo al ver que Newman aparecía tan despreocupado.

—Solamente unos cuantos minutos de su tiempo —dijo Newman, y se dirigió hacia el escritorio, tratando de alcanzar los papeles.

Instantáneamente Ryder se levantó, su dura cara contorsionada, su negra barba erizada, y su carnosa mano hacia atrás, dispuesta a golpear y a aplastar con fuerza brutal.

—Apártese de mi escritorio —rugió—. Apártese de mi escritorio.

Newman tensó los músculos de su cuerpo, sabiendo que con su dominio sobre aquel armazón débil e inadecuado podía dominar a Ryder por la fuerza física. Pero una lucha violenta sería oída, y se notarían las marcas y las contusiones sobre la cara de Ryder. Habrían comentarios e informes en los periódicos, que influirían sobre la causa y el efecto, hasta un punto que escaparía su control.

No; la manera no era usar de la fuerza física.

Y dijo suavemente, con paciencia, y confiadamente:

—Pruebe, Ryder. Miremos juntos esos papeles.

Ryder dijo furiosamente:

—¡Cielo santo! Ya no puedo soportarlo más. Le sujetaré yo mismo y le entregaré a los agentes de Seguridad.

Dio un paso alrededor de su escritorio, y Newman se dio cuenta de que no podía esperar ya más.

Proyectó su sonda mental, profundizó en el cerebro de Ryder, y tanteó rápida y eficientemente para conseguir su dominio.

Fue una sorpresa.

Una terrible sorpresa de frustración y desesperación. El impacto que recibe aquel hombre entre un millón que sabe que tiene que sufrir la muerte para que los demás puedan vivir.

Recogió su sonda mental y quedó de pie temblando y contemplando la cara asombrada de Ryder. Cualquiera podía tener un cerebro xc. Absolutamente cualquiera. ¡Pero tenía que ser precisamente Ryder! ¡Aquel hombre, entre todos, a quien era imprescindible que pudiese dominar, poseía un cerebro xc indomable!

Ryder dijo roncamente, pálido y sudoroso:

—¿Qué me hizo usted? ¿Qué fue ello?

Newman pasó su mano cansada sobre su húmeda frente. Una mente xc era un atavismo. Era un cerebro como una caja de caudales. Nadie podía operarlo, sino su propietario mismo. Era una peculiaridad mental, una característica con la que alguna gente nacía, como si en alguna época distante sus antepasados hubiesen ideado una defensa contra la telepatía. ¡Y que entre todos, fuese precisamente Ryder quien tuviese tal característica!

Los ojos de Ryder expresaron repentinamente miedo.

—Usted trató de hipnotizarme —acusó—. Y lo sentí aquí. —Y se tocó la sien con el dedo—. Estuvo usted aquí dentro, en el interior de mi cabeza, tratando de dominarme. —Su voz era de susto.

Newman dijo con desesperación:

—Por última vez, ¿quiere hacer lo que le digo? ¿Quiere usted repasar esos trabajos conmigo?

—Usted es peligroso —jadeó salvajemente Ryder—. Es usted una amenaza. Un hombre como usted podría... —Se interrumpió, al tiempo que un destello de alarma le advertía de un peligro en que no había pensado aún. Preso de pánico, giró en torno de su escritorio, abrió furiosamente los cajones y revolvió entre los papeles, buscando su revólver.

Newman sabía que Ryder estaba buscando un arma mortífera. Un arma que pudiese matar y hacer un gran estrépito, atraer gente de todas partes del edificio y proporcionar a los boletines titulares sensacionales.

Y en aquel momento Newman supo lo que tenía que hacer.

No había manera de que pudiese dominar la mente de Ryder. Solamente una persona podía dominar la mente de Ryder. El mismo Ryder Newman se hizo consciente de los electrones, protones y neutrones de su cuerpo. Se hizo también consciente de los de su ropa y los filtró por su cuerpo. Cayeron al suelo sus ropas, se salió de ellas y se acercó rápida y silenciosamente hacia Ryder. Con la misma concentración intensa dominó los neutrones, protones y electrones de sus dos cuerpos y se fundió rápida y eficientemente con Ryder.

Sintió el impacto de sorpresa en la mente de aquel hombre; y tuvo que esforzarse para filtrar y mezclar su cerebro con el de Ryder. Sintió el pánico y la violenta resistencia de la mente del científico, y ejerció una influencia mental pacificadora.

Ryder y Newman quedaron mezclados en uno, de pie, que contemplaba las fórmulas matemáticas extendidas sobre el escritorio. La negra barba se erizó, los ojos relampaguearon, y una mejilla templó al influjo de la gran lucha interna que se desarrollaba.

Fue una lucha más tenaz de lo que Newman se había imaginado que iba a ser necesaria. El movimiento de las moléculas de un cuerpo humano era mucho más activo que el de las de una pared de ladrillo. Sin momento de descanso, tenía que estar constantemente consciente de los millones de electrones, protones y neutrones giratorios, controlando su alocado movimiento, que excedía con mucho la velocidad de la luz.

El esfuerzo pesaba mucho en su fuerza mental, y el cerebro alocado y frenético de Ryder oponía una resistencia desesperada.

Forzó al pesado cuerpo de Ryder a que se moviese, se dirigió al escritorio, se

sentó, y comenzó su interior musitó una protesta frenética, luchó locamente para escapar, desgastó más y más su concentración y su fuerza hasta que el sudor brotó de su frente y tuvo que hacer rechinar sus dientes por el esfuerzo de buscar una pluma.

El error estaba allí, tan claro como el de un escolar en una sencilla suma. Pero aquella cosa alocada que se retorció y murmuraba en su interior luchaba desafortadamente, de modo que la fuerza se le iba escapando mientras borraba la fórmula errónea y escribía en su lugar los símbolos correctos.

No era suficiente corregir la fórmula. De eso se daba buena cuenta, mientras estaba allí sentado, sujetando los papeles con la mano, y esforzándose en reprimir los violentos esfuerzos de Ryder para escapar.

Lo que él, Newman, había corregido, podía ser nuevamente modificado. Ahora su obligación era asegurarse de que no se haría nunca una segunda modificación.

Lentamente exploró la mente de Ryder, mientras éste farfullaba y protestaba. Entonces, pálido, y caminando lentamente por el esfuerzo que le causaba concentrarse, se dirigió hacia la puerta.

Había algo raro en él. Se dio cuenta de ello por la manera en que los secretarios y ayudantes particulares de Ryder le miraban. Pero no les hizo caso, ejerció su fuerza contra el Ryder, que protestaba internamente, y continuó inexorablemente hacia el ascensor.

Descendió a la planta baja, trazó su camino a lo largo de extensos pasillos, pasó a través de muchas más oficinas, hasta que finalmente se enfrentó con un hombre delgado de penetrantes ojos y nariz de pájaro.

Newman, que era Ryder, dijo en voz breve y rápida:

—¿Hasta dónde ha adelantado el primer ensayo?

—A primeras horas de la madrugada.

Ryder depositó el manojito de papeles sobre la mesa, delante del hombre.

—Éstas son las finales —dijo—. Ya se dará cuenta de que he verificado modificaciones. Estas modificaciones son importantes. Asegúrese de que son incorporadas al ensayo final. ¿Comprende?

El hombre de la nariz de pájaro ojeó las alteraciones, asintió con la cabeza, y dijo con aire eficiente:

—Haré que se pongan a trabajar en ello ahora mismo.

El Ryder interno realizó repentinamente un violento esfuerzo para escaparse, lo cual hizo que Newman temblase bajo el esfuerzo requerido para dominarle.

Ryder dijo en voz baja:

—No entretenga las cosas. Quizá yo no me encuentre por aquí, pero continúen sin mí. —Hizo una pausa, se enjugó la húmeda frente con la mano, y dijo—: Perdone — y se sentó abruptamente sobre una silla.

El hombre de nariz de pájaro le miró con simpatía.

—Ha estado trabajando demasiado —dijo—. Valdría más que descansase un poco.

—Ya ha comprendido mis órdenes —dijo Newman—. Es imperativo. Nada debe detener el trabajo. Tiene usted todos los cálculos, y no hay nada que deba impedirles seguir adelante.

—Déjemelo a mí —dijo el hombre de nariz de pájaro.

Ryder se dirigió a la puerta. Cuando la alcanzó tuvo que apoyarse contra una de las jambas para no caerse. Los esfuerzos de Ryder se iban ahora haciendo más débiles, pues su propia fuerza estaba también peligrosamente socavada. Después de una pausa momentánea se enderezó, salió al pasillo y por vez primera se dio cuenta de lo peligrosamente que había sido socavada su fuerza.

Durante todo aquel tiempo había estado ejerciendo todo su esfuerzo de concentración para evitar que los elementos de su propio cuerpo se mezclasen con los de Ryder, formando uno solo. Y además había estado accionando el cuerpo de Ryder, controlando el cerebro de Ryder y efectuando cálculos matemáticos que hubiesen derrotado un ejército de cerebros electrónicos.

Ahora, cuando solamente tenía necesidad de controlar los elementos de su propio cuerpo y los de Ryder, podía darse cuenta de lo debilitado que estaba.

¡Porque no podía evitar que se mezclasen! Su fuerza había descendido a un nivel demasiado bajo, y las partículas giratorias de energía se acercaban más y más. Trató de mantenerlas aparte, pero todo lo más conseguía detenerlas un momento. Y en seguida, una vez más, comenzaban a girar más y más cerca unas de otras.

Y ahora no podía separarse de Ryder. Los electrones, protones y neutrones de sus cuerpos estaban demasiado estrechamente unidos. Si descuidaba su vigilancia por un solo instante, sus dos cuerpos se fundirían instantáneamente en uno solo, y estallarían por acción de las fuerzas moleculares desencadenadas, desparramando una evidencia acusadora por todo el laboratorio, que dejaría perplejos a los doctores e iniciaría una nueva rama de investigación médica.

¡Titulares a toda página, fenómenos médicos y una desviación del verdadero camino de la historia!

Calculó rápidamente. No sentía pesar en su interior, ni horror, ni tristeza, porque todo ello era tan lógico. No había alternativa. Tenía que suceder; su fuerza que disminuía rápidamente le permitiría unos cuantos minutos antes de realizar el gesto final.

Se tambaleó a lo largo del corredor, mientras que el Ryder de su interior farfullaba lamentablemente, vagamente, consciente de lo que iba a suceder, pues había alcanzado a ver una reflexión de la mente de Newman, del mismo modo que la vidriera de un escaparate capta la reflexión de un transeúnte.

En el pasillo siguiente volvió hacia la izquierda y entró en la segunda puerta de la

derecha. Los hombres de batas blancas que allí trabajaban le miraron con sorpresa, se acercaron a él respetuosamente, y luego retrocedieron mientras les hacía gestos irritados y se dirigía directamente, a través de la habitación, al extremo donde se estaba probando el horno eléctrico.

Quedaba poco tiempo. Ni siquiera su enorme poder de concentración podría mantener separados mucho más tiempo aquellos neutrones, protones y electrones giratorios. Sentía cómo se acercaban más y más, inevitablemente, millones de ellos, girando alocadamente y socavándole su fuerza con despiadada insistencia.

El ingeniero a cuyo cargo estaba el horno eléctrico le miró con ojos sorprendidos.

—¿Desea usted algo?

—Abra el horno —dijo Newman con voz hueca y tensa.

El hombre le contempló atónito.

—Abra el horno, necio —jadeó Newman, mientras el sudor le humedecía la frente, a la par que se asía desesperadamente a la fuerza que rápidamente se le escapaba.

El hombre saltó ante la aspereza de la voz de Newman, manipuló unos mandos y se apartó hacia un lado mientras las grandes puertas giraban alrededor de sus goznes. El calor abrasador que se desprendía podía levantar ampollas a una distancia de veinte metros.

—Cuidado —advirtió el ingeniero—. No se acerque al frente. El calor le arrancará la piel de su cara.

—Eso tendrá poca importancia —dijo Newman, y utilizó lo último que le quedaba de la fuerza que se le escapaba para mantener juntos a Ryder y a sí mismo, al momento de lanzarse de cabeza dentro de aquel azul infierno, que los consumió a los dos en una brillante llama agónica.

## Capítulo 32

### COMUNICADO

*No hay nueva información de los investigadores referente a Newman y su desaparición.*

*Sin embargo, al tratar de obtener información sobre Newman ha sido revelado un interesante hecho.*

*Las fórmulas matemáticas originales compiladas por el Departamento de Ryder han sido halladas intactas y después de examinar aquéllas de las cuales se sabe fueron manipuladas por Newman se ha descubierto que había sido insertada una corrección en las fórmulas originales.*

*La corrección estaba hecha de mano de Ryder.*

*Pero lo más interesante y quizá lo más importante es que estas alteraciones difieren completamente de las fórmulas sobre las cuales se basan.*

*Se examinó más a fondo las fórmulas y se encontró que hasta el punto de la alteración se basaban en una hipótesis fundamental que fue uno de los notables errores del siglo xx.*

*Nuestros expertos están perplejos ante las correcciones de Ryder. No porque sean incorrectas, sino precisamente porque son correctas. Parece como si en un momento determinado Ryder hubiese sido poseído de una inspiración que anuló los conocimientos de su tiempo e hizo modificaciones que le permitieron completar su investigación.*

*Debido al hecho de que Ryder logró el éxito en su empresa, la humanidad se ha interesado solamente en los resultados del trabajo de Ryder y no en su laboriosa investigación. En caso contrario se hubiese descubierto que los cálculos matemáticos erróneos de Ryder hubiesen determinado, de haberse puesto en forma experimental práctica, una explosión de reacción en cadena de magnitud mundial.*

*Se ha presentado otro punto interesante que se cita sobre Ryder, si bien evidentemente no tiene relación con la desaparición de Ryder.*

*Después del suicidio prematuro e inesperado de Ryder en la Víspera misma de la prueba del valor del trabajo al cual había consagrado su vida, un doctor hizo determinado comentario en el curso de una investigación sobre su muerte. Se trataba de una especie de Tribunal que se establecía para indagar las razones de la muerte de una persona.*

*Se habían cribado cuidadosamente las cenizas del horno eléctrico, y como el operador había cortado rápidamente la corriente, se encontraron ciertos despojos.*

*Un doctor identificó algunos de aquellos despojos como parte de un fémur. Manifestó que le asombraba porque parecía tener la consistencia de dos huesos fundidos en uno.*

*Seguirá un nuevo boletín acerca de Newman si conseguimos descubrir nueva información acerca de él.*

*Firmado: Presidente Mundial.*

*\* \* \**

*Rebájense a su mitad las medidas de emergencia.*

*Firmado: ...*

*\* \* \**

*Ogden, venga a verme inmediatamente regrese. Tengo la sensación de que hemos estado perdiendo el tiempo. Existe la impresión de que hubiese habido una verdadera emergencia si Bannister no hubiese retrocedido en el tiempo.*

*Firmado: ...*

**FIN**

ASTRON DEL MARTIA: es un seudónimo inventado por el editor Stephen Frances (el autodenominado S.D. Frances), para su segundo editorial, y fue utilizado por John Russell Fearn en *The Trembling World* (1949), en el que las reliquias de una antigua civilización extranjera son encontradas en un valle de estatuas de piedra en Brasil, es el mejor de todos los títulos de «Del Martia». A continuación, el nombre fue vendido a Gaywood Press, que lo utilizó para tres cuentos: *Dawn of Darkness* (1951), *Space Pirates* (1951) and *Interstellar Espionage* (1952). En estos últimos títulos cuenta con un agente de seguridad llamado «Dog» que aparece también en *Spawn of Space* (1951) de Franz Harkon (¿seudónimo no oficial?). Una quinta historia de «Del Martia» fue anunciada, pero nunca se publicó, Sin embargo el nombre fue revivido por Frances, en una reedición del libro *One against time* (1954 por Hank Janson, 1969 por Astron Del Martia)<sup>[1]</sup>.

Como puede verse, este seudónimo inventado por un editor ha sido utilizado por el mismo y por varios autores, aunque legalmente está registrado a nombre de: Fearn, John Francis Russell (ISFDB Author Record # 465). Éste, nace en Worsley, Lancashire, England, UK; el 5 Junio 1908, y muere el 18 Septiembre 1960. Para obtener información sobre «Del Martia», o de su nombre legal, debe buscarse también en los siguientes nombres alternos: Astron del Martia, Brian Shaw, Conrad G. Holt, Dennis Clive, Frank Jones, Geoffrey Armstrong, Griff, Hugo Blayn, K. Thomas, Mark Denholm, Paul Lorraine, Polton Cross, Spike Gordon, Thornton Ayre, Vargo Statten, Volsted Gridban, Dom Passante, John Cotton, Ephraim Winiki, Lawrence F. Rose, Earl Titan, Ephraim Winiki.

# Notas

[1] Ambas ediciones fueron publicadas en español con los títulos de:

*La violación del tiempo* - Hank Janson (1954)

*Solo contra el tiempo* - Astron del Martia (1969)

Nota del E.D. <<